

por la santidad los mayores progresos. Esta es con toda certeza la verdad; el hombre adquiere la seguridad; puede ver estas leyes operando y, como sea que se encuentra en el punto de encuentro de numerosos caminos, conoce la multiplicidad, así como la meta común, es decir, la Bienaventuranza; se ha desprendido de la superstición de creer que para llegar allí le era necesaria una religión determinada; de pie en la cima de la montaña, distingue todas las rutas que a ella conducen y reconoce que todas son buenas. A esta experiencia búddhica se le concede, pues, una gran importancia; desde muchos puntos de vista, esta experiencia proporciona una panorámica de aquello “que te convertirá, finalmente, en más que un hombre”.

Para el hombre convertido en Adepto, la experiencia significa mucha ventaja, porque se ha unido definitivamente a una determinada manifestación de la Divinidad. Manifestándose en los planos donde el conjunto constituye el plano prakrítico, es decir, el menos elevado de los grandes planos cósmicos, esta manifestación se muestra a la vez Triple y Una, la santísima Trinidad, el triple aspecto de la misma gloriosa Unidad.

Incesantemente se nos repite que al pensar en Dios hemos de evitar siempre “confundir las Personas” y “no dividir la Substancia”, y esforzarnos por captar la idea de este gran Misterio de los Tres que no son más que Uno; imposible comprenderlo y explicarlo perfectamente. En la comprensión de este Misterio, está involucrada una tal importancia, en todo tiempo y en casi todas las religiones, que su puesta en práctica es ciertamente extrema. Miles de personas han dicho que todas las doctrinas de este tipo representaban un simple valor teórico y que no influían para nada en la vida cotidiana. Eso no es absolutamente exacto. Tened por seguro que es necesario poseer un conocimiento por lo menos

rudimentario. El conjunto se nos escapa, pero no tenemos que ignorar ni la existencia de estos tres modos de energía, ni el hecho de que la energía es una. Si lo ignoramos, la manera en que nuestro mundo llegó a la existencia es para nosotros tan inconcebible como el hombre mismo, porque al haber creado Dios al hombre “a Su imagen y Semejanza”, el hombre presenta la misma característica: la triplicidad en la unidad. Los Tres y el Uno, en nuestro plano cósmico prakrítico, se presentan de una manera muy parecida a atma-buddhi-manas en el hombre o más bien, en términos más correctos, este triple aspecto del ego se parece al Primero.

El Espíritu supremo corresponde al más elevado de nuestros planos; el segundo Aspecto de este espíritu desciende un plano y por consiguiente presenta dos cualidades: una en el plano superior y la otra en el plano de debajo. Se ve en ello una dualidad. Para el cristianismo, el Cristo es Dios y hombre. Nosotros leemos en *La Doctrina Secreta* que:

Este aspecto siempre es doble: es igual a Dios por lo que se refiere a Su Divinidad, pero descendiendo un plano es inferior al Padre por lo que respecta a Su Humanidad; sin embargo, estos dos aspectos no están separados: forman un solo Cristo, y este Cristo es uno con el Padre.

La Tercera Persona de la Santísima Trinidad desciende al segundo plano donde se encuentra a la altura del Hijo, después, desciende todavía un grado y se manifiesta en la región superior de lo que nosotros llamamos algunas veces el plano nirvánico o átmico, absolutamente inaccesible todavía para nosotros. Se instala allí. A partir de entonces, tenemos tres líneas formando un triángulo: primero la línea horizontal que une los tres Aspectos o Personas en su propio nivel, después la perpendicular del triángulo (descendiendo en este caso de lo que podemos llamar la base, en lugar de elevarse hacia ella), que establece la unión entre los tres diferentes estados

o aspectos de las Tres Personas; finalmente, la hipotenusa del triángulo, cuyo cuadrado es igual a la suma del cuadrado de los otros dos lados, y que representa la Divinidad. Para nosotros, aquí abajo, las Tres Personas son así representadas como Personas y sin embargo reunidas en una sola.

El hombre se convierte en Adepto cuando eleva al plano nirvánico Su conciencia ordinaria, y el mismo hecho que Le diferencia y le confiere el Adeptado es la unión de la Mónada con el ego. Al haberse unido a la Mónada, el Adepto se encuentra elevado al nivel de la tercera manifestación —o manifestación inferior— de la Divinidad. He aquí porque Ella se derrama en Él como lo da a entender la descripción de Pentecostés. Después de haber pasado por la crucifixión y por la resurrección que representa el nivel del Arhat, el hombre tiene ante sí la Ascensión, a la cual le sigue el descendimiento del Espíritu Santo. En el símbolo, tal cual se nos ha dado, el Cristo se eleva y el Espíritu Santo desciende sobre los apóstoles, según el relato evangélico, independientemente del Cristo y después de Su marcha. Sin embargo, la gran doctrina gnóstica de *la Pistis Sophia* nos dice que después de Su ascensión, el Cristo, siguió todavía aquí abajo, instruyendo a Sus fieles durante once años. Se ve así que el descendimiento del Espíritu Santo tuvo lugar, no después, sino ciertamente durante Su presencia en Su iglesia; este descendimiento debe significar la llegada al adeptado de todos los hombres, representados por los apóstoles (independientemente de quienes fueran éstos) y eso porque “las lenguas de fuego se posaron sobre ellos”, declaración que se parece mucho a algunos fenómenos muy conocidos en Oriente.

Las personas que han visto, bien las estatuas de Nuestro Señor el Buddha, bien aquellas de los grandes santos o dioses de la India, han observado la frecuente presencia, en el extremo de la cabeza, de una curiosa cúpula de dos pisos;

son muy pocos los que saben lo que esto significa. En el extremo de la cabeza hay un chakra llamado a veces “el loto de los mil pétalos”. En el hombre ordinario, es un simple remolino o concavidad en el cuerpo etérico, pero cuando el hombre ha alcanzado un determinado nivel superior, es capaz de hacer girar este chakra hacia el exterior y convertirlo en convexo. Esto es lo que quieren representar los artistas cuando dotan a Nuestro Señor el Buddha de esta curiosa cúpula doble sobrepasando la cabeza. Como sea que el chakra, convertido en luminoso, da muy bien la impresión de una llama, la expresión “lenguas de fuego” es pues, a la vez, poética y precisa.

Siguiendo el texto sagrado, hay otro fenómeno extraño que acompaña a la efusión del Espíritu Santo: aquellos que hablaban eran entendidos por cada uno en su propio idioma. Nuestros conocimientos actuales no nos permiten afirmar que este fenómeno sea inseparable del adeptado, pero sí que pertenece, efectivamente, a un grado más elevado. Yo mismo he sido testimonio de ello una vez. Sí vemos, en el relato en cuestión, un hecho histórico, ese don habría sido pues conferido a los apóstoles.

Clarívidentemente, no hemos constatado que los apóstoles fueran agrupados de esa manera. No es que Pedro no existiera, sino que los Pedro eran numerosos. Este era el título dado al jefe de cada iglesia (*petros* = piedra o fundamento sobre la cual se edificaba la iglesia). El símbolo está bastante bien escogido, porque sabemos cuán a menudo las ramas teosóficas y otras agrupaciones dependen incluso de una sola persona. Parece que antiguamente también ocurría así. Había entonces hombres capaces de dirigir. El que sabe conducir, siempre es seguido; su experiencia es la roca que sirve de base a esa iglesia en particular. En cuanto al resto, nuestras investigaciones no han llegado tan lejos como para

precisar más, pero la narración despierta en nosotros serias dudas. El mismo Orígenes, al prevenimos especialmente de no ver en ello un hecho histórico, ¿no lo comparó a la historia de Agar e Ismael, de quienes se escribió en la Biblia: “Estas cosas tienen un sentido alegórico”?³ Al aplicarles este principio, estas cosas ganan mucho en importancia y utilidad, porque, según los términos de Orígenes: “Que estas cosas hayan tenido lugar, o no en Judea, siempre ocurre que llegan permanentemente a las vidas de los cristianos”. Y eso es lo importante de la cuestión, no el hecho material en sí.

Así pues, el Adepto se une conscientemente a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. Esta unión tiene que parecerse a la manera en que, en el plano inmediatamente inferior, llegamos a la unidad de conciencia. Llegados a la plena conciencia propia del nivel nirvánico, constatamos que nuestros semejantes parecen formar parte de nosotros mismos; todos se ven entonces como facetas del Uno.

Reconocer, es llevar a cabo la grande empresa de contemplar la luz resplandeciente sin bajar la vista, y sin retroceder presa del espanto, como ante un fantasma horrible. Esto les pasa a algunos, y así cuando la victoria está lograda, la pierden.

Parece muy extraño que en semejantes alturas el desfallecimiento sea todavía posible y, sin embargo, algunas veces es así. Antes de alcanzar este nivel, el hombre debería haber llegado a ser completamente inaccesible al miedo; no obstante, hay personas que retroceden ante estos magníficos desarrollos, ante el temor de perder su individualidad. En

³ *Gálatas, IV, 24.*

un nivel muy inferior, al hombre le espera el mismo riesgo después de la muerte. Muchas personas se agarran a la vida física, persuadidos de que no existe otra. En este caso, el doble etérico, compuesto de materia física, al estar separado del cuerpo denso, el hombre en su cuerpo astral se aferra a este doble del que todavía está rodeado, en lugar de permitirle disiparse normalmente; de ese modo se prepara las más dolorosas experiencias: vive en “el mundo gris” como a veces se le llama.

En este nivel más elevado encontramos el mismo fenómeno. Durante todas sus encarnaciones, el hombre ha poseído un cuerpo causal; identifica este cuerpo causal con su individualidad y teme perderla. La bienaventuranza y la luz infinita del plano búddhico están ahí, delante de él, pero sólo puede alcanzarlos si abandona su cuerpo causal, y esta perspectiva, algunas veces le asusta. Temiendo perderlo todo al perder eso, temiendo sumergirse en esa luz infinita, cuando llega al umbral, retrocede. La fusión en la unidad, esta experiencia todavía desconocida, le da miedo; ignora que después de esta fusión el sentimiento de su identidad no habrá cambiado; que la gota no se perderá en el océano, sino que en ella se verterá el océano.

A niveles inferiores, de cuando en cuando se nos ofrecen otros ejemplos del mismo estilo. El hombre que actúa en su cuerpo mental teme a veces abandonarlo y se recluye en el cuerpo causal que no es concreto, sino abstracto; llegado a esa etapa duda y tiene miedo de avanzar. En todos estos casos, el progreso del hombre depende de la energía de que dispone, del entusiasmo y de la extrema devoción que lo animan. Si se encuentra allí por la fuerza del impulso, la duda demuestra que le falta entusiasmo, porque el miedo y un entusiasmo de esta clase se excluyen mutuamente. En el momento en que el hombre cede al temor, suelta la presa,

retrocede y pierde el terreno conquistado.

Este retroceso no siempre carece de justificación; la razón me parece ser pues, que al traspasar el nivel en el que él es consciente, el hombre cae en trance y se pierde a sí mismo. En la India, se habla de que se pasa a samadhi. Preguntándonos lo que muy bien pudiera ser este estado, lo reconocimos sucesivamente en diversos niveles y vimos que no era constante. Hizo falta largo tiempo para descubrir que el samadhi varía según las personas. Es la condición inmediatamente por encima del nivel en el que el hombre es capaz de permanecer consciente. Para un salvaje cuya conciencia es clara únicamente en el plano físico, el plano astral representa el samadhi. Para la mayoría de los hombres de nuestra raza, ignorantes de estas cuestiones, el paso al cuerpo causal sería el samadhi, porque allí no serían lo bastante conscientes para conseguir la menor ventaja de esta experiencia. Muchos de entre nosotros, si llegaran a forzar el paso al plano búddhico, permanecerían inconscientes en él; en otras palabras, reintegrados a sus vehículos inferiores, no aportarían a ello ningún nuevo conocimiento, excepto la sensación de una máxima felicidad, la sensación de haber estado sumergido en toda una serie de glorias intangibles, pero sin conocimientos precisos y sin una nueva facultad para llevar a cabo nada útil.

Esta clase de samadhi —esta condición inmediatamente superior a vuestra conciencia actual— nuestros Maestros no la recomiendan; Ellos nos dirían: “Ciertamente, ascended hasta el nivel más elevado accesible para vosotros, pero hacedlo conscientemente; proceded gradualmente; no lo hagáis de un solo golpe; sed prudentes; que vuestro esfuerzo ascendente sea continuo, sin ninguna pérdida de conciencia”. Algunas posibilidades podrían llamarse peligrosas, pero nada es realmente peligroso porque, en esos niveles superio-

res, el hombre, al contrario de lo que ocurre aquí abajo, no tiene una vida separada que perder. Sólo hay un riesgo: las experiencias temerarias pueden hacerle perder la dirección normal de la evolución. Para el estudiante normal esto no es probable, porque trabaja con una continuada aplicación en niveles que conoce, blanco de sus esfuerzos.

La posibilidad de desfallecer por miedo a desarrollos superiores se nos recordaba de manera sobrecogedora en las iniciaciones de los antiguos misterios egipcios. Se enseñaba a los candidatos el hecho de que buscando instruirse no tenían que ser ni imprudentes ni temerosos. Dirigido hacia la puerta de la cripta o sala subterránea donde tenían lugar estas grandes ceremonias, el candidato recibía al respecto una lección práctica: al entrar, la punta de una espada rozaba su pecho, lo cual simbolizaba la necesidad de no lanzarse sin reflexionar ante estos misterios; al mismo tiempo, era conducido por su guía, con una cuerda alrededor del cuello, de tal manera que si en su espanto hubiera retrocedido bruscamente, habría sufrido por ello. Esta explicación se le daba posteriormente. Aprendía la necesidad de permanecer en calma y confiado, de no lanzarse nunca imprudentemente a lo desconocido ni, por el contrario, retroceder intimidado al realizar ese encuentro en apariencia terrible.

Nuestra gran fundadora, la misma Madame Blavatsky, a quien nadie podría reprochar falta de coraje; ella que, con vestimenta masculina luchó bajo las órdenes de Garibaldi en 1864, me contó que, llevada ante la presencia del Señor de la Tierra, del Iniciador Único, del gran Rey Espiritual de nuestro mundo, inclinó el rostro hacia el suelo, incapaz de mirarle, a causa del formidable poder y de la majestad impresa en Sus rasgos. Todos los candidatos no se ven afectados de la misma manera, sin embargo, si la impresión sufrida por una persona tan intrépida como Madame Blavatsky ha sido tan

fuerte, uno puede imaginarse que, el encontrarse cara a cara con el representante del Logos Solar en este planeta, no se trate de una prueba ordinaria: se trata de una experiencia prodigiosa.

Las personas que se han convertido en discípulos del Maestro, un día, en el momento oportuno, serán conducidos por Él al camino que desemboca en la Iniciación; entonces tendrán que afrontar la presencia del Iniciador Único, no desde el primer paso, ni siquiera después del segundo, sino después del tercero y del cuarto. De aquí hasta entonces, en el curso del camino, habrán pasado por tantas experiencias que, en cierta medida, estarán preparadas; Madame Blavatsky también lo estaba; por consiguiente, no tengo más que repetir sus palabras. Estoy completamente de acuerdo con ella: Esta mirada irradia poder y majestad —un poder absolutamente increíble y que sobrepasa toda imaginación— pero también expresa tal amor que, en Su presencia, el miedo tiene que ser, a mi entender, imposible; yo no creo que Madame Blavatsky lo haya tenido, sino únicamente un temor respetuoso como si para ella la luz fuera deslumbrante e insostenible; sabía que era imposible de soportar.

Aquí no se trata del encuentro con el Iniciador Único, sino del encuentro con nuestro propio Yo superior, de la entrada en el dominio espiritual más amplio. En el umbral, los hombres retroceden; temen que al adentrarse en este mar luminoso, no puedan jamás volver atrás y pierdan su individualidad. Basta con reflexionar para decir que muchos otros se han adentrado sin perderse, pero en momentos así no siempre se reflexiona; tal vez uno actúa más bien por instinto. Esta acción instintiva hay que intentar que sea razonable y correcta. No retrocedamos ante lo divino, que se manifieste en nosotros mismos o en los demás. Algunos, se nos dice aquí, han retrocedido y han renunciado a la victoria en el

momento en que eran vencedores. Una deplorable debilidad; pero las expresiones utilizadas no tienen que despertar en nosotros ideas que no son.

A menudo se nos advierte que cuanto más se eleva un hombre más expuesto está a una caída profunda. Existen varias razones para ello; he aquí una de ellas: el hombre puede hacer un mal uso de la fuerza divina que le ha sido concedida. Otra razón: puede caer en una condición tal, que se produzca una pérdida en el canal formado por un grupo de discípulos del que él forma parte. Los Grandes Seres hacen pasar por un canal así una inmensa corriente de energía sin posibilidad de hacer que retroceda. Si el canal no es arreglado, una gran parte de esta energía corre el riesgo de perderse. Esta inmensa corriente no va siempre en la misma dirección; tan pronto actúa de un modo como de otro; la finalidad varía y el éxito no está asegurado más que si todas las personas que forman el canal, cada una en su sitio, se mantienen incólumes. Una debilidad individual sería deplorable; sería motivo de un escape muy grave, dada la extrema presión de la energía; para la persona en cuestión, ello representaría una caída. Igualmente cae el hombre quien, ante el temor de las responsabilidades, se abstiene de una tarea útil puesta a su alcance.

Cuanto más se eleva un hombre, más profunda es su caída. Sería muy triste que, llegado a la cima, un hombre se dejara caer, pero al haber llegado tan arriba, es muy improbable que se precipite hasta el fondo. No demos por supuesto que una caída como esa de la que nos habla el texto, sea fatal: "El que sube, puede caer; el que cae puede levantarse; la rueda gira sin cesar"⁴. Ninguna caída es fatal, porque la

⁴ *La Luz de Asia, libro VIII.*

voluntad de Dios es que todo hombre progrese; por consiguiente, todo hombre progresará; la rapidez de su marcha estriba sólo en el proceso.

Una debilidad como esa representaría una gran ocasión desperdiciada, pero no restituiría al hombre a su punto de partida; significaría que, desarrollando en sí, metódicamente, la conciencia de su propia divinidad, tiene que depositar en ella su confianza.

Evidentemente, esto no es nada fácil: una persona que, en un momento crítico, ha perdido todo control sobre sí misma, y toda su sangre fría, no los recupera sin esfuerzo. Si, durante la ascensión, el hombre mira por debajo de él y ve un abismo, sin duda tendrá miedo de caer; si nunca ha tenido miedo, tiene muchas oportunidades de llegar a la cima sin temblar. El hombre que, mirando al abismo, ha perdido su sangre fría, pasará mucho tiempo antes de que pueda reemprender su ascensión en condiciones seguras. Pero nadie dará por sentado que su caída es definitiva. Es de compadecer; no debería haber cometido este fallo; nos vemos obligados a admitirlo y a expresarlo de esta manera; pero recuperará sus medios y, más pronto o más tarde, volverá a ponerse en marcha.

Es muy fácil decir que hemos de poner en nuestra divinidad una perfecta confianza; es mucho más difícil cuando nos enfrentamos con una de estas grandes pruebas. En caso de caer, por lo menos se puede estar seguro de que el trabajo realizado se tiene en cuenta; no es posible, pues, una caída irremediable. Así es como en el plano físico puede que uno no apruebe un examen; es un serio contratiempo, pero el candidato conserva todas las condiciones que adquirió al prepararse para el examen; cuando está dispuesto para intentarlo de nuevo, está casi seguro de que lo aprobará.

La muerte súbita de una persona cuyos progresos ocultos son rápidos, a menudo parece muy lamentable. Uno se siente tentado a decir: “¡Qué lástima! Si hubiera continuado progresando de esta manera, sin duda que en la vida presente ya hubiera llegado a la Iniciación”. No; lo que ha pasado es consecuencia del karma, y para bien; el difunto no perderá lo que había logrado. El Yo superior conserva todas sus adquisiciones; tendrá que diseñar para su uso un nuevo vehículo físico; y esto será una tarea fácil, hasta el punto en que había quedado el último; las dificultades no empezarán de nuevo hasta más tarde.

Oír la Voz del Silencio es comprender que la única dirección verdadera llega de dentro; encaminarse al Vestíbulo del Saber, es entrar en el estado en que es posible aprender. Entonces se escribirán allí para ti muchas palabras en caracteres de fuego para que tú las leas con facilidad. Porque cuando el discípulo está preparado, el Maestro también lo está.

Como ya hemos visto, el templo del conocimiento empieza en el plano astral, el primer plano en el cual puede que sea posible no aprender nada preciso sobre los estados superiores. Eso no significa que no haya allí nada que aprender sobre los planos superiores, por ejemplo, en el mundo celestial. Allí hay mucho que aprender pero, para el hombre ordinario, el templo del conocimiento está en el plano astral; al abandonar su cuerpo físico para entrar en el mundo astral, recibirá allí una buena parte de la instrucción que se le ha de dar.

Muy a menudo los estudiantes no comprenden muy bien lo que significa ser aceptado como discípulo por un Maestro. Algunos parecen creer que si se les concede este gran privile-

gio, recibirán continuamente lecciones del Maestro y que Él les instruirá en los menores detalles que interesan a su desarrollo. Cuando el Maestro acepta discípulos a prueba, los observa en su vida ordinaria mucho más de lo que les instruye. Tiene pues, —y este es un punto muy importante—, que tener ante Él, en todos sus detalles, la vida, los pensamientos y los sentimientos del discípulo, a fin de comprobar si, para más ventajas, puede asociarlo a Él más íntimamente; este conocimiento Le es necesario antes de ir más allá; una falta de predisposición por parte del discípulo sería motivo de grandes molestias para el Maestro y esto, desde el punto de vista del trabajo, no representaría ninguna ventaja. El discípulo a prueba puede servir para transmitir la fuerza —y esto es a menudo lo que ocurre— pero no puede estar en comunicación constante con el Maestro antes de estrechar más el lazo que les une, aunque el discípulo no sea necesariamente consciente de ello. El discípulo siente a veces la fuerza que pasa por él, y es una experiencia extraordinaria, un privilegio, un gozo extremo el hecho de servir para difundir esa fuerza, pero las instrucciones personales del Maestro muy raramente se le darán.

Un discípulo más antiguo es el encargado generalmente de cuidar del neófito y de proporcionarle las lecciones necesarias. Por lo que a mí respecta, y encargada de esa tarea por el Maestro, Madame Blavatsky me enseñó mucho, pero me vi separado de ella durante cinco años y fui enviado a las Indias cuando ella estaba en Europa; así que le resultó imposible cuidarse de mí, excepto de cuando en cuando por carta o a veces en el plano astral; es por eso por lo que fui confiado a los cuidados del Swami T. Subba Rao; tengo una deuda muy grande con este instructor, excepcionalmente paciente en la enseñanza de los detalles.

En esta época yo no veía a mi propio Maestro más que de

vez en cuando, e incluso en estas entrevistas recibía de Él más bien que lecciones, instrucciones relativas a un trabajo del que quería encargarme; sólo que, al realizar este trabajo, se ganaba enormemente en conocimientos teosóficos y prácticos. Tratando de ejecutar una orden sin ni siquiera saber cómo, el discípulo constata sus puntos débiles; después se afana para que éstos desaparezcan, a fin de cumplir mejor la tarea siguiente. Ciertamente, creo que esta es la manera en que yo lo he aprendido casi todo. Me inventaba una manera cualquiera de proceder; después buscaba mejorar sus posibilidades; en definitiva, aprendí a practicar los métodos superiores que podía comunicarme el Swami T. Subba Rao. Un período de crudo trabajo, de sufridos esfuerzos y de progresos a menudo muy lentos. Había que hacerlo; he pasado por ello y así es, yo creo, como se forman todos los discípulos; al encargarse de la tarea que les es confiada, aprenden a desempeñar otras tareas más importantes. Por lo demás, en *Los Maestros y el Sendero*, he dedicado muchas páginas a la relación de Maestro y discípulo.

Al discípulo se le ofrecen diferentes maneras de instruirse; muchas de éstas se le ofrecen igualmente en el plano astral a toda aquella persona que quiere aprovecharlas. En el plano físico, algunas veces asistimos a conferencias con el fin de adquirir conocimientos teosóficos; unos se instruyen más fácilmente de esta manera; los otros, por el contrario, lo hacen mediante lecturas personales; los conferenciantes de ocultismo siempre están a disposición de los primeros. Algunos miembros que se dedican, en el plano astral, al trabajo y a la ayuda, les dedican casi todo su tiempo. Nuestro antiguo vicepresidente, el señor A.P. Sinnett, participaba de esta manera en los deberes del plano astral. Generalmente no colaboraba con las ayudas invisibles; por el contrario, tenía un departamento propio donde se le encontraba siem-

pre ocupado en enseñar Teosofía a todos aquellos que en este inmenso mundo astral aceptaban escucharle. De esa manera hizo llegar a multitud de personas, vivas o fallecidas, estas grandes verdades, porque poseía una cierta inclinación dogmática para exponerlas muy del gusto de muchos de sus oyentes, quienes le seguían con facilidad.

CAPÍTULO XIII (LXIX)

REGLAS DE LA 1 A LA 4

C.W.L.— En el capítulo precedente, hemos estudiado lo que forma, en realidad, el prefacio de la segunda parte de la obra; ahora llegamos a las reglas. Hasta la Regla 12, están numeradas como en la primera parte: las Reglas de la 1 a la 3, de la 5 a la 7 y de la 9 a la 11, se encuentran agrupadas en tres, en el antiguo manuscrito sobre hojas de palma; las Reglas 4, 8 y 12 son los comentarios del Chohan. Más allá, la numeración difiere.

En el presente capítulo estudiaremos las Reglas de la 1 a la 3. Voy a dividir el comentario del Chohan, es decir, la Regla 4, en tres partes y las estudiaremos al mismo tiempo que las Reglas a las cuales se remiten.

***1. Manténte ajeno a la batalla que empieza,
y aunque pelees, no seas el guerrero.***

Él es tu mismo; sin embargo, tú eres finito y sujeto a error. Él es eterno y seguro. Él es la verdad eterna. Una vez que haya penetrado en ti y se haya convertido en tu Guerrero, jamás te abandonará por completo, y en el día de la gran

paz, él y tú os convertiréis en uno.

El discípulo tiene que combatir, tiene que lanzarse a la evolución que lo rodea, tiene que luchar del lado del espíritu. El espíritu aprende gradualmente a servirse de la materia; cuando la ha dominado a un determinado nivel, se desentiende de ella para someter un plano material más elevado y utilizarlo a su vez; en todos los niveles prosigue la conquista de la materia, no solamente a nuestro alrededor, sino también en nosotros; así pues, tomamos parte en el combate para facilitar la acción de las fuerzas de la evolución.

En esta lucha por el progreso de la evolución, es necesario prescindir de la personalidad; ésta no tiene que tomar parte en ello; hay que servirse de ella, porque constituye la única herramienta que nos permite actuar aquí abajo con nuestros semejantes, pero no hemos de permitir que el yo personal se imponga. En cada uno de los planos de la personalidad hay que prescindir de nuestras ligaduras y ser los más fuertes. De ese modo nos retiramos gradualmente de los cuerpos físico, astral y mental mientras conservamos la facultad de servirnos de ellos.

Este aforismo implica una interpretación superior; se aplica en el momento en que al haberse prescindido de la personalidad, el hombre se ha unido al ego; aprende en seguida que la individualidad también tiene que ser respetada; aspira entonces a la Conciencia de la Mónada. Hay que permitir que la Mónada actúe a través del ego.

El guerrero es eterno y seguro; esto es relativamente cierto por lo que respecta al ego en relación con el yo inferior; es absolutamente verdad en lo que se refiere a la Mónada en relación con el ego. Ya hemos dicho que el ego puede equivocarse a menudo en los primeros tiempos, pero mucho menos que la personalidad. La Mónada es infalible. Por otra

parte, si nos atreviéramos a hablar de la Mónada como si la comprendiéramos, cuando en realidad es realmente desconocida para nosotros, diríamos que su conocimiento de las condiciones de aquí abajo tiene que ser bastante vago. Instintivamente, ella apoya la buena causa, porque la Mónada es divina, también eterna y segura, como se menciona aquí, pero es posible que la Mónada y el ego tengan a menudo una visión general y que al esforzarnos en aplicar aquí abajo sus ideas, cometamos errores, porque el descenso a la materia sólo tiene un objetivo —adquirir la precisión y la exactitud que se obtienen por el conocimiento perfecto de las condiciones inferiores. Al ser incompleta su evolución, ni la Mónada ni el ego poseen todavía este conocimiento preciso; son nuestros guías: no podemos sino obedecerles; pero estos mismos guías también progresan.

En el plano superior, el día de la gran paz será aquel en que llegaremos al nirvana. En el plano inferior, significa la unificación del yo inferior y del yo superior.

2. Busca al Guerrero y deja que pelee en ti.

Búscales antes de que en el fragor y fiebre de la batalla puedas dejar de percibirlo; pues él no te reconocerá a menos que tú le conozcas a él. Si tu grito llega a su oído atento, entonces luchará en ti y llenará el opaco vacío interno. Y si esto sucede, entonces podrás mantenerte frío e infatigable durante la batalla, permaneciendo aparte y dejando que él pelee por ti. Entonces será imposible para ti asestar un solo golpe en falso.

Expresarse así sobre el tema del Yo superior puede parecer raro, pero es la verdad; su irradiación es magnífica pero

imprecisa. Sin haber visto los egos humanos, es imposible imaginar cuán grande es el ego, cuanto supera en sabiduría y en fuerza a la entidad encarnada. Además, nadie tiene que sentirse orgulloso ni vanidoso por el hecho de que en un nivel superior sea una persona remarcable, una persona magnífica, porque toda alma humana lo es igualmente. Cada uno, en realidad, es muy superior a lo que parece ser. El santo más grande es incapaz de expresar nunca completamente su ego; en ese plano superior siempre es un santo más grande que aquí abajo. Es por eso que hay que procurar dejar que esta parte superior de nosotros mismos nos tome como instrumento. El ego es mucho más hermoso, mucho mejor que la personalidad, pero él emite la personalidad a fin de evolucionar y de acercarse él mismo a la perfección. Siendo para él necesaria esta evolución, no cometamos el error de considerar al ego como perfecto; no lo es. Lo que le falta, por encima de todo, para progresar, es la precisión, es la nitidez. Es magnífico, pero, me atrevo a decir, de una vaga magnificencia.

El ego desea desarrollarse por medio del fragmento de sí mismo encarnado aquí abajo. Él sabe descender pero, mientras no ha conseguido un determinado desarrollo, no sabe cómo guiar al yo inferior. Son las experiencias realizadas aquí abajo por el yo inferior las que le enseñarán la manera de actuar a su modo. Él desea la evolución; hace descender a los planos inferiores una parte de sí mismo, la punta de un dedo, por así decirlo; este dedo adquiere una cierta precisión pero, cuando es retirado de nuevo por el ego, al final de un ciclo rápido de la vida física, astral, mental, en términos materiales, no le representa más que un poco de precisión. Recordad cómo el alma grupal se ha ido enriqueciendo gra-

dualmente por la experiencia de los diversos animales¹. Un león, un gato, un perro, pueden pasar por algunas experiencias y pueden adquirir algunas cualidades individualmente, muy bien marcadas. El valor puede ser suficiente para hacer de ese gato, de ese perro o de ese león, un animal en extremo valiente, pero si esta cantidad de valor se repartiera sobre un alma grupal de centenares de animales, cada uno de ellos no recibiría más de una centésima parte; de modo que son necesarias numerosas existencias del mismo tipo para que la cualidad se encuentre fuertemente desarrollada en el alma grupal colectiva.

Si bien el ego es un individuo y absolutamente diferente de un alma grupal, parece que pueda decirse otro tanto incluso de él. Por medio de la personalidad, el individuo adquiere precisión, pero cuando esta cualidad es recogida por el ego, se reparte en el conjunto del cuerpo causal. La cantidad de precisión que bastaba, con mucho, para hacer muy precisa una sola personalidad, para el ego que la recibe, ya no responde más que a una parte de sus necesidades. Puede que necesite numerosas vidas antes de que haya desarrollado la cualidad, hasta el punto en que, en su próxima existencia, esta cualidad pasará a ser predominante; porque el ego, para constituir su futura personalidad, no reserva más que una parte especial de sí; sopesa el conjunto y proyecta una fracción que, sin embargo, no es dos veces la misma.

Un ego muy desarrollado, convertido en muy preciso, comprende la personalidad, sabe utilizarla inteligentemente y trata

¹ Véase *Un libro de Texto de Teosofía*, cap. IV relativo a las almas grupales. El tema es demasiado amplio para exponerlo aquí.

de hacer de ella un buen instrumento. Para el hombre corriente, aquí abajo, es una cosa distinta; además, la personalidad tiene que apelar al ego y luego tiene que prestarse a su influencia. Si el hombre, aquí abajo, en su deseo de colaborar en el plan general, actúa de esa manera, el ego responde de inmediato, se prodiga sin tardanza utilizando la personalidad, que entonces tiene que tener cuidado de dejar al guerrero que combata por ella.

El ego dispone de numerosas y magníficas posibilidades que sólo hay que despertar; entre otras razones, está la de los grandes progresos llevados a cabo a menudo por el hombre tosco que hace la guerra, que lucha por sus convicciones al precio de su vida, o exponiéndose a los más graves riesgos. Una decisión tan hermosa, como el sacrificio del bienestar personal por un ideal, sin ningún temor a terribles sufrimientos e incluso a la probable muerte, despierta en el ego una poderosa respuesta.

No todo el mundo está convencido de esto. Algunas personas me han escrito: "Usted dice que un soldado gana en espiritualidad. Yo no veo cómo, porque está impulsado mucho más por el odio que por ningún otro sentimiento elevado". Admitiendo incluso que el soldado odiara al enemigo, si de buen grado lucha por lo que él juzga correcto, su acto es generoso, noble y desinteresado; su actitud reacciona sobre el ego y lo despierta más de lo que lo haría sin duda nada más. La vida privada presenta a veces al hombre la ocasión de un sacrificio, superior incluso al sacrificio de la vida; por ejemplo, puede dedicarse enteramente sin lamentarlo y sin pensar en sí mismo, al servicio de otra persona, privándose para eso de toda distracción y de todo ocio, o bien velar a la cabecera de la cama de un enfermo crónico. Semejantes sacrificios son más grandes incluso que el sacrificio heroico del soldado, pero son poco numerosos, mientras que en tiem-

po de guerra, miles de hombres aprovechan la gran ocasión. El hombre, por un esfuerzo admirable se sacrifica; entonces, el ego despierta, le responde y le envía una oleada de devoción espléndida capaz, en una vida futura, de aumentar todavía el sacrificio consentido. Es necesario un valiente esfuerzo, y una corriente de valor desciende del ego. Así, como dijo el Cristo, aquel que pierda la vida la ganará. Perdiendo la vida en parecida ocasión, el hombre, ciertamente, se prepara para su próxima encarnación una vida mucho más importante, la de una personalidad incuestionablemente más grande. El ego podrá incluso manifestar mejor su poder y también podrá dirigir mejor la personalidad.

“Antes de que en el fragor y fiebre de la batalla puedas dejar de percibirlo...” —eventualidad posible también cuando los hombres entregados a las buenas obras permiten a la personalidad que intervenga. Eso nunca debería llegar a los estudiantes de ocultismo, pero algunas veces sucede. En la Sociedad Teosófica se realiza un trabajo excelente, grandioso, y aquellos que lo llevan a cabo deberían estar, por lo que a ello se refiere, muy por encima de todo sentimiento personal; a menudo es lo contrario. Uno se dice: “Este trabajito es el mío, debe tener preferencia sobre otros; no es que yo lo haga para mi propia satisfacción y que por esta razón no quiero ver a nadie ocupando mi lugar; si tengo que hacerlo es porque nadie lo hará como yo —estoy completamente seguro”. He aquí una actitud que revela una personalidad ambiciosa.

Participar en un trabajo como el nuestro hace progresar al trabajador, proporciona a sus sentimientos más vivacidad, a su inteligencia más agudeza; el mismo hecho de que el trabajo ejerza esta influencia estimulante tiende a reforzar la personalidad, pero eso no excusa para nada al hombre lo bastante loco para no oponerse a ello.

Sucede lo mismo en otras agrupaciones. Cuando era sacerdote, y todavía era joven, las actividades eclesíásticas de todo tipo me ocupaban mucho tiempo, entre otras, la formación de los coros. Las personas que toman parte en este trabajo se dedican todas y directamente a la iglesia de Dios y se les atribuye móviles más elevados que los del hombre medio de fuera; ahora bien, yo no creo que en parte alguna haya tantas discusiones entre sí como las que hay en la iglesia entre los coristas y las personas de su entorno; basta con haber dirigido para reconocer el hecho. Es triste, pero es la verdad; esto no debería ser así. La razón es precisamente porque esas personas han colaborado en un trabajo un poco superior al nivel ordinario; no hace falta más para que su vida interior se excite de un modo insólito.

El discípulo tiene que velar para que su personalidad no intervenga en absoluto en estas buenas obras; de otro modo, perdería de vista la guía superior. Para que el ego pueda luchar en él y servirse de él, el discípulo tiene que entregarse al trabajo sin ninguna preocupación por la parte que le corresponde. Un soplo de la personalidad puede hacerle olvidar al Yo superior, de quien, a partir de entonces, no será capaz de recibir la ayuda, ni de percibir las advertencias; de ese modo, el discípulo puede perder durante algún tiempo el contacto con el ego y encontrarse privado de su preciosa ayuda. La influencia del Yo superior, a menos de tratarse de un ego desarrollado, puede impedirle indicar tal o cual trabajo en particular, pero cuando la personalidad, más presta, ha escogido un trabajo, el ego puede asociarse a él y tomar parte activa, y permitir a la personalidad que lo cumpla mucho mejor y con sentimientos mucho más elevados de lo que lo hubiera hecho por sí sola.

Pero si no le buscas, si pasas a su lado sin perci-

birlo, entonces no hay protección para ti. Tu cerebro se aturdirá, tu corazón se volverá indeciso, y en medio del polvo del campo de batalla, tu visión y tus sentidos se oscurecerán; y no distinguirás tus amigos de tus enemigos.

Todo lo que se describe aquí llega cuando la personalidad no apela a su guía superior. El discípulo no distingue sus amigos de sus enemigos; se deja llevar por el torbellino de la pasión y bajo esta influencia, dará fe a las palabras de una persona que no siente por él ninguna amistad. Eso se observa a menudo en la vida cotidiana: un hombre excitado, irritado o celoso, presta oído a los comentarios ridículos de aquellos que se llaman sus amigos, pero que no lo son en absoluto.

Una persona murmuradora, sembradora de discordias, no es amiga de nadie, sino el peor enemigo de sus interlocutores. Nada más triste que el relacionarse con una persona así y creer en sus palabras. Si empieza a criticar en nuestra presencia, haremos bien alejándonos de ella lo más rápidamente posible, y esto por dos razones: primero, podemos tener la seguridad de que no aprenderemos nada de bueno; por otro lado, una persona que habla así de otra, hablará de la misma manera sobre nosotros en la primera ocasión. Vale más, pues, no tener ninguna relación con esos murmuradores y no dejarse influir en absoluto por lo que ellos digan. Escuchándoles, a menudo uno se dice: "No creo nada de eso; no le prestaré atención"; sin embargo, lo que se ha escuchado no deja indiferente; volverá a la memoria, de cuando en cuando; uno se pregunta si realmente tienen algún fundamento, en lugar de despreciarlos de inmediato, única actitud racional.

Desde el momento en que se conoce bien a una persona,

la opinión así formada tiene que ser suficiente y hay que obviar el alcance de lo que dicen de ella otros que no la conocen tanto. Las disposiciones individuales difieren mucho pero, generalmente hablando, es imposible para nosotros seguir una falsa ruta si nos atenemos a nuestra propia opinión respecto al carácter, las ideas y los actos de esta persona, después de haberla tratado durante largo tiempo en el cual no hemos constatado, por nosotros mismos y sin duda posible, que se haya operado ningún cambio en ella. Ni siquiera un solo ejemplo tiene que bastarnos; hay que esperar y observar porque, a menudo, una persona, bajo la influencia de una indisposición o del insomnio, dice o hace lo que no diría ni haría en otras circunstancias; dar por sentado que ha cambiado porque otros lo digan, sería absolutamente injusto. Si tenéis un amigo, permaneced a su lado y esperad el momento en que una palabra o un acto suyo confirmen los pensamientos, los actos o las palabras que se le atribuyen. No aceptéis el testimonio de otras personas tal vez mal informadas, atolondradas o mal dispuestas hacia él.

Si un hombre que se deja influenciar de esa manera llega a no poder distinguir un amigo de un enemigo y a desconocer absolutamente los hechos, las consecuencias son idénticas para el que se deja dominar por su personalidad. Si los celos se apoderan de él, se ciega absolutamente; sus sentidos normales le resultan inútiles; deja de remitirse a ellos; sobre toda cuestión, su opinión está formada de antemano; es inútil intentar modificarla. Es muy curioso pero muy triste también, ver cómo las personas están dispuestas a creer en el mal de los demás. Rechazad la afrenta; demostrad que no está fundamentada; sin embargo, alguna sospecha. quedará.

Esto no debería ser así, pero en parte es el resultado de un desarrollo excesivo de esta fracción de nosotros mismos

cuya evolución prosigue actualmente en la humanidad. La mente inferior se alecciona por el discernimiento, por la facultad de constatar las diferencias entre esto y aquello; he aquí el porque se lanza invariablemente y rápidamente sobre las diferencias. Si un hombre se encuentra en presencia de una persona para él desconocida, con unas ideas que no le son familiares, con un libro que él no ha leído, su tendencia general es la de prescindir primero de las cosas que no le gustan, las que difieren de las que son habituales para él, y luego deformarlas exageradamente. La razón es que hemos desarrollado un poco demasiado la facultad de analizar, o mejor dicho, que como contrapeso no le proporcionamos una facultad búddhica suficientemente confirmada. El poder del discernimiento es una necesidad; pero también hemos de tener el espíritu de síntesis que permite ver tanto los parecidos como las diferencias.

La enseñanza contenida en este aforismo se encuentra también en términos patentes en el Bhagavad Gitâ:

El hombre, complaciéndose en el objeto de los sentidos, concibe el apego a los mismos; del apego nace el deseo; del deseo nace la ira; de la ira procede la decepción, la confusión de la memoria, la destrucción de lo búddhico; con la destrucción de lo búddhico, él perece².

Se muy bien que nos resulta difícil comprender cómo la Mónada puede ser divina y, a la vez, no estar desarrollada; cómo puede, al término de su encarnación en la individualidad, ser diferente de lo que era al principio. Por otra parte, hagamos una analogía imperfecta. El cuerpo humano se compone de millones de células; células humanas porque for-

² Op. cit. II, 62-63.

man parte del hombre, pero si existe una evolución cualquiera —esto no es imposible— que permita al alma de la célula convertirse un día en el alma de un ser humano, ¿cómo sostener que, a fin de cuentas, la evolución ha sido nula, que la célula ha sido humana desde el principio? Esta comparación puede darnos alguna idea de la manera cómo la Mónada es una parte del Logos, pero una parte no desarrollada. Reconozco que sería imprudente, proceder así, por la vía de la analogía, de lo inferior a lo superior; y después adaptarlas a cada detalle porque, en general, ellas no se prestan a ello. La gran sentencia oculta nos dice: “Como es arriba es abajo, pero lo contrario: “Como es abajo es arriba” no es cierto más que en límites muy reducidos. Yo creo que podemos razonar sin peligro como los hindúes, discutiendo de lo que, se les ha dicho que existe arriba, a lo que, por consiguiente, tiene que encontrarse a cierto nivel inferior. Proceder en sentido inverso es imprudente, porque en los planos superiores las disposiciones, evidentemente, y aunque ignoremos hasta qué punto, están muy ampliadas. A menudo nos equivocaríamos si dijésemos: “Esto que tiene lugar aquí abajo, tiene que ser lo mismo arriba”. La misma ley tiene que expresarse arriba, pero bajo una forma que no podríamos reconocer.

La analogía de las células en el cuerpo humano no podría servirnos de guía mucho tiempo, pero en el curso de nuestros estudios, encontramos diversos puntos que nos hacen pensar que muy bien puede suceder algo parecido. Sabemos que la vida que anima todos los reinos inferiores sirve a su vez de vehículo a una vida superior, cuando el hombre llega a la individualidad. El cuerpo causal que utilizamos actualmente ha sido el alma de un animal, en sí, el punto de partida de nuestra individualidad; lo que, en un momento dado, ha sido la vida que anima, más tarde se convierte pues en un vehículo. Sin embargo, explicado de esta manera, esta ver-

dad no es absoluta. En efecto, lo que en el hombre recibe el nombre de cuerpo causal, era la única manifestación del alma en el animal y en la planta, pero correspondía a la materia de un plano determinado, y esta materia en sí ha tenido que ser una vía de descenso animando y vivificando invisiblemente esta materia. No lo olvidemos nunca —la energía, el espíritu, siempre es invisible para nosotros; sólo podemos percibir su manifestación en una forma material. Tomemos como ejemplo el cuerpo físico. ¿Por qué está animado? Por el hombre en su cuerpo astral. El cuerpo astral es invisible para nosotros; en esta etapa es, pues, nuestra alma. El desarrollo de la visión astral nos permite constatar que este cuerpo, a su vez, está animado por el ego —y así sucesivamente, siempre hacia arriba. Lo que pensamos que es el origen de la vida del ser, jamás es el espíritu verdadero, sino una de sus manifestaciones. Cuando alcanzamos el punto más elevado accesible para nosotros, las burbujas del Koilon o verdadero éter del espacio, aparecen vacías a nuestra visión actual. Desde luego, no es así, porque estas burbujas contienen un principio desconocido capaz de mantener a distancia la prodigiosa energía del éter. Este espacio, vacío en apariencia, contiene pues realmente algo; no lo vemos por el momento; llegaremos a verlo tal vez algún día. Lo que veremos entonces no será el espíritu animador, sino una materia de un orden superior que permite a este espíritu animador manifestarse. La fuerza superior siempre escapará a nuestra mirada.

3. Recibe sus órdenes para la batalla, y obedécelas.

Obedécele, no como si fuera un general, sino como si fueras tú mismo y como si sus palabras fuesen la expresión de tus secretos deseos; pues

*él es tú mismo, aunque infinitamente más sabio
y fuerte que tú.*

Es necesario aprender que en todo conflicto entre lo superior y lo inferior, nosotros somos lo superior. En principio, no estamos muy seguros de nuestra identidad con ello; lo creemos, instruidos por nuestra doctrina; actuamos como si tuviéramos la certeza y muy pronto constataremos que esta identidad es real. El peligro que nos amenaza es el de identificarnos con lo inferior y abandonar lo superior.

CAPÍTULO XIV (LXX)

REGLAS DE LA 5 A LA 8

C.W.L.— Las reglas 5, 6, 7 y 8 forman uno de los grupos que ya conocemos. Dividiré la Regla 8 (comentarios del Chohan) en tres partes relacionadas cada una con una de las tres reglas breves, y la estudiaremos al mismo tiempo que estas reglas, tal como hicimos en el capítulo precedente.

5. Escucha el canto de la vida.

La misma vida tiene su lenguaje y nunca calla. Y ese lenguaje no es un grito como podrías suponer, tú que eres sordo; es un canto. Aprende de él que tú eres una parte de la armonía; aprende de él a obedecer las leyes de la armonía.

El aforismo 5 está compuesto también de una larga nota del Maestro Hilarión; empieza así:

Búscalo y escúchalo primeramente en tu propio corazón. Al principio puede que digas: "No está allí; cuando busco sólo encuentro discordancia". Búscalo más profundamente. Si vuelves a sentirte decepcionado, párate y mira de nuevo en lo hondo. En todo corazón humano existe una melodía natu-

ral, una fuente desconocida. Puede estar escondida y totalmente oculta y silenciosa —pero está ahí. En la misma base de tu naturaleza encontrarás la fe, la esperanza y el amor.

En otras palabras: toda existencia recupera una gran fuerza más o menos latente según el estado de desarrollo de cada vida; esta fuerza mueve todas las cosas. El cristianismo nos enseña a apelar a la voluntad de Dios o al amor de Dios, pero como sea que estos términos a menudo son utilizados de una manera superficial, pierden mucho de su realidad y de su fuerza. En la religión popular, encontramos varias de estas expresiones que representan un determinado carácter histórico o tradicional pero que, para las personas que las utilizan no significan gran cosa. Por ejemplo, se habla mucho de la gracia de Dios, pero muy a menudo, creo yo, sin sospechar lo que significa esta expresión. Incluso en las iglesias, cuando se recita la Letanía, los fieles dicen: “Líbranos buen Señor” —sorprendente frase, absolutamente ilógica e imposible— sin que nunca nadie parezca darse cuenta de ello; las palabras “libranos” están asociadas a las palabras “Buen Señor” — términos contradictorios. No debería ser necesario pedir al “Buen Señor” que nos librara de lo que sea; pedírsele es más que una equivocación, porque esta plegaria supone que el mal existe en Dios; es una blasfemia más grave que la de profanar el nombre divino con juramentos, tal como se oye por las calles, lo que ya resulta suficientemente denigrante; los fieles atribuyen así a Dios las pasiones y la malignidad humanas y le piden que se las evite.

Se habla también de la misericordia de Dios. Aquí volvemos a encontrarnos con la misma idea: Dios podría infligirnos cosas terribles, pero no hace nada y juzga que está bien libranos. Ciertamente, todas estas expresiones revelan una

ignorancia total de lo que significa la palabra Dios; es la palabra más grandiosa, la más hermosa de todas; significa la Bondad; ahora bien, Aquel que es bueno no tiene necesidad de rogativas para mostrarse clemente en éste o en otro caso, porque Su amor es tan superabundante que nos resulta imposible adjudicarle otro sentimiento que no sea la piedad. Dios, verdaderamente, manifiesta Su amor a todos los hombres, hagan lo que hagan. ¿Qué sentimientos dedicaríamos a un tierno padre que escuchara a sus hijos postrados a sus pies pedirle clemencia?

Cuando en Teosofía tratamos de fuerzas superiores, tenemos que luchar contra esta dificultad. Aquellos de entre nosotros que han pasado por diferentes iglesias o capillas donde, desgraciadamente, hablando a menudo de los temas en cuestión, han cogido la costumbre de considerarlos, de por sí, como extremadamente confusos, sin representar ningún sentido muy exacto. Uno acude a los oficios; implora la bendición divina con la idea general de obtener así la protección de Dios o una merced parecida. Me temo que este concepto es muy poco científico. Tendríamos que comprender que un servicio religioso es una manera de transmitir cierto tipo de fuerza perfectamente definido —la bendición de Dios— energía tan incontestable como la electricidad, tan real como el vapor que mueve nuestras locomotoras; esta fuerza sigue los canales que el sacerdote o el obispo le han preparado. Cuando uno de estos ministros extiende la mano, proyecta sobre los fieles una energía especial. Se produce una irradiación de fuerza que llena la iglesia, y esta fuerza es recibida y asimilada por las personas que se han preparado para recibirla; si entre los asistentes los hay que escapan a su influencia es únicamente porque no se han sometido a ninguna preparación.

Así pues, cuando las personas hablan del amor y de la

gracia de Dios, para ellos, tanto uno como otra siguen siendo conceptos vagos, cuando en el fondo se trata de energías muy reales. No siempre es fácil librarse de esta impresión mental; no sólo pasan por ello las personas que han frecuentado diferentes iglesias; las otras también se extravían. Aquellas que han seguido la línea religiosa y han adquirido con ello algunas aptitudes, algunas facultades de comprensión de las que no disponían tan fácilmente los antiguos librepensadores. Resumiendo, la disciplina religiosa ortodoxa es saludable, salvo en lo que ella representa de gazmoñería y de estrechez, y el modo en que a menudo presenta a los fieles la idea de Dios. Respecto al resto, servir a Dios alabándolo y con acciones de gracia, reunirse para adorarle, rodear este culto de todas las bellezas posibles —todo eso es magnífico; yo creo que todo eso puede coexistir con la doctrina más amplia y más liberal. Desgraciadamente hace muchos siglos que esta coexistencia ha dejado de existir, excepto aquí y allí, por parte de muy escasas personas. Durante largo tiempo he pensado que, más pronto o más tarde, nacería una iglesia que combinaría estos diversos principios; ahora bien, actualmente ya existe: es la Iglesia Católica Liberal. Las personas adheridas a la antigua iglesia, a sus métodos, a su ritual, a sus cánticos, a su belleza, a su dulzura y su santidad, encuentran ahora todo eso y, al mismo tiempo, una doctrina que es pura Teosofía.

Así pues, cuando hablando de Teosofía utilizamos términos que corresponden a aquellos de los que normalmente se sirve uno con tanta imprecisión, hay que entender que no tienen nada de vagos ni de confusos. Si se trata de dar a alguien la bendición del Maestro, yo entiendo por esas palabras un esparcimiento positivo de influencia espiritual, tomada en préstamo lo más a menudo, de la materia de un plano superior al plano físico para construirse un vehículo;

pero es por medio de una materia dada que actúa sobre la del cuerpo causal, o mental, o astral, según el caso. Tenemos, pues, que prescindir absolutamente de la menor idea, no importa cual, de una influencia vagamente bienhechora y sin mayor alcance.

Esta importante energía que mueve todas las cosas, presenta otro aspecto: la ley del sacrificio. Sacrificio es una palabra admirable pero, en general, mal utilizada. Hacer un sacrificio significa normalmente renunciar a una cosa cuya pérdida desgarrar el corazón; si los hombres quieren saber el verdadero sentido religioso de la palabra sacrificio, he aquí una idea que tienen que abandonar; tienen que aceptar una interpretación completamente nueva de una palabra que han conocido durante toda su vida. A veces están persuadidos de haber aceptado la nueva y rechazado la vieja, aunque ésta todavía les cobije con su sombra; entonces, y sin saberlo, una nube invade su mente y no se disipará completamente más que de un modo gradual.

La palabra “sacrificio” viene del latín *sacrifico* —“yo santifico”. Sacrificar un objeto es ofrecerlo a Dios y así, se santifica. La idea de que ofreciéndoselo, vosotros os priváis de él es un sentido secundario y añadido. Si, como se dice a menudo en las Escrituras, vosotros tenéis la voluntad de entregaros a Dios en un sacrificio perfecto, hay que descartar que se mezcle a ello la menor idea de renunciación. En el fondo, y aunque parezca paradójico, mientras seguís experimentando el sentimiento de sacrificar un objeto determinado, no hay sacrificio; el objeto no se ha santificado; vosotros dais con pesar. Cuando sentís que es imposible no postraros por entero, por así decirlo, a los pies de Dios o del Cristo en un impulso de devoción perfecta, cuando la idea de la privación ni siquiera se os acude, y vuestros sentimientos os impiden absolutamente actuar de otra manera, cuando poseéis

la profunda convicción de que sólo es posible un abandono absoluto, —entonces, tal vez vuestro sacrificio sea perfecto. Para ofrecer un verdadero sacrificio hay que haber olvidado por completo las ideas que normalmente se le achacan a esta expresión. Sacrificio es una palabra espléndida, pero no significa renunciar a un objeto; significa santificar.

El mismo Logos lleva a cabo el más grande de todos los sacrificios, porque Se derrama. Desciende a la materia. Pone límites a Su poder y Se desnuda de Su gloria; en verdad: “por nosotros los hombres y para nuestra salvación, Él ha descendido del cielo”. Esta es una hermosa frase, pero el sentido que se le da en nuestros días es mucho menos bello y menoscaba la verdadera idea. Si comprendemos bien estas ideas, su extremada belleza nos sorprende; reconocemos que merecen nuestra aprobación y nuestra admiración sin reservas —pero primero hay que comprenderlas. El mayor de todos los sacrificios es, pues, el del Cristo; y nosotros, en la medida en que nos consagramos a Su servicio, participamos, nos unimos a ese sacrificio. No hay ninguna otra elección cuando la profunda realidad se ha percibido; en cuanto al mundo, éste no vería ningún sacrificio, porque parecemos tomar nuestra voluntad como guía. El hombre continúa entonces secundando la fuerza de la evolución, pero sin ofrenda —ha perdido el recuerdo de ella. Ya no se trata de cualquier renuncia, sino de haber llegado a la verdadera realización de sí mismo, de saber el por qué de la existencia. Ese es el pensamiento del Logos y hemos de parecernos a Él si realmente nos queremos sacrificar.

Como ha dicho la Dra. Besant, el mismo hecho de que no exista una sola religión en el mundo donde no esté representada de maneras diversas, la idea del sacrificio indica la presencia de una grande y profunda verdad esotérica. La ley del sacrificio todavía no ha sido objeto de un estudio completo;

sin embargo, un Maestro dijo un día que esta idea era tan importante como las leyes de la reencarnación y del Karma.

Percibir la realidad detrás de todas las cosas, es escuchar el canto de la vida. El canto de la vida es la incesante energía motriz. En la naturaleza, los diferentes movimientos se expresan por los sonidos y los colores que los acompañan; otras expresiones son desconocidas para nosotros; por lo menos, el sonido y el color forman parte de nuestra experiencia. Hasta un punto determinado, es posible aprender a escuchar la armonía de la naturaleza; y vislumbrar su belleza, su gloria y su orden; es la manera más segura de llegar a la certeza de que todas las cosas contribuyen al bien y que el orden profundo, velado por este desorden aparente, es incomparablemente y a todos los efectos, más importante, más efectivo. El desorden es, a lo más, como una ligera perturbación, una espuma superficial; más allá reinan las verdaderas profundidades de la mar, y la obediencia de éstas a la ley divina es perfecta, aun cuando superficialmente la ley pueda parecer violada.

Para nosotros es importante llegar, si podemos, a la realidad subyacente y percibir lo que nada podría turbar ni desviar. Alcanzar este contacto, estar absolutamente seguros de que todas las cosas prosiguen sin descanso su marcha hacia adelante; que, por consiguiente, poco importa lo que pase en la superficie, simple desajuste pasajero, débil agitación —todo eso es un gran alivio, un gran consuelo, una gran seguridad. No dejamos de acercarnos a la unión con el Único, pero ya formamos parte de Él; un día lo realizaremos. A través nuestro, el Uno se manifiesta cada vez más.

Un canto, un inmenso acorde —podría decirse— resuena más allá de los mundos. En la época clásica, se hablaba de la música de las esferas; se creía que el sol, los planetas y las

estrellas, en su movimiento en el espacio, creaban una poderosa armonía. En el Antiguo Testamento también leemos: “Las estrellas de la mañana incitaban juntas gritos de gozo, y los hijos de Dios cantaban triunfantes”¹. Para mucha gente, se trata de una hermosa expresión, de un simbolismo poético y nada más. Según un antiguo adagio, algunas cosas son “demasiado buenas para ser verdad”; pero todo lo que es bueno y bello tiene que ser verdadero, por el mismo hecho de su bondad y de su belleza. No hay idea buena que no tenga su razón de ser; ninguna de ellas llegará a nadie si no ha habido una correspondencia en los niveles superiores. Las cosas más elevadas, las más nobles y las más grandes, son los pensamientos divinos; cuanto más nuestros propios pensamientos se acerquen a ellos, más elevados son, más puros, más verdaderos y más nobles. Tenemos que convencernos de esto viendo en ello no una fantasía poética y divertida, sino un hecho real y capital de la idea de que por encima de todos, en todos, en el mismo corazón de todos, reina lo bello y lo verdadero. Las ideas que normalmente se nos ofrecen son los juicios aportados por el hombre sobre las cosas; las realidades de las que éstas cosas son el velo son los juicios aportados por Dios. Los pensamientos de Dios superan los nuestros en la medida en que Dios es superior al hombre. Más elevado no significa más austero, menos práctico o más extraño a la vida ordinaria, sino más grande, más bello, más glorioso.

Escuchamos el canto de la vida todas las veces que tratamos de descubrir en tal o cual cosa, lo que ella encierra de mejor y más bello. Los estudiantes de ocultismo son necesari-

¹ Job, XXXVIII, 7.

riamente optimistas, porque saben que los hechos justifican —y con mucho— nuestro optimismo más extremo. La verdad subyacente siempre es grandiosa. Si no sabemos comprenderla ni alcanzarla, el fallo no es de la verdad, sino de nuestra falta de entendimiento. Así pues, la vida cotidiana nos permite, mediante muchas facetas no siempre extraordinarias, escuchar este canto de la vida; cuando lo habremos oído por primera vez, nunca más dejaremos de percibirlo por completo. Resuena en todos los planos. Suponiendo que pudiéramos escucharlo integralmente en uno de ellos, sólo percibiríamos una mínima parte, una única nota. Cada plano nos revelará sucesivamente más belleza, más gloria. Cuanto mejor se percibe el canto, más perfecta es la armonía. Haced sonar simultáneamente las ocho notas de una octava y no obtendréis armonía, sino una disonancia; en los planos superiores, por el contrario, existe lo que no puedo describir más que de manera paradójica —la posibilidad de lograr una armonía tanto más perfecta cuanto más notas tocáis; porque allí todas las cosas se ensamblan y se armonizan de una manera absolutamente imposible de hacer comprender aquí abajo.

Si parte de una melodía está escrita en una clave y parte en otra, el efecto que se produce es la ausencia de armonía. Si pudiéramos imaginar, en el espacio primero, una proyección de estas diversas partes, en la que cada una por sí misma se tradujera en un todo armónico, a continuación y en otra dirección una combinación que reuniera estas partes y consiguiera la fusión, de tal manera que cada parte fuera una nota —tal vez la idea nos resultaría accesible; el lenguaje es insuficiente. Siempre pensando que fuera posible proyectar diversas claves, que no produjeran aquí abajo más que disonancia, de manera que crearan en los mundos superiores una armonía perfecta.

La música moderna presenta a menudo menos armonía que la antigua; multiplica las disonancias más locas, de las cuales busca sacar una armonía más bella; no lo consigue, pero yo creo que estos compositores vislumbran esto que acabo de describir y se esfuerzan por expresarlo. Buscan la manera de sacar de esas disonancias la armonía. Yo creo que esto es imposible en el plano físico, pero confieso que no me gustan estas curiosas manifestaciones musicales de nuestra época y, por esta razón sin duda, soy incapaz de comprenderlas. Los autores de toda esta música extraña, probablemente buscan efectos cuyas contrapartidas astrales y mentales no serán disonancias sino armonías; aquí abajo, sólo consiguen una falta de armonía. Las personas que han llegado a disfrutar de estas composiciones han aprendido, imagino, a realizar en sus cuerpos superiores, los efectos deseados; también disfrutaban con esos sonidos extravagantes y trepidantes.

Muchas curiosas manifestaciones del arte moderno, no solamente musical sino también en pintura, apuntan seguramente al futuro y producen efectos que ni nuestros ojos ni nuestros oídos pueden percibir. Lo que es posible ver y oír a menudo es muy feo, pero me siento bastante predispuesto a creer que el objetivo al que apuntan los artistas presentará grandes miras cuando sus intenciones se hayan realizado. Uno quisiera que una armonía suficiente se plasmara en cada plano, y que la obra en sí fuera hermosa, ¡incluso aquí abajo, para los hombres que no comprenden el aspecto superior de la cosa.

Muchas personas me han asegurado que, para ellas, los fragmentos de música diversa les producen idéntica impresión; entre nosotros hay muchos que experimentan cierto placer indefinido cuando oyen música, pero sin comprender nada en absoluto. Para otros, ese fragmento no sólo es agradable de escuchar; además, es un lenguaje tan preciso como

el de un conferenciante, una manera clara y susceptible de ser vista y apreciada. He oído a grandes músicos intercambiando impresiones; también me doy cuenta de que la forma de pensamiento de la que se sirve un compositor para escribir tal o cual página musical, muy bien puede ser transmitida a otra persona. He podido observar un ejemplo en Italia, donde yo me encontraba hace algunos años. Un compositor había escrito un fragmento musical destinado a representar una determinada fuente situada en un jardín que ofrecía tres estanques superpuestos; esta forma de pensamiento se le presentó mentalmente durante su trabajo. He sabido que la misma forma de pensamiento había sido transmitida a otro músico quien jamás había visto ni la fuente ni el jardín, y que no sospechó lo que la música tenía que representar; mientras interpretaba el fragmento, se le apareció la imagen exacta, tan bien, que pudo reconocer los fragmentos que se relacionaban con los diversos estanques de la fuente y el fragmento describiendo el jardín. Yo había tenido la clarísima sensación de algunas correspondencias, pero hizo falta que se me diera la explicación para que se me apareciera la imagen.

Este es un desarrollo superior del sentido musical. Cuando lleguemos al punto en que podamos captar una intención musical semejante, la música tendrá más valor del que tiene ahora para la mayoría de nosotros. Es lo mismo para una pintura. Lo que ve en ella una persona no es lo que ve otra. Hay personas que se parecen al hombre del poema de Wordsworth:

Una primavera a la orilla del río —era para él una primavera amarilla— y nada más.

Sin embargo, al poeta, la primavera le inspiraba una cantidad de ideas admirables. La adquisición definitiva de esta

facultad nos permitirá pensar en símbolos. Esto es lo que hace el ego en el cuerpo causal: piensa en símbolos, no en cosas concretas. Sin duda alguna, esta es una de las maneras cómo se opera el desarrollo psíquico, aunque difiera mucho de las maneras más ordinarias.

Muchas de las recientes manifestaciones artísticas, como los cuadros de los futuristas y los cubistas —jamás se ha visto algo parecido ni en el cielo ni en la tierra— todavía se encuentran en estado de transición; es un trabajo hecho a medias. Siempre se dice que no debería permitirse a los niños que vieran un trabajo sin terminar. Como sea que, a este respecto, algunos de entre nosotros siguen siendo niños, no apreciamos estas obras incompletas, pero tal vez su éxito será grande cuando estén terminadas. El canto de la vida no constituye una sola parte, es toda una orquesta; es una inmensa conjunción de melodías y puede que los celadores del nuevo arte se eleven hasta una manifestación que todavía es invisible para nosotros.

Cuando llegue el Instructor del Mundo, podrán producirse grandes cambios en las artes plásticas así como en la religión, en las reformas sociales y en política. En general, nos lo imaginamos simplemente como un líder religioso. Yo no creo que tengamos que limitar por eso nuestras ideas porque, dejando aparte la doctrina religiosa propiamente dicha, la evolución humana sigue su curso de muchas maneras. No quiero decir que la enseñanza religiosa no tenga que ocupar parte de nuestra vida; seguramente tendría que ser así, pero esta misma religión puede manifestarse bajo aspectos muy diversos. Es muy posible, pues, que el Instructor nos enseñe a hacer estas cosas y que inspire no solamente al sacerdote, sino también al poeta, al artista, al escultor, al músico y al sabio. Cuando la religión habrá sido expuesta de una manera más moderna, más adaptada a la etapa particular de evo-

lución alcanzada actualmente por la humanidad, muy bien puede suceder que esta nueva exposición les comunique a todos un impulso extraordinario. El mensaje del Instructor nos hará comprender, de todas las maneras, y cada vez mejor, el canto de la vida; nos revelará cada vez más la gloria, la belleza, la armonía y el orden subyacentes.

Es importante comprender bien el orden. Actualmente atravesamos una fase democrática; en estas condiciones el desorden, inevitablemente, parece tener que manifestarse en el punto más álgido; algunas personas además, están orgullosas de contribuir al desorden; afirman que cada uno tiene que seguir su propio camino; poco importa la suerte de sus semejantes. Si en realidad es necesario que el hombre aprenda a dirigirse solo, es igualmente indispensable que, después de haberlo hecho, aprenda a subordinar su voluntad a la Voluntad Divina. Al haber adquirido, junto con la facultad de mantenerse firme, la de actuar y pensar, tiene que aprender a hacer de ello sólo un legítimo uso. Hay que poseer una voluntad para subordinarla a la Voluntad Divina. El hombre sin voluntad tiene una vida muy fácil, porque no se preocupa de nada y se remite a la "Providencia". Las personas que han desarrollado la voluntad a veces la contraponen a la Voluntad Divina, y realmente parece más ventajoso para su evolución que hayan tenido la fuerza de actuar mal a fin de que entren pronto en la regla, porque aquellos que no son ni buenos ni malos no parecen ser muy útiles ni llegar muy lejos.

Seguir la Voluntad Divina es escuchar el canto de la vida; cuanto más atentos estemos a él, más lo percibiremos; sucesivamente, en cada nivel será para nosotros más amplio, más grandioso. Desde ahora, dice el texto, podemos formarnos una vaga idea; podemos vislumbrar como un pálido reflejo del esplendor total, porque este canto de la vida está en nosotros y si buscamos en lo más profundo lo descubriremos.

Llevamos en nosotros mismos el espíritu divino, el soplo divino. Como sea que está recubierto por lo que llamamos nuestra naturaleza humana, la melodía no se abre paso fácilmente; la chispa apenas brilla. Pero la melodía resuena mucho allí; siempre forma parte de la llama divina integral, y nuestro deber es el de transformar el yo inferior en una lámpara que derrame su luminosidad.

Siempre existe en nosotros una determinada manifestación de lo divino que su asociación con la materia no puede mancillar ni ocultar; si podemos identificarnos con ella, la materia perderá todo su poder sobre nosotros; pero, para conseguirlo plenamente, es necesario un elevado desarrollo —tal vez superior al del Adepto. Esta manifestación siempre está presente, absolutamente pura, sin nubes, intacta; si llegamos a identificarnos con ella, aunque sea un poco, y a sentir que nuestro “Yo” es ella misma, siempre oiremos el canto de la vida. Sean los que sean los tumultos y los combates de los que estamos rodeados en los mundos inferiores, este canto resonará siempre en nosotros; llevaremos a cabo nuestra tarea en el mundo exterior con una calma inalterable y sin desear nada mejor, sabiendo que la sola realidad digna de este nombre está en nosotros y que todo el resto es simplemente una manifestación temporal. A menudo, cuando rozamos nuestra propia conciencia superior o la del Maestro, es cuando empezamos a oír esta melodía; junto con el sentimiento de esta vida interior; ella nos proporciona el gozo, la felicidad, el sentimiento de conquista, la sensación de haber salido vencedor de la gran contienda.

La nota del Maestro continúa así:

Aquel que escoge el mal, rechaza mirar dentro de sí mismo, cierra sus oídos a la melodía de su corazón, igual que cierra sus ojos a la luz de su alma.

Actúa así porque encuentra más fácil vivir anegado en los deseos. Pero debajo de toda vida existe una corriente impetuosa que no puede ser frenada; las grandes aguas, en verdad, están allí. Descúbrelas y percibirás que nadie, ni siquiera la más miserable de las criaturas, deja de ser parte de ello, por más que niegue la realidad y construya para sí misma una forma externa fantasmagórica de horror.

Si un hombre escoge el mal, es porque se niega a mirar en el fondo de sí mismo; no es que escoja intencionadamente el mal sino que, al no retirarse nunca al fondo de sí mismo, cree ser su vehículo astral, pone su vida en sus deseos y para satisfacerlos sigue el sendero inferior. No quiere mirar cara a cara la realidad de la existencia; he aquí el motivo de ser un obstáculo en la corriente de la evolución. En general, sigue negándose en volver la cabeza durante mucho tiempo después del momento en que hubiera podido pasar a la vida superior; encuentra muy desagradable reconocer que tendrá que volver sobre sus pasos y encontrarse con mucho trabajo, sufrimiento y aflicción debidos al hecho de que él es el autor de un impulso dirigido en el sentido equivocado.

El que mucha gente se encuentre en este estado puede no parecer muy grave, pero si un hombre que presenta estas características se encuentra situado en una posición que le permite hacer mucho bien o mucho mal, desde el punto de vista del progreso oculto corre el mayor de los peligros.

Pasajes como éste generalmente evocan la idea de una persona que se entrega a la magia negra a gran escala, pero el texto sigue siendo verdad por lo que respecta a cosas mucho menores. El hombre que no quiere reconocer los hechos se arriesga mucho a ser arrastrado hacia el sendero más fácil pero más peligroso: preferirá lo que es cómodo a lo que

está bien. Tenemos que vernos tal como somos en realidad; el hombre que está decidido a no hacer nada, evidentemente le sobran razones para temer que, si se enfrentara consigo mismo, esto no le procuraría ningún placer. También puede cometerse el error a la inversa. Caer en un estado mórbido de introspección tiene realmente las más serias consecuencias; lo hemos señalado estudiando *A los Pies del Maestro*. Las personas que se desarraigan sin cesar para ver si adelantan mucho, no progresan. La gran cuestión es asegurarse de que estáis en la buena dirección y que tratáis de hacerlo bien; después, avanzad con calma y con perseverancia y hacedlo lo mejor que podáis. No os inquietéis por vuestros progresos. Sin pararos, es necesario que los hagáis, pero los mejores progresos se hacen cuando no pensáis en ello y cuando haciendo un trabajo bueno y útil para los demás, os olvidáis completamente de vosotros mismos. Los progresos que haya podido hacer después de cuarenta y cinco años se deben absoluta y únicamente a que he aceptado todas las tareas que se presentaban sin preocuparme para nada de mi progreso personal.

Otra verdad: el hombre que se niega a reconocer en sí mismo la esencia divina se prepara una forma horrible. Si nos es difícil ayudarlo, es porque aquí, abajo, encontramos la forma horrible pero no el alma que está en ella. Por lo tanto, es necesario tratar de comprender que esta alma está bien presente. Creo haberos dicho ya, que en otro tiempo yo había adquirido en la iglesia cierta experiencia como joven ayudante laico. Era en uno de los peores barrios de Londres. En el curso de mis experiencias encontré allí personas abyectas cuya degradación casi no podría ser superada; no soñaban en ganarse honradamente la vida; para ellos, vivir era robar o cometer diversos delitos; sus ideas no iban más allá. Las personas cuya existencia es fácil ni siquiera sospechan

cual es la de los verdaderos indigentes de Londres. He conocido cinco familias amontonadas en una sola habitación; una en cada esquina y otra en medio; se entendían bastante bien —un poco como en una pocilga— hasta el día en que la familia del medio tomó un huésped; entonces se pelearon.

En los países más jóvenes, nada que se parezca a los tugurios de la Gran Bretaña. Toda raza está compuesta de personas más o menos avanzadas, pero aquí las condiciones extremas se reúnen porque no siempre hemos actuado como nuestro poder y nuestras responsabilidades nos exigían. En algunos casos, hemos masacrado a los salvajes, les hemos destruido como fieras, hemos lanzado contra ellos expediciones parecidas a las partidas de caza. Como consecuencia, muy a menudo, los hombres así tratados, han vuelto a nacer en nuestra propia raza; ellos son los habitantes de nuestros tugurios. Físicamente cuentan con la ventaja de pertenecer a una raza superior, pero generalmente no lo aprovechan mucho, sobre todo, dado el largo tiempo que su entorno seguirá siendo deplorable.

Cuando los hombres viven en condiciones semejantes, ¿cómo pedirles un elevado grado de moralidad o de humanidad? Esos desgraciados con antecedentes criminales, sometidos a una herencia criminal y que viven en las atroces condiciones que he descrito, poseen absolutamente en ellos una débil chispa de algo mejor —un poco de afecto que se le demuestra a un vecino enfermo, a un niño o a un perro. Recuerdo a un hombre, y de los peores; en el que yo no hubiera creído que existiera el menor atisbo de bondad, si no fuera el gran afecto por su perro; compartía con el animal hasta su último bocado. En todas estas personas, la chispa divina existe y se manifiesta cuando uno menos se lo espera. Vosotros sabéis que la chispa siempre está presente; sobre ella puede ejercerse vuestra acción. Aunque os resulte imposible

encontrar el menor rastro de ella, estad seguros de que está allí.

Si es necesario que nos esforcemos para no olvidar jamás la gloria que oculta una forma humana —la gloria que se manifestará en una vida futura— es necesario reconocer también que la apariencia externa es por el momento muy defectuosa. Hay que ayudar a la chispa divina a manifestarse si bien, en algunos casos, apenas podamos vislumbrarla. No a todo el mundo le es dado saber cómo. Encontramos personas difíciles de ayudar; lo intentamos; hacemos todo lo que podemos; tal vez su Karma nos lo impide; tal vez el nuestro quiere que nuestra fuerza sea insuficiente para encontrar la manera de ayudar en ese caso en particular. En estas cuestiones, recordemos siempre la importancia del sentido común y no nos sintamos impotentes ni nos entreguemos ni a la desesperación ni a ningún tipo de sentimentalismo que nos impediría reconocer los hechos, no obstante evidentes. A menudo se ha dicho: sólo hay un paso de lo sublime a lo vulgar. Algunas veces, presionar demasiado, exagerando lo que es noble y bello, puede convertirse en totalmente ridículo. La enseñanza y las actividades teosóficas proporcionan muchos ejemplos y muchas ocasiones.

La vida divina está en cada uno de nosotros, pero muy a menudo puede suceder que su manifestación sea débil o esté empañada; de modo que hay que tenerlo en cuenta. En el plano físico, para nuestra vida social, son necesarias algunas leyes; a los hombres que los han violado y que se han convertido en lo que llamamos criminales habituales, tiene que aplicarse un tratamiento positivo, para ellos y para la sociedad. Sé que algunas personas llevan tan lejos la idea de la luz inmanente, que condenan toda restricción impuesta al criminal. Según mi parecer, esto es una tontería: sería como entregarse en manos de los criminales; existencia, orden,

progreso resultarían imposibles para millones de personas que son merecedoras de circunstancias más favorables e importantes, mucho más que el criminal, para el progreso de la humanidad.

No tenemos que perjudicar a nuestro criminal; habría que tratarlo como un caso médico, ver en él un enfermo más que una persona perversa, porque el criminal corriente se caracteriza por insuficiencia mental; muy avisado en ciertos aspectos, en otros es realmente muy inferior; es incapaz de comprender la necesidad de ser altruista, de la unión solidaria, porque de otro modo no sería un criminal. Los lectores de las obras del profesor Lombroso recordarán que, después de una larga serie de experiencias, llegó a la conclusión de que, en los criminales habituales el cerebro está insuficientemente desarrollado; invariablemente, y a pesar de su habilidad, este órgano es menos pesado en ellos que en un individuo normal, y algunas de sus partes todavía no están en actividad.

Querer castigar al criminal por un espíritu de venganza, con toda seguridad no es la verdadera manera de tratar la cuestión; me parece que eso no es digno de un pueblo civilizado. Hay que impedir los ataques de las clases criminales pero, como que ellas están igualmente formadas por hombres y hermanos —hermanos, es verdad, mucho más jóvenes que nosotros— mientras aseguramos nuestra protección, hay que tratar de ayudarles y de proporcionarles educación en lugar de vengarnos de ellos. Se dice que un ejemplo terrible, en un caso individual, puede impedir otros crímenes. Esto sería pecar con miras al bien. La historia demuestra que el bien no se alcanza siguiendo este principio.

Todos estos tipos de horror son fantasmagóricos; en la realidad divina, no tienen ninguna existencia. El mal, dicen

los chinos, sólo es una sombra densa del bien. En este mundo, nosotros somos los autores de la mayoría de nuestros males, porque no hemos actuado en armonía con las leyes divinas, sea en la vida presente, sea en las anteriores. Si fuera posible que todos actuáramos armónicamente con ellas, el mal quedaría eliminado. Era necesario que llegáramos a un determinado grado de libre albedrío a fin de aprender a servirnos de él pero —naturalmente, y sin censurar a nadie— hemos utilizado nuestro libre albedrío muy a menudo, lo mismo mal que bien; de aquí la introducción aquí abajo de lo que llamamos el mal. Pero esto es sólo un contratiempo superficial; por debajo, en las profundidades, pasan las grandes corrientes de la vida divina y prosigue la evolución preparada por el Logos a nuestra intención. He aquí las realidades permanentes de la existencia. En cuanto a las manifestaciones del mal, son puramente superficiales si bien, a menudo, a nosotros nos parecen de suma importancia y de un gran poder, comparadas con el resto; en definitiva, no representan nada válido. Nada de lo que vemos puede afectar las aguas profundas. Misteriosamente, el verso de Southey dice la verdad: “Los malvados cumplen ciegamente la justa voluntad del Cielo”.

Es en este sentido que te digo: todos esos seres entre los que luchas son fragmentos de lo Divino. Y la ilusión en la que vives es tan engañosa que es difícil adivinar cuándo percibirás la dulce voz en el corazón de los demás. Pero tienes que saber que esto es una verdad dentro de ti. Búscala ahí, y una vez la hayas oído, la distinguirás más prontamente a tu alrededor.

Si podemos mirar las cosas desde el punto de vista del ego en el cuerpo causal y, aún más, si podemos penetrar en el plano búddhico siguiente, se nos aparecerá el verdadero

significado de todo eso. Lo que entonces percibiremos no será sólo una única y mínima parte del aspecto inferior, sino el conjunto; las proporciones se revelarán, y nosotros constataremos de qué modo el mal es en realidad poca cosa. “El mal es nulo, el mal no es nada; es el silencio que implica el sonido”. Al escribir este verso, Browning seguramente ni siquiera sospechó hasta qué punto esto es verdad. Detrás, más allá, debajo de todo el mal, la gran corriente —tengamos la plena seguridad— prosigue su marcha; el canto de la vida es perceptible si lo buscamos con la suficiente profundidad, porque el alma de la naturaleza es dulce y el corazón del ser es descanso eterno, como ya lo dijo Nuestro Señor el Buddha.

Para descubrir el camino que conduce a Dios, hemos de alimentar la chispa hasta que ésta se convierta en llama; entonces quemará los muros levantados por la individualidad, pero los destruirá sin perder la energía y la precisión adquiridas al construirlos y al utilizarlos. Un día, gracias a su poder así acrecentado, ella actuará, no como una chispa, sino como un sol irradiando la vida y la luz a través de la inmensidad del sistema solar; entonces, realmente, el hombre se habrá convertido en semejante a Dios.

Pasemos ahora al comentario añadido por el Chohan a la Regla nº 5.

*La misma vida tiene su lenguaje y nunca calla.
Y este lenguaje no es un grito, como podrías suponer, tú que eres sordo: es un canto. Aprende de él que tú eres una parte de la armonía; aprende de él a obedecer las leyes de la armonía.*

Aquí abajo, es decir en la superficie, cuánta confusión, cuántas lágrimas, pesadumbres, miseria, codicia, engaño, hostilidad, y podría pensarse que si se penetrara hasta el

corazón de todas las cosas, se escucharía un grito de angustia, un grito de dolor; nada de eso: se escucharía no un grito, sino un canto. A pesar de la espuma de la superficie, a pesar de todas las corrientes y de todos los remolinos percibidos en este mundo por nuestros ojos externos, la poderosa corriente avanza siempre; ahora bien, esto es lo que cuenta y lo que importa.

Un grito pidiendo paz y descanso, he aquí a menudo todo lo que podemos oír en el plano físico. Al alcanzar los planos superiores, descubrimos que la corriente de vida cuya superficie está en nosotros, lejos de pedir la paz, entona un glorioso canto triunfante, mientras avanza constantemente en la dirección que Dios le ha trazado. Este canto puede aleccionaros, como se dice aquí; formáis parte de la armonía y podéis aprender de él a obedecer las leyes de la armonía. Todo este maravilloso y glorioso universo es la expresión de la voluntad divina; se mueve sin tregua como Dios lo ha querido; para comprenderlo basta que asumamos de este movimiento una parte de inteligencia, que busquemos qué tarea nos ha asignado Dios y que la cumplamos.

No hay, y no ha habido jamás ninguna dificultad para conocer esta tarea porque, desde los tiempos más remotos de los que tengamos memoria, esto es precisamente lo que la religión ha enseñado siempre respecto a las acciones de los hombres. Tantas religiones, tantos nombres diferentes dados a las mismas cosas, pero todas están de acuerdo en lo que se refiere a los deberes del hombre. He aquí lo que importa, y resulta extraño que las personas no puedan llegar a convencerse de ello y a tenerlo en cuenta; todos reconocen que el hombre virtuoso es un hombre generoso, desinteresado, benévolo y que, en lugar de oprimir a los demás se esfuerza por ayudarlos en todo lo que cabe —el hombre caritativo con los pobres, que alimenta a los hambrientos, da de

beber al sediento, viste al desnudo, visita a los enfermos y a los presos. Esos son los actos de los que, según el Cristo, depende el sino de los hombres². En el Buddhismo, última religión fundada por Su gran predecesor, Nuestro Señor Gautama el Buddha, encontráis prescritas exactamente las mismas virtudes. Cuando el Instructor mundial actual vino a nosotros, en Su encarnación de Shri Krishna, predicó la misma doctrina. Las variaciones que se observan en algunas formas externas y en algunos nombres carecen de importancia; la enseñanza en sí jamás ha variado. Sin embargo, aunque los hombres hayan oído proclamar siempre y hayan conocido siempre la voluntad divina, ¡cuán difícil es hacérsela observar!

Literariamente, se habla mucho de la vida sencilla. Yo creo que ninguna existencia lo ha sido más que la de los antiguos eremitas: en la India todavía se sigue practicando por personas que se retiran a la selva, sin posesión alguna, y consagrándose enteramente a la vida superior. A menudo, lo sé, no se encuentran bien allí; los que se supone comprometidos con la vida superior, no siempre son capaces de estarlo completamente, al no estar todavía lo suficientemente preparados para pasar toda la vida meditando. Así, ha habido yoguis que han sido motivo de crítica del yoga, y eremitas que han deshonorado la religión a la que pertenecían; sin embargo sigue siendo cierto que la vida más elevada y la más sencilla, en el fondo, es la mejor cumplimentada; es la vida que se lleva enteramente en los planos superiores.

Esta vida no se adapta a todos; la mayoría de nosotros siguen la línea del Karma yoga o servicio activo; nuestra ta-

² San Mateo, XXV, 35-40.

rea es la de trabajar para la humanidad en el plano físico. El hombre que se retira del mundo tiene que trabajar también para ella, con mucha más decisión y energía pero en el plano superior; si se retira a una selva o a una cueva para meditar, no es solamente porque quiere huir del mundo y así salvar más fácilmente su alma; se retira porque, siendo ya un alma liberada, radiante, feliz, fuerte, una energía espiritual, siente que puede trabajar mejor en los planos superiores que en una ciudad, sometido a las influencias del plano físico.

Algunas veces hay personas que se han retirado a la selva con el único deseo de evitar las responsabilidades y las dificultades de sus deberes sociales; pero el hombre que ha superado la etapa de estas obligaciones comprobará que se va liberando gradualmente de ellas; al encontrar así despejado el camino, puede permitirse intentar la existencia superior, la del Sannyasi o la del monje. En el actual período de la historia de la tierra, la vida monástica no parece, sin embargo, ser la más indicada. Hay tanto por hacer en el mundo que, por lo menos, hemos de cumplir todos nuestros deberes antes de considerarnos libres para retirarnos dejando la tarea a los demás. Tal vez cuando venga el Instructor del Mundo, escogerá las personas que tienen que trabajar de tal o cual manera; quizás, entre los jóvenes, algunos serán escogidos para la vida monástica. Lo ignoramos, pero con toda seguridad tendrá necesidad en el plano físico de amantes ayudadas, activas y entregadas. Mientras tanto, hagamos este trabajo puesto que se nos presenta. Si, cuando esto suceda a Él le place poner aparte algunos de entre nosotros para confiarles un trabajo superior, hará que seamos capaces de realizarlo. Mientras, cumplamos nuestro deber inmediato, y esto con todas nuestras fuerzas, como un servicio ofrecido al Señor y no a los hombres.

6. Conserva en tu memoria la melodía que oigas.

Sólo fragmentos del gran canto llegarán a tus oídos mientras seas todavía sólo un hombre. Pero si lo escuchas, recuérdalo fielmente, para que nada de lo que te ha alcanzado se pierda, y esfuérzate en aprender de ello el significado del misterio que te rodea. Con el tiempo no necesitarás ningún maestro. Porque así como el individuo posee una voz, también la posee aquello en lo cual el individuo existe.

Prestando oído, oiréis algunas veces el canto inmenso; entonces, mantened el recuerdo; no olvidéis nunca lo que habéis oído; que nada de lo que habéis percibido se borre jamás; de modo que, ensamblando los fragmentos del gran canto, gradualmente, podréis descubrir los sentidos del misterio que os rodea.

La vida es un misterio para aquellos que no la ven como un conjunto único, y nadie de nosotros puede verla completamente antes de unirse al Logos de nuestro sistema, al Logos de la que toda esta vida no es sino una expresión. Sólo Él es capaz de verla por entero. Nosotros, fragmentos ínfimos (sé que no me expreso en términos filosóficos pero, a mi entender, esta expresión se adapta mejor que cualquier otra con los hechos), partes diminutas de Su conciencia, podemos identificarnos más o menos con esta gran conciencia; cuanto más nos aproximemos a ella, mejor veremos, percibiremos, conoceremos el canto de la vida; cada uno de nosotros que trata de oírlo, trata de ensamblar las piezas que, aquí y allá ha observado.

El conjunto de la naturaleza es probablemente simple;

fuerzas simples y muy poco numerosas, en condiciones variables son suficientes para explicar todo lo que nos rodea, pero todavía no hemos llegado al punto en que pudiéramos constatar con precisión el carácter de estas fuerzas y la influencia de las condiciones. De entrada, parece extraño que cuanto más estudiamos la naturaleza científicamente más compleja nos parece ésta. Por ejemplo, aumentando la potencia del microscopio un punto se revela como un organismo de una maravillosa complejidad.

No hace todavía mucho tiempo, los químicos llamaban a un elemento como el oro o el hierro un cuerpo simple, pero pasados los años y gracias a la visión clarividente que supera infinitamente el poder del microscopio, hemos constatado la extrema complejidad de estos cuerpos. Así pues, el átomo químico del oro —este es su nombre común— contiene tres mil quinientos cuarenta y seis átomos físicos ultrísimos, y éstos se mueven por grupos alrededor de su propio centro de gravedad, imitando de cerca en eso al sistema solar.

Al parecer, cuanto más allá llevamos nuestras investigaciones, todo nos parece más complejo. Sin embargo, en definitiva, esto es falso porque a fuerza de adelantar en nuestras investigaciones, llegamos a descubrir que todas las cosas están formadas por burbujas de koilon —es decir, de nada— y que el universo material integral es, en cierta medida, una ilusión. A decir verdad —los textos indios nos lo afirman desde hace muchísimo tiempo— en el fondo de toda esta complejidad radica una simplicidad definitiva; no podemos asegurarlo absolutamente al no haberlo comprobado todavía, pero eso parece tan probable, que nos sentimos tentados a considerar como casi una certeza el carácter invariable de esta regla; si las complejidades son infinitamente más grandes de lo que suponíamos, tienen como base la simplicidad absoluta.

7. Aprende de ella la lección de armonía.

8. Ahora tú puedes mantenerte erguido, firme como una roca en medio de la confusión, obedeciendo al Guerrero que es tú mismo y tu rey. Indiferente al combate, salvo para cumplir sus mandatos, y sin preocuparte ya del resultado de la batalla, porque sólo una cosa importa: que el Guerrero venza, y tú sabes que no puede ser derrotado; permanece pues, sereno y vigilante, y utiliza la facultad de oír que has adquirido por medio del sufrimiento y por la destrucción del sufrimiento.

El gran Maestro Veneciano describe aquí el estado al que el hombre debería haber llegado cuando el Yo superior es el guerrero, el combatiente. Cuando el hombre ha reconocido su identidad con el guerrero, ha comprobado que él es ese Yo superior, que es divino, y que está comprendido en el Logos, entonces la batalla de la vida deja de preocuparle; sólo hay un pensamiento, el de obedecer al Yo superior.

Para empezar, luchando aquí abajo, esforzándonos por hacer nuestro trabajo y cumplir nuestros deberes, nos preocupamos mucho del resultado; tenemos la sensación de que si no podemos trabajar para el bien, el bien no triunfará. Pero el bien siempre terminará por ser el más fuerte. Sería muy lamentable que uno de nosotros se abstuviera de contribuir a este fin, pero podemos estar seguros de que el bien, pase lo que pase, tiene que triunfar algún día; en tanto que obedezcamos las órdenes del Yo superior y pongamos en juego todos nuestros medios de acción, no tenemos que experimentar, si nuestros esfuerzos parecen vanos, ni preocupación, ni inquietud. Sólo hemos de estar muy seguros de que

hacemos todo lo posible y que, con la certeza de que el bien vencerá, no busquemos una excusa para nuestra inercia.

Miles de personas han dicho sobre la cuestión de la Gran Guerra: “La buena causa vencerá, ¿por qué deberíamos hacer nada?” Sí, la buena causa ha triunfado, pero es lamentable que las personas a las cuales se ofreció la ocasión de contribuir se hayan zafado de ello a propósito. Sobre ellos pesa el Karma de una gran ocasión perdida, y también el Karma de todo el mal añadido a causa del tiempo perdido. Si más hombres, decididos a sacrificarse, se hubieran presentado valientemente para servir, la buena causa hubiera triunfado mucho antes, y se hubieran salvado muchas vidas. Los dubitativos son responsables de los muertos que hubo de más. Imagino, aunque cueste creerlo, que muchas personas prefieren mandar a otras a morir en su lugar. Esta es una etapa de evolución muy baja, pero parece que es verdad la existencia de gente parecida.

Es absolutamente cierto que en el gran combate de la vida el bien triunfará, y también que todos llegaremos un día a la perfección, de una manera o de otra, si no en la cadena de mundos actual, por lo menos en otra; sin embargo, aquellos que ven en esta certeza una excusa para no hacer nada y dicen: “Todo terminará bien; no tengo necesidad de preocuparme; el ego luchará en un plano superior, el que sea; lo que yo haga como personalidad carece de importancia”, se preparan un Karma muy aciago, porque retrasan la victoria final del bien en el presente ciclo de la evolución.

Existe una gran diferencia entre saber que el guerrero en vosotros esté seguro de vencer y la inseguridad que experimentasteis a este respecto en la etapa precedente. En este último caso, tenéis como mínimo la vaga sensación de que el guerrero vencerá y os preocupáis mucho del papel que os corresponde en el combate; es un error, pero es una etapa

necesaria. Por el contrario, aquel que actúa con conocimiento de causa, consigue mantenerse perfectamente en calma, incluso en caso de no tener éxito; no se trata de la calma de la inacción, sino de la voluntad divina actuando en el Yo superior. Desde el punto de vista del gran final, no es insignificante el trabajo de nadie. Reunidos, todos los pequeños esfuerzos constituyen el formidable conjunto; sin embargo, la parte de cada hombre es tan pequeña que uno se equivocaría si se sintiera muy orgulloso de ello. El bien tiene que vencer; se trata de saber si desde hoy vamos a afiliarnos al ejército conquistador o si preferimos quedarnos atrás. Hay que estar con aquellos que ayudan a la humanidad, o con los que son ayudados; cada uno tiene que ser de los que trabajan para el mundo, o bien de aquellos en favor de los cuales se lleva a cabo el trabajo.

El Yo verdadero triunfará; la derrota es imposible para él. Cuando la personalidad se deja de lado y el guerrero que hay en el hombre lucha, la victoria es segura; al identificaros con el guerrero, con calma y atentamente, seguid la lucha en la que participáis como si fuera ajena a vosotros; todo eso no os impide buscar los acentos del canto de la vida; os servís del sentido del oído que debéis al sufrimiento y a la destrucción del sufrimiento. Mientras experimentáis sufrimiento como a tal, todavía lucháis, todavía estáis en ruta; pero, una vez destruido el sufrimiento, llegáis a un estado en que, por así decirlo, adquirís un nuevo sentido, y esto os permite entonces oír y ver constantemente más allá del campo de batalla. En el fragor del combate, distinguís el canto de la vida y en la tormenta que se desencadena percibís la inmensa corriente. Habéis llegado a saber que este sufrimiento sólo durará un tiempo; lo superáis; deja de haceros desgraciados; ya no hay sufrimiento; conocéis el sentido y ya no tiene ascendente sobre vosotros.

CAPÍTULO XV (LXXI)

REGLAS DE LA 9 A LA 12

C.W.L.— He aquí un grupo de Reglas de la 9 a la 12. Una vez más, reunamos cada una de las reglas breves con la parte correspondiente del comentario hecho por el Chohan.

9. *Observa atentamente toda la vida que te rodea.*

Observa la vida que te rodea en constante cambio y movimiento, porque está formada por los corazones de los hombres; y a medida que vayas aprendiendo a conocer su constitución y su significado, gradualmente podrás leer el mensaje más importante de la vida.

La mayoría de las personas pasan su tiempo considerando, no la vida, sino la forma que la rodea; su pensamiento no se adapta mucho a la vida profunda. Por eso se muestran brutales e indiferentes hacia la vegetación, abaten hermosos árboles y transforman un paisaje delicioso en un espantoso centro industrial o en una ciudad horrorosa, sin tener la idea de conservar al mismo tiempo el mayor número posible de bellezas naturales; también está su total ausencia de piedad,

no solamente por lo que se refiere a nuestros hermanos más jóvenes del reino animal, sino también entre ellos mismos.

La misma razón nos hace comprender por qué el mal, aquí abajo, pesa tanto en el alma de los hombres superiores. Si, mirando por debajo de la superficie, y viendo lo que llega a la vida profunda, ellos constatan que incluso los acontecimientos más horrorosos sirven para encaminar la vida hacia la ruta que conduce a la felicidad divina, su inquietud será menor. El discípulo tiene que ver la vida en todas las cosas. Lo primero a tener en cuenta en cada vida es que es una expresión del Logos en Sí. En la vida que nos rodea, es verdad que encontramos muchas cosas repugnantes y de las que tenemos en cuenta su carácter malvado; estas cosas no dejan de desempeñar su papel en la marcha del mundo; también podemos descubrir por todas partes una manifestación de la Divinidad en Sí.

En toda persona hay algo bueno, excepto tal vez en los casos en que la personalidad se ha desprendido definitivamente del Yo superior; caso extremadamente raro, pero que se presenta algunas veces. Esta separación nos parece horrorosa, y en realidad lo es, pero se ha exagerado mucho. Al principio, las obras teosóficas se extendían mucho sobre lo que llamaban las almas perdidas; algunas veces se encuentran asociadas en ellas dos o tres citas referentes a condiciones muy diferentes; muchos lectores confundidos por eso, se imaginan entonces que las almas perdidas son muchas.

Aquí abajo, un determinado tipo de personas se sienten poderosamente atraídas por lo terrible; tienen interés en ver en todo y en cada uno lo peor; esta es una característica de las clases inferiores en Inglaterra; a juzgar por el contenido de los periódicos, esta característica también existe en otras partes. Si estas personas tienen una mala noticia que anun-

ciar, parecen complacerse exagerándola añadiéndole numerosos y espantosos detalles. Me siento inclinado a pensar que muchas personas poseen más o menos este temperamento y que, si bien está extremadamente marcado en las clases inferiores, también se encuentra en los demás.

Estoy convencido de que en la Sociedad Teosófica hemos tenido miembros con esa disposición; anotando con cuidado todos los pasajes que se refieren a los temas en cuestión, la octava esfera y la posible pérdida del alma y de todo eso componen un relato terrible; después, asocian estas ideas a una frase de Madame Blavatsky diciendo que cada día, en la calle, nos codeamos con innumerables almas perdidas. He aquí una expresión que exigiría por lo menos ser tamizada. Sería muy difícil codearse en un solo día con miles de personas. Esta frase no tiene que tomarse al pie de la letra; es una manera figurada de hablar de las dos quintas partes de la humanidad que abandonan nuestra evolución en medio de la quinta ronda; a estas almas no puede llamárselas almas perdidas más que para diferenciarlas de las demás que, con toda seguridad, continuarán su marcha hacia adelante.

Estarán perdidas para la actual cadena de mundos, pero, como ya hemos explicado, no se les impone ningún castigo eterno; descansarán soñolientas y satisfechas, en realidad felices puesto que no conocen nada mejor; no merecen la menor conmiseración si no es la de que en otra cadena de mundos tendrán que recorrer otro largo ciclo de existencias y, como todos sabemos, esto es muy fastidioso. Nada mejor para los hombres obligados a someterse a ello; es infinitamente más ventajoso y más fácil para ellos que retrasarse en nuestra evolución —que supera sus aptitudes— y de verse de ese modo impulsados hacia adelante, a costa de esfuerzos muy violentos que, indudablemente, no podrían aguantar. No han perdido su tiempo; todo lo que han aprendido y

adquirido en la presente cadena de mundos se les tendrá en cuenta, y durante su devachán entre las dos cadenas, podrán realizar algunos progresos. Además en la siguiente cadena ocuparán un rango elevado, porque allí se encontrarán por delante de los nuevos egos de la cadena.

Esos son los miles de seres humanos con los que nos codeamos; nada de común con los casos aislados en que la personalidad se separa de la individualidad. Esto es espantoso, pero más vale no ver en ello una inmensa catástrofe, sino únicamente un caso extremo de lo que llega constantemente, porque —ya lo he explicado— se produce ordinariamente una pérdida al final de cada encarnación, por mucho que las ganancias realizadas también puedan ser muchas. La pérdida de la personalidad tendría como consecuencia una vida de perversidad tremenda. Esto no significa siquiera que el ego peque voluntariamente, sino que la personalidad escapa alguna vez a su control; él es el responsable; no debería haberlo permitido; pero la falta que se le imputa es una debilidad más que un mal directo. No obstante, el ego continúa adelantando; ha retrocedido terriblemente, pero retoma su marcha, si bien no en seguida, porque al principio está como aturdido. Después de semejante experiencia, un ego siempre conserva un carácter especial; siempre descontento, le llegan reminiscencias de una meta más elevada, más importante, que ahora no está a su alcance. Es una terrible condición, sin embargo el hombre culpable de una tan grave debilidad tiene que aceptar el Karma y comprender algún día que él es el autor de sus propios males.

No conozco exactamente qué otras posibilidades de pérdida han podido existir en una época más remota de la historia de nuestro mundo. En las condiciones actuales, parece muy seguro que lo peor que le puede alcanzar a un ego cualquiera es perder totalmente una personalidad. Para él, esto

es en extremo grave; se arriesga a verse postergado, desde una civilización bastante adelantada, a una condición cercana a la del salvaje, aunque no hasta la animalidad. Si hubo alguna vez un tiempo en que esta regresión ha sido posible, por lo que podemos juzgar, ahora es imposible.

No hace tanto tiempo —computo la duración como oculista— que muchos hombres pertenecientes a la humanidad actual dejaron la condición animal. Cuando se acerca el momento de cerrar el acceso de los animales al reino humano, hace falta realizar un gran esfuerzo para hacer que pasen el mayor número posible de ellos, a fin de facilitar a cada uno una ocasión suprema. Los Señores de la Llama descendieron de Venus expresamente para ejercer una acción estimulante en esa época precisa, o un poco antes, y todos los esfuerzos tendieron entonces principalmente a permitir que el mayor número de entidades posible pasaran del reino animal al reino humano antes de que la puerta se cerrara definitivamente. En circunstancias infinitamente de menor envergadura, las personas realizan un esfuerzo especial cuando se trata de una estupenda ocasión, trátese de una venta en condiciones ventajosas o de un examen que hay que aprobar; parece como si hubiera sucedido algo por el estilo pero a una escala infinitamente más vasta, en el momento en que se presentó la última ocasión de dejar el reino animal y entrar en el reino humano en la presente encarnación de nuestra cadena de mundos.

Debió haber muchos seres todavía muy próximos al reino animal y que pasaron muy justo. Estas personas han debido encarnar varios centenares de veces en las condiciones de vida salvaje más inferior de la humanidad y casi sin intervalo; resumiendo, estando siempre comprometidos con la vida física, el mundo astral no se abrió para ellos más que gradualmente. Entre ellos, tal vez los haya que no han consegui-

do mucho al pasar; estos —es casi seguro— abandonarán la corriente de la evolución a la mitad de la quinta ronda. A pesar de todo, habrán adquirido una determinada experiencia de la vida humana —entre la mitad de la cuarta y la mitad de la quinta rondas— además, en la siguiente cadena de mundos no llegarán desde el principio; al haber pasado ya por las clases primitivas, podrán volver a empezar por delante en calidad de salvajes bastante bien calificados; demasiado ignorantes para retrasar mucho su evolución, no pueden progresar demasiado; ésta se hará necesariamente con lentitud; por otro lado, sus facultades mentales son tan débiles que no podrían volver muy atrás.

Algunos textos antiguos hablan a menudo de hombres vueltos a caer en el reino animal. Por nuestra parte nunca hemos observado un solo caso. Para el hombre hay otras maneras de entrar en contacto con la conciencia animal y experimentar así horribles sufrimientos, tal como ya he explicado en *La Vida Interna*, pero la reencarnación bajo una forma animal ya no es posible; hemos superado desde hace muchísimo tiempo la línea de separación para ser capaces de franquearla de nuevo, admitiendo que nada parecido haya sido posible otras veces. Los mismos magos negros más tenaces son incapaces de ello; durante la Gran Guerra tuvimos la ocasión de ver la actuación de algunos de los “Señores de la faz oscura” reencarnados. Esto puede explicar los horrores cometidos. El Karma personal generado por estas personas es incontestablemente terrible. He podido entrever el Karma futuro de personas mucho menos culpables: un espectáculo imposible de olvidar, una pesadilla horrible. Algunos hombres que están muy lejos de igualar estos grandes meteoritos del crimen se preparan sin embargo un horrible futuro maltratando a los niños y sometiendo a los animales a la vivisección; este futuro causa escalofríos; ahora bien, los

magos negros de los que he hablado son infinitamente peores; han cometido los mismos crímenes a una escala colosal y han sacrificado a su egoísmo un hemisferio; sin embargo, no vuelven como animales.

En los rarísimos casos en que una personalidad va a la deriva, lleva una existencia parecida a la de Margrave en *Una extraña historia*, de Bulwer Lytton. Margrave, el ser absolutamente egoísta, sin conciencia, sin alma que pueda guiarle. Se trata pues de un hombre de extrema perversidad, y ésta puede reaparecer además en una segunda encarnación. Madame Blavatsky ha declarado que una personalidad así puede reencarnar en algunos casos apoderándose del cuerpo de un niño pequeño; como que no hay ningún cuerpo preparado para él, esta personalidad puede apoderarse del de un niño que acaba de morir, reanimarlo, servirse de él, y asegurarse así una nueva existencia. Madame Blavatsky tocaba poco estos temas, pero, cuando aludía a los hechos en cuestión, expresaba su horror en términos sobrecogedores. Nosotros, sus oyentes, teníamos la clara sensación de que ella había visto de cerca casos parecidos, porque no hablaba de ello más que a su pesar.

Sus indicaciones nos han hecho comprender que, si una segunda reencarnación humana era pues imposible, podía suceder que esta personalidad en vías de descomposición, habiendo guardado un fragmento desprendido del ego y atrayendo su vitalidad, descendía al reino animal. Un día nos pintó un cuadro realmente horripilante de la manera en que un ser como éste, consciente, podía retrasarse siguiendo lo que ella llamaba la corriente de la *retro-evolución*. Nos dijo —lo recuerdo muy bien— que entidades semejantes habitaban a veces en el cuerpo de una serpiente y que algunas recordaban su antigua condición humana. Es espantoso y tal parece una pesadilla; consolémosnos, por lo menos, dicién-

do que éste es un caso excepcionalmente raro, y que un estado parecido sólo puede ser el resultado de una obstinada perversidad, alimentada durante varias vidas sucesivas.

Los verdaderos malvados no son muchos aquí abajo; y siempre buscan justificarse. El ladrón que asalta vuestro hogar y roba vuestras joyas, opina generalmente que, después de todo, al estar mal repartida la propiedad, él no hace más que tomar la parte que hubiera debido corresponderle por parte del gobierno o de otros; la quita al poseedor ilegítimo de los bienes que, en realidad, deberían estar distribuidos entre todos. Los malhechores muy raramente se aperciben de que su acción es punible; siempre encuentran medios para justificarse. Más tarde, puede que se den cuenta de que la excusa no era válida pero, a mi entender, en el momento de cometer el acto reprehensible, siempre imaginan cualquier excusa. Estos crímenes están lejos de los horrores del alma perdida; para llegar hasta ahí, es necesario que un hombre cometa el mal con plena voluntad, con toda reflexión posible y que se oponga a la corriente de la evolución.

Estas terribles posibilidades son cada vez más raras; la humanidad progresa y aprende; el bando de la sombra encuentra cada vez menos reclutas y actualmente representa un simple vestigio del pasado. Se ha hablado mucho de los vampiros y de los hombres lobo; han existido; todavía pueden encontrarse. Yo he visto ejemplos, pero no espero ver más. Cada vez es más imposible que los hombres descendan hasta ese punto. En lugar de convertirse en vampiro, se pasa al mundo "gris"; tal parece que esta última condición ocupa ahora el lugar de la otra; evidentemente, es preferible, aunque sin embargo muy molesta.

La vida póstuma pasada en el mundo gris se debe al enmarañamiento del cuerpo astral y del doble etérico. Algunas

personas que no creen claramente en una existencia de ultratumba, aspiran sin embargo a seguir viviendo; en términos imprecisos, dicen que creen en la supervivencia pero en realidad dudan mucho de ella; como sea que la existencia física es para ellas la única que tiene realidad, se agarran desesperadamente al cuerpo físico, tanto, que después de su muerte la materia etérica no puede retirarse completamente del cuerpo denso como ocurre en los casos normales. Por consiguiente, el difunto queda retenido, mucho tiempo después de la muerte, en una condición que no es ni la del mundo físico ni la del otro; como conserva una cantidad de materia etérica que le impide utilizar plenamente sus sentidos astrales, no puede, como debiera, pasar al mundo astral; por otra parte, no puede retener el mundo físico al no tener ascendente sobre él, a pesar del resto de materia etérica de la que dispone; se halla pues suspendido en lo que algunas veces se llama el mundo gris. En estas condiciones, no hace sino entrever a intervalos uno u otro de esos mundos, pero experimenta una gran desazón y no deja de luchar para conseguir en alguna parte una existencia completa. Le bastaría un solo instante para liberarse si tuviera la voluntad de hacerlo pero, a menudo, necesita mucho tiempo.

El Chohan dice que la vida cambiante que nos rodea está constituida por los corazones de los hombres. Nuestras condiciones externas son el resultado de nuestros pensamientos y de nuestros sentimientos internos, esto es cierto. Algunas veces uno se lamenta de las condiciones sociales, de los gobiernos, de la política, de la religión, del comercio y de la educación, pero todo eso expresa muy bien el estado de los habitantes que ocupan nuestras ciudades; todo eso está constituido por los corazones de los hombres. Los sufrimientos y las alegrías cuya causa es menos inmediata, tales como los cambios geológicos y climatológicos, constituyen en sí nues-

tro ambiente, a causa del Karma merecido, por nuestros propios sentimientos y nuestros propios pensamientos. Así, nosotros decidimos nuestro lugar en la naturaleza. Siguiendo nuestra naturaleza interna, siguiendo nuestros corazones; después estamos dispuestos a no comprender, porque en lugar de tener en cuenta la vida, tenemos en cuenta las formas.

Muchas cosas que generalmente se consideran como azotes pueden tener su lado positivo. En el plano físico, por ejemplo, esto sería, un violento terremoto, como el que en 1908 trastornó una gran parte de Sicilia y Calabria y costó la vida a más de ciento cincuenta mil personas que perecieron, unas súbitamente, otras, me temo, después de mucho sufrimiento. ¡Cuanta gente vería en ello tan sólo una catástrofe! Ahora bien, para nuestro globo terráqueo esto no es un mal: el seísmo eleva y traslada una gran cantidad de la corteza terrestre renovando así el suelo; para el planeta es una mejora positiva. Mirad la montaña del Vesubio en Italia: al cabo de cierto tiempo, toda la materia volcánica expulsada por el volcán se convirtió en el mejor y más fértil de los suelos; en el paréntesis, destruyó vidas humanas. Una tempestad, un terremoto, una gran inundación no son enteramente un mal: puede que liberen a algunos hombres de sus cuerpos físicos pero, en cualquier caso, esto no es para perjudicarles. Todo lo que llega con las catástrofes de este tipo son de orden kármico y, a la larga, contribuye al bien de las víctimas.

El teósofo tiene que tener muy en cuenta que, en sí, la muerte no es un mal, sino que muy a menudo se otorga como una recompensa. Sobre esta cuestión, nuestra actitud habitual es debida a una enseñanza religiosa inexacta. El instinto de conservación está implantado en cada uno de nosotros; nos impulsa a preservar nuestro cuerpo físico, sea de un atentado cualquiera, sea de la destrucción. Instinto muy sa-

bio y necesario. Tenemos que proteger nuestros cuerpos físicos y hacer que duren tanto tiempo como sea posible. Si yo, respetuosamente, me expreso de este modo, el Logos se ha tomado la molestia de obsequiarnos con nuestra presente encarnación; nuestro deber evidente es sacar el mejor partido posible de ello.

Sin embargo, puede presentarse una ocasión en que el mejor uso que podamos hacer de nuestra encarnación sea el de arriesgarla e incluso el de sacrificarla. Así pues, el soldado que se adelanta, casi sin esperanza, sabiendo que van a matarlo, pero que su muerte forma parte de un gran plan estratégico en que la victoria será la consecuencia, este hombre hace de su encarnación el más generoso de los usos cuando renuncia a ella voluntariamente, cuando hace entrega de la misma. Para la mayoría de nosotros y en condiciones normales, nuestro deber es el de tomar todas las precauciones razonables y hacer que nuestro cuerpo dure tanto como sea posible; de otro modo, abreviando nuestra existencia, somos motivo de un serio contratiempo.

Algunas personas cuentan, muy a la ligera, con la protección que los Maestros les dispensen. “Trabajo tanto para el Maestro, dicen, que cuando estoy al lado de un enfermo no tengo ninguna necesidad de tomar precauciones para no contagiarme; estoy seguro de que Él cuidará de mí; si no supiera nadar me tiraría al agua; estoy seguro de que Él me sostendría”. Es posible, si es que Él lo juzga necesario; pero ¿con qué derecho imponerle a Él lo que con un poco de sentido común hubiera podido hacer él mismo? Si nos corresponde la tarea de visitar a enfermos infecciosos yo creo que, en lugar de contar ciegamente con la protección del Maestro, tomando las precauciones necesarias, deberíamos evitarle a Él toda pena. Es necesario que por nuestra parte hagamos todo lo posible; si el Maestro quiere cooperar a ello, es libre

de hacerlo, pero cometeríamos la mayor de las equivocaciones si contáramos con Su intervención; algunas veces ésta llega, pero no tenemos derecho a esperarla. En este orden de cosas, he visto acontecimientos muy extraños, pero jamás impondré al Maestro la molestia de protegerme de un modo especial contra lo que sea cuando yo muy bien puedo protegerme a mí mismo.

El instinto de conservación es un privilegio de la raza humana; es normal, pero el hombre valiente siempre está dispuesto a aceptar el sufrimiento, el peligro, incluso a arriesgar la vida por razones superiores. El hombre para quien la muerte no es el mayor de los males, la afrontará valerosamente para impedir un mal mayor. Esto es lo que centenares de miles de nuestros semejantes han hecho durante la guerra. La muerte —lo sabemos— no es el fin de todo, como a menudo se cree. Para nosotros, una catástrofe como la de Mesina no es terrible por el solo hecho de que numerosas personas fueron repentinamente desposeídas de sus cuerpos y proyectadas al plano astral. Yo me encontraba en América cuando hubo un gran incendio en un teatro de Chicago; muchas mujeres y muchos niños perdieron la vida allí. Algunos de nuestros miembros vinieron a preguntarme: “¿Cómo la Providencia, si realmente gobierna este mundo, permitió la muerte de todas estas mujeres y de todos estos niños inocentes?” Yo les contesté: “¿Creéis que los hombres son los únicos que merecen siempre la recompensa de ser liberados rápidamente de la existencia terrestre?” Mis interlocutores jamás hubieran imaginado que la muerte pudiera ser una merced, liberando de condiciones penosas y permitiendo así reemprender la marcha hacia adelante con más libertad.

De modo que no consideremos ese gran temblor de tierra como un mal, pensando en todos los seres humanos bruscamente proyectados al plano astral. El número de éstos que

encerrados sufrieron una muerte lenta es comparativamente poco elevado. Algunos se quemaron vivos, otros murieron enterrados entre los escombros; sus sufrimientos, pensamos, debieron ser horrorosos, pero hemos de aplicar nuestros conocimientos teosóficos, tanto a los casos excepcionales como a los casos ordinarios y decirnos que los crueles sufrimientos de éste o aquel individuo han anulado probablemente una deuda de su cuenta kármica, cuya extinción hubiera exigido veinte existencias normales. Sintamos una profunda piedad por todos los hombres que mueren de esta manera; ayudémosles en todo lo que esté a nuestro alcance, pero no lloremos por ellos como si todo eso fuera inútil. Esta es una manera drástica pero rápida de librarnos de las consecuencias derivadas de graves errores; la experiencia es terrible, es cierto, pero cuando todo ha terminado ¡qué ganancia no se habrá obtenido!

A grosso modo, porque no hay que llevar más allá la analogía, hemos comparado las dificultades sufridas, primero en la curación lenta y natural de una enfermedad grave y, a continuación, la curación obtenida por una operación quirúrgica. La curación lenta puede implicar en total más sufrimientos repartidos en muchísimos años. Nuestra simpatía por los muertos no es la que despiertan generalmente, porque nosotros sabemos que su actual condición es muy preferible a la antigua. Para los familiares que les lloran nuestra simpatía es profunda. Sin embargo, insistimos en el error que se comete pensando en estas cosas con horror y suponiendo que Dios, al haberlas permitido, no puede ser bueno. Sí, estas experiencias son terribles, pero su resultado definitivo es invariablemente un bien.

Hay que controlar absolutamente el punto de vista personal para constatar que todo contribuye a nuestro bien, y que en nuestros semejantes, la vida a través del laberinto kármico

transcurre sin descanso hacia los pies de lo Eterno. El Chohan nos dice que consideremos la vida al por mayor; no clasificaremos nunca, pues, a nuestros semejantes de una manera mezquina. Por ejemplo, dejaremos de ver a los hombres religiosos como anglicanos o disidentes, y los veremos como hombres con temperamento devoto; ni tampoco veremos en los hombres de Estado a conservadores o radicales. Nuestro punto de vista será más elevado que eso; clasificaremos a nuestros semejantes como hombres que piensan, que son caritativos o que tienen voluntad, según la clase de actividad humana consciente que controle sus vidas. Los señalaremos con el nombre de su rayo. Adoptando esta clasificación más profunda, nos acercaremos a la realidad y la vida se hará para nosotros más inteligible.

Es muy difícil comprender por entero todos los diferentes tipos; sin embargo es necesario que nos apliquemos a ello. El adepto comprende los tipos más divinos y le dedica a cada uno su comprensión, pero para eso hay que ser un Adepto. Nuestro deber es intentarlo. El punto de vista de nuestro prójimo puede parecernos imposible pero, por lo menos, hay que intentar comprenderlo. Esto no os obliga en absoluto a adoptarlo; tenemos derecho a nuestro punto de vista personal como los demás tienen derecho al suyo, porque la reciprocidad también es cierta. El hombre capaz de demostrar comprensión por aquellos que difieren de él de un modo total y radical, no tardará en comprender por lo menos una parte del mundo en que vive.

No hay ninguna duda de que lo que el Maestro dice aquí significa una orden para el discípulo. Hemos de llegar a comprender todos los tipos humanos hasta donde podamos, y todas las veces que nuestra influencia pueda ayudar a la gente a salir de sus baches, es bueno que lo intentemos pero siempre juiciosamente, sin lo cual pudiéramos no conseguir

atraerles hacia nosotros; incluso, con nuestras lecciones, podríamos contribuir a que su condición empeorase. He conocido varios casos.

Los lectores que tengan memoria de la literatura teosófica de los primeros años pueden recordar que en ella no se plasmaba mucha simpatía por la Iglesia. La misma Madame Blavatsky demostraba poca paciencia cuando se trataba de la ortodoxia religiosa; evidentemente, al haber constatado a menudo la manera en que una creencia religiosa poco iluminada paraliza las inteligencias y las almas, se alzaba algunas veces en contra de las doctrinas religiosas de miras estrechas, sin detenerse nunca una para recordar la existencia de un punto de vista diferente y superior. Era una encarnizada enemiga de la superstición bajo todas sus formas y se dedicó muchísimo más a liberar a las personas de sus supersticiones que a proporcionarles otra cosa en su lugar. Es probable que la gente necesitara una sacudida y sufrir este trato enérgico; también es probable que se hubieran negado a compartir inmediatamente nuestro modo de considerar la vida.

Conocí a la Dra. Besant en una época en que sus ataques contra el cristianismo la llevaban a coincidir enormemente con los de Madame Blavatsky. Tuvo que tomar la palabra ante numerosos librepensadores reunidos en el *Hall of Science* de Londres. Un cristiano laico o un clérigo defendían la ortodoxia, escuchando con interés los argumentos de la Dra. Besant, porque ella era, sin duda alguna, el primer polemista de su época. Yo he escuchado sus debates, antes y después de su ingreso en la Sociedad Teosófica. Su debate teosófico era mucho más caritativo que el de antes, pero mucho menos interesante. Señalaba con mucha pena y mucha benevolencia los puntos débiles de los argumentos contrarios evitando, en todo lo posible, presentar cuestiones molestas, para evitar herir los sentimientos de la parte ad-

versa. La primera vez que la escuché, llegó ventajosamente hasta el final, lo cual fue mucho más interesante, pero menos placentero para su adversario.

Su talante oratorio sigue siendo muy grande todavía hoy, pero ella lo utiliza con tanta consideración que, en un debate uno apenas se da cuenta. Ahora posee lo que tal vez en su época de librepensadora le faltaba, quiero decir la capacidad de comprender a todo el mundo; esta cualidad maravillosa la debe a un trabajo continuado; ha podido adquirirla a fuerza de intentar comprender a los demás y de ponerse en su lugar. En la época del librepensamiento, cuando yo la oí hablar, ciertamente, no se ponía en el lugar de su adversario al que algunas veces reducía a un estado de balbuceo y estupor ante su impecable lógica y por la violencia de sus ataques.

El hombre que desea comprender a todos sus semejantes y que quiere aprender seriamente a mirar la vida desde más arriba, tiene que identificarse igualmente con los reinos inferiores y, en todo lo posible, tiene que considerar la naturaleza como un todo; tiene que adoptar una actitud comprensiva en relación con los grandes Devas de los espíritus de la naturaleza, de los árboles y de la tierra. Nuestras modernas civilizaciones parecen haber perdido esta perspectiva, por más que, de cuando en cuando, las volvamos a encontrar en las obras de un escritor o de un artista. Si hombres como Ruskin y Turner han escrito y han pintado como lo han hecho, es porque ellos mantenían esta perspectiva.

En la Grecia antigua, considerábamos las cosas de una manera completamente distinta a hoy. En la naturaleza, no había nada que ante nuestros ojos no tuviera una importancia mucho mayor de la que tiene para nuestros contemporáneos, si exceptuamos unas cuantas personas con temperamento artístico. Pensábamos menos en el dinero y en los

negocios, y disfrutábamos más de la naturaleza. Es bueno imaginar este punto de vista. Desarrollando la mente inferior, agudizándola por lo que respecta a los negocios y al lado práctico de la vida, nuestras razas modernas han perdido mucho, si bien por otra parte también han ganado mucho; estoy hablando de la facultad de hacer cien cosas a la vez, y de concentrar la atención en condiciones extremadamente difíciles, en medio del barullo, del ruido, de la espantosa agitación de nuestra civilización. Nada parecido a la Grecia antigua; nuestros viajes eran menos rápidos, pero cuando viajábamos, nos instruíamos mucho más.

Me parece que deberíamos intentar recuperar en cierta medida este estado de espíritu. En nuestros días, el hombre embellece raramente su entorno, pero en las épocas en que él comprendía mejor la naturaleza, no la deformaba tanto. Los griegos sabían elevar templos que se asentaban en los lugares más maravillosos. Tal vez nosotros, como ellos, aprenderemos a combinar la estética con la utilidad. Por ejemplo, podemos utilizar como oficina una construcción parecida a una catedral, pero, mientras tanto, y este es uno de los puntos débiles de la civilización actual, ésta no tiene comprensión para todos los aspectos profundos de la naturaleza, porque nos falta cultura para adquirir lo que, para los griegos era un don innato: la facultad de comprender la naturaleza. Leyendo *Queen of the Air*, de Ruskin, uno empieza a vislumbrar este concepto.

Aprovechemos al mismo tiempo todos los progresos. Hemos vivido otras veces en las razas que hicieron de la belleza su culto, disfrutando del ocio y de larga vida; nuestro ego conserva todavía la idea. Nuestra existencia actual tiende a sofocarla, pero basta con apelar a nuestros recuerdos para que los obstáculos caigan. Esto no es imposible y el esfuerzo merece la pena, aunque sólo sea desde el punto de vista per-

sonal, porque disfrutaremos infinitamente mas de la vida.

Hay personas que se sienten ajenas a la naturaleza; dicen que están rodeadas de “malas influencias” y no ven en ese mundo más que escorpiones, serpientes y tigres. Ni una serpiente, ni un escorpión, ni un abejorro son en absoluto nocivos, pero sí son excesivamente irritables y —si fueran de la raza humana— diríamos faltos de todo escrúpulo por lo que se refiere a su manera de actuar. Si se les molesta, simplemente se enfurecen, pican y muerden a los que se acercan a ellos, pero no podéis decir que son malos porque no actúan por malicia; como su vitalidad es grande, la ejercen y se lanzan contra toda persona que se cruce en su camino.

Ocurre lo mismo en la región atral y en la etérica. Una gran cantidad de espíritus de la naturaleza pertenecientes a las categorías inferiores, sin ser malvados ni proponerse hacer daño, son muy desagradables cuando los encontramos; en resumen, hay que evitarlos. Felizmente, es más fácil evitar estas cosas en el plano astral que en el mundo físico, porque una voluntad fuerte basta para alejarlos de uno. Si os sometéis a su influencia, los seres de esta clase se imponen a vosotros. Muchos de ellos, como ya he explicado, están encantados de encontrarse con un hombre encolerizado; el motivo de su furor no les importa en absoluto, para ellos es indiferente (¿saben siquiera que se trata de un hombre? No estoy seguro de ello), pero cuando encuentran una turbulencia originada por la violencia y las vibraciones de brutalidad que les resultan agradables, se mezclan con ellas disfrutando, las fortalecen y aprovechan todas las facetas posibles.

Las vibraciones crueles son la alegría de algunos de ellos; no hay duda de que estos seres no se apoderan voluntariamente de una persona que tenga esta mala costumbre y la impulsan a actos en los cuales el hombre, por sí solo, jamás

hubiera pensado. Dejad que la cólera se apodere de vosotros y os arriesgáis a hablar y actuar de una manera muy en contra de vuestras intenciones. Esto pasa con la crueldad, y en realidad también con los celos, con la envidia y con el odio. Cuando un hombre se entrega a una de estas pasiones el cuerpo astral, de golpe, parece animado de una excitación vindicativa, porque una multitud de estos seres se apodera de él. Nos resulta muy difícil experimentar la menor benevolencia hacia ellos; naturalmente, pensamos en la mala influencia que ejercen en nosotros y, sin embargo, estos pobres seres no hacen otra cosa que buscar satisfacciones que les son propias. Por lo demás, ésta no es una razón para dejarnos dominar por ellos; en cuanto a esto, no deberíamos temer nada de ellos, pero recordemos que ocurren todo tipo de intensificaciones parecidas y que al estudiar a nuestros semejantes hay que tenerlo siempre en cuenta.

A nuestro alrededor se mueven fuerzas inmensas de las que la mayoría de la gente no tiene ni idea. Nosotros lo conocemos como de una manera general; sabemos que fuerzas, como las de la opinión popular, actúan sobre nosotros sin que seamos conscientes de ello, pero sin apercibirnos del formidable poder de la ley de la evolución y de las numerosas facetas divinas en que se manifiesta en todo lo que nos rodea. Dios está velado por la materia pero, aunque esté así oculto para nosotros, no está muerto. Sus actividades, Sus energías no dejan de influenciar a todas Sus criaturas; cuando éstas actúan con fuerza sobre un hombre, le remueven, al igual que se agita la superficie de un agua estancada. Toda el agua se pone en movimiento y todo lo que ésta contiene sube a la superficie; se enturbia muchísimo, pero así llegamos a saber lo que había en el fondo; más vale agitar el agua, aunque el fondo sea fangoso, que no dejarla estancada; se corrompería sin esperanza. De modo que lo que pasa es que

toda esta agitación forma parte de la vida divina que un día educa en el hombre cualidades indeseables.

Podría objetarse que sería más ventajoso para el hombre no haber sido removido de esa manera, pero no es así. La vida del hombre, por el momento, se ha intensificado... desagradablemente, pero es mejor que las cualidades desagradables salgan a la superficie; el hombre aprende entonces a conocerlas y sus amigos que se dan cuenta de ellas también pueden ayudarlo; de otro modo, podrían permanecer ignoradas y producir efectos lamentables si una circunstancia cualquiera las pusiera más tarde en evidencia. A veces es, pues, a la misma fuerza divina que se debe el nacimiento de actividades aparentemente indeseables. No lo dudemos: Aquél que hace todas las cosas actúa para lo mejor; Él sabe lo que hace y, cuando remueve ésta o aquella materia corrompida, es con el fin de provocar la expulsión, aunque, en aquel momento, la agitación no parezca favorecer mucho la evolución. Recordemos constantemente que todos los hombres están situados en diferentes escalones; lo que es bueno para uno es precisamente lo que sería malo para otro. Hemos de observar, tenemos que adquirir una imparcialidad total y no juzgar demasiado aprisa, sea lo que sea lo que pase. Todas las trayectorias están contenidas en el Logos y forman absolutamente parte de la Suya; es por eso que todas estas cosas, en el fondo, son aspectos y expresiones Suyas. Todas estas manifestaciones, al no ser ajenas a nosotros, tenemos deberes a cumplir respecto a ellas. Tal vez tengamos la ocasión de ayudar a una persona, pero no a otra. Sepamos aceptar todas las tareas que se presenten ante nosotros.

10. Aprende a sondear inteligentemente el corazón de los hombres.

Estudia el corazón de los hombres para que puedas conocer qué es ese mundo en el que vives y del cual quieres ser parte.

En esta regla, la palabra corazón se emplea simbólicamente; hay que profundizar todo lo que podamos en la naturaleza entera del hombre, no solamente en sus sentimientos normalmente llamados su corazón, sino también en sus actividades mentales. Hemos de plantearnos el tratar de comprender a fondo, y para eso hemos de buscar en él la manifestación del ego.

Cuando vemos a nuestro alrededor a personas que actúan de un modo distinto a como lo haríamos nosotros, a menudo nos decimos: "¿Qué es lo que ha podido llevarle a hacer algo así?" No pudiendo concebir en ningún caso la posibilidad de hacer nosotros lo mismo, no comprendemos por qué lo habrá hecho nuestro congénere. En la mayoría de los casos, ya hace mucho tiempo que hemos renunciado a resolver enigmas parecidos, porque resultan casi incomprensibles. Por eso no puedo comprender que una muchedumbre se apresure a asistir a un combate de boxeo; no comprendo el interés porque a mi me parece que es una muestra de brutalidad. Si se tratara de pagar, yo preferiría pagar el derecho a no ir, para no asistir al mismo. Reflexionando concienzudamente y tratando de explicarme la atracción que ejerce un combate de boxeo, me pregunto si esto no será una exhibición de destreza, destreza bastante brutal y bastante grosera, pero destreza al fin y al cabo; la idea del valor y de la resistencia puede que también tengan algo que ver.

También observamos grupos de personas apostadas en las esquinas de las calles, riendo estentóreamente con ordinariéz y hablando con voz enronquecida. Es imposible comprender su gozo; sin embargo, estos hombres representan

una numerosa categoría de seres humanos que hemos de tratar de comprender en lo que corresponda.

Las personas llevan a cabo toda una serie de extravagancias: tan pronto les veis furiosamente celosos sin motivo alguno, como vivamente afectados por las conversaciones de las que son objeto. Razonáis con ellos y les decís que la opinión de los demás carece de importancia, al no poder perjudicarles, pero no por eso dejan de sentirse muy seriamente impresionados. Hasta cierto punto, hemos de tratar de descubrir la razón. Muy a menudo, lo admito, no cabe preguntárselo, pero nuestro papel es sin duda el de buscar comprender a nuestros semejantes.

Algunas personas podrían pensar que este estudio carece de interés desde un punto de vista más elevado. Desde el momento en que nos juzgamos un poco más evolucionados que las personas de las que estamos hablando, nuestro deber evidente es ayudarles, porque, si no los comprendemos, nuestra ayuda es una frivolidad; si sus intereses, en general, nos resultan extraños, es que, simplemente, en la vida del alma nosotros somos un poco más viejos. El alma crece y el hombre, al ir avanzando, se vuelve más razonable.

Vemos que los niños hacen toda suerte de cosas incomprensibles; los de trece o catorce años, chicos y chicas, se mueven por motivos que se aproximan a los nuestros, pero ignoramos la razón de sus actos. Nos vemos obligados a recordar nuestra propia juventud para comprender un poco lo que ellos hacen y su manera de interpretar las cosas. Siempre es difícil; lo sé muy bien, porque en una época determinada me estuve ocupando de jóvenes muchachos y adolescentes. Si les presentáis una idea con la esperanza de que quizás la interpretarán como lo hacéis vosotros, alguna vez sí lo hacen, pero a menudo consideran la idea desde un pun-

to de vista completamente diferente, y la juzgan según razones que nunca se os hubieran ocurrido. Algunas veces es imposible descubrir su propósito, pero a menudo ni siquiera se consigue. Los profesores y otras personas que tratan de cerca a los niños de ambos sexos, deberían dedicarse a comprender sus sorprendentes pensamientos y sus sentimientos; se verían menos expuestos a ofender a sus jóvenes discípulos.

He aquí un caso excepcional, pero hay que proceder lo mismo respecto a los adultos de vuestro entorno. Si queréis ayudarles, hay que intentar ponerse en su lugar; esto es lo que significa “Aprender a mirar con inteligencia en el corazón de los hombres”. Tienen sus prejuicios como vosotros tenéis los vuestros —probablemente no los mismos— y tenéis, pues, que descubrir el punto de vista de vuestro interlocutor y tenerlo en cuenta. Intentad averiguar cómo ha llegado a formar su opinión actual y la razón de su prejuicio particular, tal vez entonces podréis ayudarlo a que lo arroje de sí.

Nada más sutil que los prejuicios; generalmente son tan fuertes y están tan arraigados que el hombre ignora su existencia; no cree necesitar ayuda; también nos arriesgamos mucho a disgustarle si le ofrecemos la nuestra. Para triunfar en vuestro propósito y llevarlo a cabo con diligencia, tenéis que descubrir por qué el hombre piensa de ésta o de aquella manera y cómo ha nacido su prejuicio; de otro modo, os arriesgáis a arrastrar a este hombre desde un punto de vista falso a otro igualmente falso.

Los extraños intereses de muchas personas tienen su origen en el cuerpo astral. El cuerpo mental está simplemente en curso de desarrollo, tal como se observa en todos los fenómenos que nos rodean en el plano mental después de la

muerte. Cuando el hombre medio de la clase superior pasa al mundo astral, es muy capaz de participar inteligentemente en la existencia de este plano, aunque no todos lo hagan y aunque, como consecuencia del rápido reagrupamiento de la materia que constituye su cuerpo, la actividad de algunos se encuentre muy disminuida. Las facultades del cuerpo astral están muy desarrolladas y dispuestas para servir aunque muchas personas, al no saber lo que tienen que hacer, ignoran la manera de ejercerlas. Al pasar al plano astral, los difuntos que ya están al corriente de estos temas, se encuentran en un vehículo que les permite expresarse de una manera más completa que antes en el cuerpo físico; pero generalmente no es lo mismo al alcanzar el mundo celeste.

Allí, lo más corriente es que los encontremos en actividad *dentro* del cuerpo mental, donde se instalan tan bien encerrados que, para ellos, constituye una concha más que una expresión de su vida. Ese es el sentido de los textos antiguos cuando afirman tan enérgicamente que en el mundo celeste los hombres se encuentran aparte de todo lo demás. Se habla a menudo de este mundo como si se tratara de una región reservada del plano mental. No es así, pero cada hombre que se ha encerrado en su propia concha, no participa para nada de la vida del plano mental; no circula libremente ni se comunica con los demás, como lo hacía en el plano astral. En su concha, las únicas aberturas que permiten que se filtre la vida exterior, son las ventanas que él mismo se ha preparado al desarrollar de una o de otra manera su cuerpo mental. Todo uso que el hombre hace de su cuerpo mental le permite la facultad de responder a las influencias mentales; según sea este uso, el hombre recogerá los frutos del mismo durante su vida celeste; esto le permitirá comunicarse en cierta medida con el mundo exterior; sólo que su actuación sobre los habitantes de este plano será mucho más reducida

que la acción ejercida por ellos sobre sí mismo, porque a menudo él no puede expresarse en este plano más que por canales muy estrechos.

Este hecho que, en los primeros tiempos de nuestros estudios teosóficos nos resultaba incomprensible, demuestra que el cuerpo mental del hombre medio sólo está desarrollado parcialmente. Examinemos sus manifestaciones aquí abajo, en el cuerpo físico, y llegamos a la misma conclusión. Yo creo que todo el mundo ha comprobado estos límites en los demás; si lo deseamos, también podemos comprobarlos en nosotros mismos, pero es menos fácil que en los otros. Por ejemplo, hablad de Teosofía a los extraños; unos manifestarán un vivo interés; otros no sabrán de qué se trata; os escuchan y dicen: "sí, sí", pero el interés que demuestran, evidentemente, es nulo. La razón más frecuente de esta disposición en contra es que los unos, en sus vidas pasadas, ya han conocido ideas parecidas, mientras que los otros no las conocían. No creo equivocarme si pienso que todos los seres civilizados, después de transcurridos varios miles de años, han conocido realmente estas ideas en sus vidas precedentes. Todos aquellos que nacieron, aunque fuera una sola vez, en la India o en el antiguo Egipto, o que fueron juzgados dignos de conocer los Misterios de Grecia o de Roma, han debido de tener algún conocimiento de estas ideas. Algunos, al haberlas estudiado en profundidad, han desarrollado así en su cuerpo mental las partes correspondientes. Otros, no comprenden nada y no les preocupa en absoluto; según dicen, sólo les interesa procurarse una existencia agradable; aparte de estos deseos simples e inferiores, el cerebro les resulta inútil; si conseguís hacerles leer una página de Teosofía no recuerdan nada.

El cerebro tiene que recibir una educación que corresponde al género de actividad que nosotros pretendemos im-

ponerle, y esto es precisamente lo que hacemos en Teosofía. Las personas que la adoptan sin dificultad y con interés lo hacen, en parte, porque responde a muchas preguntas que ellas se plantean; en parte, porque en otras vidas se han familiarizado más o menos con estas ideas; sus cerebros ya se decantan hacia ella por lo que respecta a esta parte de sí mismos. Una persona cuyo cerebro todavía no se adapta al punto de vista filosófico tiene mucha dificultad para comprender la Teosofía. Le dais una explicación muy simple de la cual, sin duda, sólo asimilará en parte las ideas más generales. En realidad, es necesaria mucha preparación. El hombre medio no encuentra nada en la Teosofía; no estoy hablando ahora de su inteligencia o de su estupidez, sino solamente del hecho de que no está familiarizado con este tipo de ideas; el hombre tiene necesidad de prepararse para ello; al hacerlo sobre todo a través de la religión y desde el punto de vista religioso tendrá que someterse a un entrenamiento gradual. Una religión perfectamente desarrollada tiene que adaptarse a todas las categorías de fieles. Al principio, todas las religiones lo consiguen, pero el tiempo pasa y algunas de ellas pierden ésta o aquella parte de su doctrina y algunas veces se cristalizan de una manera fastidiosa.

Si queremos comprender a los hombres, recordemos hasta qué punto están o no desarrollados, o qué retraso llevan; recordemos que al no estar completamente desarrollado el cuerpo mental, el cuerpo causal —el cuerpo superior— lo está todavía menos, aunque en las clases populares el trabajo teosófico es prácticamente inútil. Las personas que, por haber estudiado Teosofía, comprenden mucho mejor la existencia y, a este respecto, están mentalmente desarrolladas, a veces tienen la costumbre de dormirse en los laureles y a pensar que, por lo que se refiere a la mente, ya no les queda nada por hacer; a menudo se equivocan y, más pronto o más

tarde, tendrán que volver al trabajo intelectual o mental.

La actividad del alma, he aquí lo que quisiéramos estudiar en cada uno, pero no todo el mundo se presta a ello de la misma manera; no olvidemos esto cuando tratemos de comprender a nuestro prójimo. Por un lado, siempre hay que tener en cuenta, en cada uno, los mejores componentes, y esperar a que sus actos concuerden con lo que nosotros quisiéramos ver; les ayudaremos mucho adoptando esta actitud mental. Muy a menudo se constata que si una persona, mezclada por ejemplo en transacciones sospechosas, recibe señales de atención demostrándole que se cuenta con su honradez, se mostrará digno de ello. Por otra parte, si nos inspira sospechas, no tardará sin duda a merecerlas. Sin embargo, no hay que esperar demasiado de las personas; imaginemos que actúan de la mejor manera posible; tratemos, mentalmente, de facilitarles la tarea pero, cuando fracasan, no nos impacientemos ni nos enojemos por ello. La marcha de la evolución es muy lenta y un hombre sólo puede manifestar lo que en sí ya tiene desarrollado.

Siempre es inútil sentirse contrariado cuando una persona no se acomoda a nuestros principios. No censuremos a un hombre por ser lo que es, y por encontrarse en la etapa evolutiva que le corresponde. Si se trata de una persona que moralmente ha llegado muy alto podemos decirnos: "Es una lástima; vale mucho más que eso", pero no hay ninguna razón para enfadarse ni tampoco es útil. Hemos de tener la más elevada opinión posible de nuestro prójimo, y hemos de ayudarle a tomar como guías sus mejores cualidades; pero si no lo consigue, tomemos este contratiempo con filosofía. Ni malhumor ni impaciencia; contentémonos con ayudar a cada uno en el nivel en que se encuentra. Yo creo que esta es la lección que se desprende de la frase: "Aprende a mirar con inteligencia en el corazón de los hombres".

Aquí viene una larga nota del Maestro Hilarión; haremos bien examinándola en detalle; está concebida de este modo:

Desde un punto de vista absolutamente impersonal, de otro modo tu visión estaría empañada. Por lo tanto, primeramente tiene que comprenderse la impersonalidad.

Para nosotros, ser impersonal significa normalmente ser justo o mesurado, tomar una decisión sin que intervengan nuestras simpatías o nuestras antipatías, igual como lo hace un juez en su tribunal. Pero el Maestro quiere decir algo más que eso; para Él, la impersonalidad es una condición en la cual nos elevamos por entero por encima de la personalidad, en la que miramos todas las cosas no solamente con una imparcialidad absoluta, sino también desde el punto de vista del ego. Esto es mucho más difícil; para conseguirlo con toda perfección, haría falta que nuestro cuerpo causal hubiera alcanzado todo su desarrollo. La mayoría de los hombres todavía tiene que desarrollar el cuerpo mental inferior. Los estudiantes de ocultismo tratan de ir un poco más lejos pero, hasta ahora, aquellos que pueden utilizar el cuerpo causal con cierta facilidad son relativamente pocos. Para empezar, el estudiante, mediante el *razonamiento*, tiene que hacerse una idea de lo que sería el punto de vista del alma y después aferrarse a él eliminando todo el resto.

Es difícil ser impersonal. Si dos hombres se enzarzan en una disputa y uno de ellos es un amigo personal al que conocéis a fondo, y el otro es un extraño, nos resulta casi imposible no ponernos del lado del amigo; y esto no carece de razón, porque conocéis a vuestro amigo mejor que al otro; cuanto más informado está uno sobre una persona, mejor la comprende y más indulgente es respecto a ella.

Para nosotros es casi imposible no sentirse ligeramente

inclinados a favor de un amigo. Yo no creo que siempre nos demos perfecta cuenta de hasta qué punto dependemos de las circunstancias que nos rodean. Nacidos en un barrio determinado de una gran ciudad, al crecer llegamos a conocer un círculo restringido y en este círculo elegimos algunos amigos; cambiamos de residencia y en las nuevas localidades hacemos otros amigos, pero, en principio, nuestras amistades dependen generalmente del lugar que habitamos. Si hubiéramos nacido en otro barrio, probablemente hubiéramos tenido amigos totalmente diferentes.

Sucede que personas así reunidas se enamoran unas de otras y se casan; no pueden comprender que si hubieran nacido en otro lugar, sin duda hubieran experimentado los mismos sentimientos hacia otros. La proximidad juega un gran papel. El Karma, es cierto, interviene también en muchos casos, pero estas uniones a menudo están determinadas por la proximidad. Nuestros vecinos, como nuestro entorno en general, nos influyen enormemente. Todo eso hace difícil mirar en el corazón de los demás y, en definitiva, en el nuestro.

Nos sentimos inclinados a juzgar todas las cosas según el modo en que nos afectan; muchas personas son incapaces de situarse en un punto de vista menos rígido y de juzgarlas según el modo en que afectan a toda la nación. En nuestra época de sufragio casi universal, los ejemplos abundan. Mucha gente sólo considera las elecciones como la manera en que probablemente les afectarán; parecen incapaces de comprender que tenemos deberes hacia la comunidad. No subordinan intencionadamente el pensamiento de ésta al pensamiento de su yo personal, pero la existencia de un punto de vista superior se les escapa por completo.

Ya he explicado que hay tres maneras en que el alma pue-

de desarrollarse y ser conducida a influir en nuestras vidas; primero la de los grandes sabios y filósofos de aquí abajo que han desarrollado no sólo la mente inferior sino también mucha parte de la mente superior, aunque una buena parte de su pensamiento más abstracto y maravillosamente comprensivo descende a sus pensamientos ordinarios sin que no siempre puedan expresarlo en sus obras. Los hombres predispuestos a este método tienen que pasar por la etapa del gran sabio o filósofo; el desarrollo búddhico llegará mucho más tarde.

En segundo lugar, mediante emociones superiores como el vivo afecto, la devoción o la comprensión, es posible despertar considerablemente el principio búddhico sin desarrollar especialmente el cuerpo causal intermedio; sin embargo, éste se encuentra influenciado porque todo desarrollo búddhico reacciona muy poderosamente sobre él. La mayor parte de nuestros estudiantes se aplican a utilizar las emociones superiores para influenciar la envoltura búddhica. No quiero decir que desarrollen aún un vehículo búddhico, en el cual puedan vivir de un modo permanente. Esto sería francamente deseable, pero para la mayoría de nosotros sigue siendo todavía difícil de realizar. No es menos cierto que el empleo de las emociones superiores despierta vibraciones en la materia búddhica, su acción revitaliza la materia búddhica todavía en estado amorfo, de suerte que muchas de sus vibraciones descienden y actúan en el cuerpo astral. Es posible, pues, pedir prestada al plano búddhico una influencia bastante grande antes incluso de que el vehículo se encuentre totalmente desarrollado.

Queda un tercer método, más ambiguo; éste permite activar la voluntad. Igual que el cuerpo astral reacciona en el cuerpo búddhico, y el vehículo mental inferior reacciona sobre el vehículo mental superior, también el cuerpo físico re-

acciona sobre el nivel nirvánico. Sobre este punto, lo desconozco casi todo. La mayor parte de los estudiantes progresan por la devoción a los Maestros y por una viva comprensión hacia el prójimo.

La inteligencia es imparcial; ningún hombre es tu enemigo, ningún hombre es tu amigo: todos son igualmente tus instructores. Tu enemigo se convierte en un misterio que hay que resolver, aun cuando se necesiten siglos para ello; porque el hombre debe ser comprendido.

Si tenéis amigos, realmente podéis sentirlos satisfechos, porque en este caso en particular, al considerarlos impersonalmente y como desde arriba, decís: “son mis amigos. ¿Por qué nosotros, como almas, nos hemos reunido?” Entonces, probablemente, comprobaréis que, o bien entre vosotros existen grandes puntos de coincidencia, o bien mutuamente os complementáis; vuestras vibraciones armonizan y constituyen un conjunto satisfactorio.

Desde este punto de vista impersonal, tampoco nadie es vuestro enemigo. Si alguien comete la tontería de querer representar ese papel, os decís: “¿Por qué hará eso? Él no demostraría hacia mí estos sentimientos si yo mismo no le hubiera facilitado la ocasión otras veces. Averigüemos en qué circunstancias y veamos si es posible hacer que cambie de actitud”.

Tu amigo se convierte en una parte de ti mismo, una extensión de ti mismo, un enigma difícil de descifrar. Sólo hay una cosa que sea más difícil de conocer: tu propio corazón. Antes de que se hayan aflojado los lazos de la personalidad, no puede empezar a verse ese profundo misterio del Ser.

Es bonito conocer muy bien a una persona; a veces sucede que en alguna ocasión se atisba en su conciencia una región extraña. Se ha dicho, y yo creo que esta es una gran verdad, que es imposible conocer jamás perfectamente a ningún ser humano, ni siquiera después de haber pasado juntos una larga existencia. Para el Adepto, es otra cosa. Esta es una de las grandes seguridades que nos da nuestra asociación con los Maestros. ¡Estamos tan absolutamente seguros de que ellos nos conocen mucho mejor de lo que nos conocemos nosotros mismos y que no se les escapa nada de nosotros! Constatamos nuestras debilidades y nuestros fallos y buscamos corregirlos lo mejor que podemos, pero es posible que tengamos otras debilidades y otros fallos, invisibles para nosotros, que se manifestarán en los momentos de crisis o de tensión. Además, nos gusta pensar que si el Maestro los conoce, tarde o temprano hará que salgan a la superficie los defectos que nosotros ignoramos todavía, y de ese modo nos ayudará a suprimirlos. Las personas a las que permite que se Le acerquen tomándoles como discípulos tienen al menos el consuelo de decirse que no pueden ser irremediamente perversas, aunque una modestia muy justificada les incite a tener una pobre opinión de sí mismos.

En cada fase del progreso interno, nos corresponde hacer el esfuerzo necesario determinado por nuestra propia voluntad. El mismo Maestro no puede hacerlo por nosotros, aunque pueda ayudarnos y, en efecto, nos ayuda con Su magnetismo, Su afecto y Su comprensión así como por la influencia indirecta que ejerce a través de la segura mediación de Sus discípulos. Sólo puede ayudarnos si el Karma generado por nosotros Le permite hacerlo. Hemos de prepararnos para la siguiente ocasión y, cuando ésta se nos presente, asirla sin dudar; y estaremos mejor preparados para la siguiente.

Por otra parte, el Maestro no tiene el derecho de ayudarnos, porque Él también está sujeto a la gran ley del Karma y, a pesar de todos Sus deseos de elevarnos de golpe hasta el nivel del Adepto, no puede hacerlo. Lo que sí es verdad, es que en el curso del camino, recibiremos su ayuda desde el momento en que la hayamos merecido, porque Él es en Sí un amigo, en toda la acepción de esta palabra. No puede concedernos lo que no nos hemos ganado; realmente sólo puede ayudarnos cuando nos hemos unido a Él.

Hasta que no te hayas separado de la personalidad, no se revelará en absoluto a tu comprensión. Entonces, y sólo entonces, puedes captarlo y guiarlo. Entonces, y sólo entonces, puedes utilizar todos sus poderes y dedicarlos a un servicio digno.

El Maestro, evidentemente, aquí piensa en el Yo superior, en el ego en el cuerpo causal, que toma a su cargo y guía al yo inferior. Como ya hemos visto, todo esto puede interpretarse desde diferentes niveles, según se trate de discípulos o del mismo Adepto. Para algunos hombres la tarea consiste, en que el ego en su cuerpo causal, domine y dirija aquí abajo la personalidad; para otros, consiste en que la Mónada se haga cargo y guíe al ego. Cumplida esta tarea —y esta es la conducta del Adepto— Él mismo deberá apuntar a una meta inmediatamente superior a la Mónada e inducirla a que se adapte allí perfectamente.

11. Considera con la máxima seriedad tu propio corazón.

12. Porque a través de tu propio corazón llega la única luz que puede iluminar la vida y hacerla diáfana ante tus ojos.

Jamás encontraréis a Dios en lo externo antes de haber reconocido Su poder en vosotros mismos. Por vuestro propio corazón pasa la única luz capaz de iluminar la vida y de hacer que la comprendáis; una ayuda externa puede favorecer mucho la evocación. Vuestro mismo Maestro no puede daros esta luz, aunque pueda ayudar a hacerla nacer en vosotros; esta luz tiene que proceder de lo interno; tanto si lo sabéis como no, ella reside allí.

Deberíamos encontrar una bendición y un estímulo extremos en el hecho expresado con tanta insistencia en la doctrina teosófica —es decir, que lo Divino está en nosotros y que, en esencia, nosotros formamos parte de ello. Como sea que a menudo lo olvidamos y perdemos la noción de esto, pasa que, de cuando en cuando, nuestras débil visión es incapaz de captar la amplitud, la profundidad, la magnificencia del plan divino. Las personas olvidan, si es que alguna vez lo han sabido, que somos uno con lo Divino y que para llegar a un grado de desarrollo o a una verdadera felicidad o incluso a toda verdad susceptible de establecer la armonía entre ellos y el resto del mundo, sólo existe un medio: acercarse cada vez más a la expresión de la Divinidad. Todos los místicos lo han afirmado: únicamente por el Dios interno es como podemos alcanzar realmente a Dios fuera de nosotros. El Maestro también ha dicho: “Si eres incapaz de percibir la luz en ti mismo, es inútil que la busques fuera”.

CAPÍTULO XVI (LXXII)

REGLA 13

C.W.L.— En este punto de la segunda parte de *Luz en el Sendero*, la numeración de las reglas se encuentra modificada. Ya no encontramos los aforismos del antiguo manuscrito agrupados de tres en tres y seguidos de un comentario redactado por el Chohan. La regla 13 a la que llegamos ahora está dada por el Chohan.

13. La palabra sólo llega con el conocimiento. Alcanza el conocimiento y alcanzarás la palabra.

La nota del Maestro Hilarión añade:

Es imposible ayudar a los demás, hasta que no hayas adquirido alguna seguridad en ti mismo.

Puede estudiarse a fondo el sistema teosófico, considerarlo desde todos los puntos de vista, compararlo con otras teorías que tratan de explicar las condiciones de aquí abajo, llegar a la conclusión de que constituye la mejor hipótesis presentada hasta ahora al hombre, en definitiva, puede aceptarse como verdad. Yo creo que todo eso no puede llamarse exactamente *sabiduría*, pero por lo menos constituye una

plena y razonable convicción que nos permite actuar con conocimiento de causa.

Volviendo al dogma cristiano ortodoxo, constatamos de inmediato que está falto de estabilidad y de consistencia, aunque pretenda explicarlo todo. Apenas si podemos descubrir en él una teoría satisfactoria. He aquí por qué muchos cristianos tienen miedo de reflexionar. Desde el momento en que llegamos a la explicación teosófica de la vida, el terreno se afirmó bajo nuestros pies. Si una persona de fuera viene a solicitarnos explicaciones, tal vez pueda encontrar nuestras afirmaciones demasiado fuertes, demasiado directas, demasiado absolutas y puede que nos pregunte: “¿Qué pruebas tenéis?” Esta persona puede poner en duda la exactitud de esta o de aquella prueba dadas, pero, considerándola en general, nadie puede negar que nuestra filosofía presenta por lo menos una teoría coherente y que, si eso es verdad, nada escapa a sus explicaciones. En muchos casos las teorías científicas no piden más. Cierta número de hechos están colocados ante nuestros ojos; la hipótesis tiene que facilitar una explicación; he aquí una que, evidentemente, es superior a las demás, y que explica mejor todas las observaciones recogidas; provisionalmente, también nosotros la aceptamos como verdadera.

Cuando empecé a conocer la Teosofía, yo era ya un sacerdote de la Iglesia anglicana; sin embargo, ponía en duda muchos de sus dogmas; evitando por otra parte predicar ningún dogma, enseñaba y demostraba la moral. Al encontrar en la Teosofía una teoría plausible, me sentí muy predispuesto a adoptarla. Apenas si poseía la menor prueba pero, en definitiva, e incluso en esa época, poseía la suficiente para explicar las realidades de la astronomía o incluso para apuntalar numerosas teorías universalmente aceptadas en química o en física. Algunas experiencias se encuentran dilucidadas por

estas teorías, pero muchas otras cosas quedan por explicar.

Poco después, me encontré con Madame Blavatsky, con la cual examiné algunos hechos que parecían corroborar algunas de sus afirmaciones. Con el bien entendido de que esto no demostraba en nada todo el resto, pero muy pronto, y tres años antes de ingresar en la Sociedad, pude convencerme personalmente de la existencia de los Grandes Instructores de los que ella me había hablado. Esta verificación pleiteó en favor del resto, tanto, que todas las afirmaciones de Madame Blavatsky encajaban admirablemente y formaban un conjunto perfecto.

Más tarde, he podido realizar algunas investigaciones directas y, hasta ahora, no he hallado ninguna inexactitud en ninguna de las grandes verdades que ella nos expuso. En sus obras, nos ha dejado una cantidad muy grande de enseñanzas que mis conocimientos directos no me permiten todavía comprenderlas todas. El sentido de algunas afirmaciones se me ha escapado hasta ahora, pero cuanto más me iba instruyendo más iba constatando la amplitud de sus conocimientos; además, si bien ella ha reconocido la existencia de muchos errores en sus escritos, por mi parte he renunciado a buscarlos. En primer lugar, cuando volvíamos a encontrarnos con un pasaje que no podíamos comprender, dábamos por sentado que se trataba de uno de sus errores; posteriormente, descubríamos que el error era nuestro —no lo habíamos entendido bien. Seguramente existen errores y, cuando nuestra instrucción habrá hecho grandes progresos, sin duda los descubriremos. Estaría tentado de alinear en esta categoría algunas afirmaciones, pero me guardaré muy bien de hacerlo antes de saber que son erróneas; es preferible recibirlas muy respetuosamente.

Es verdad que un conocimiento preciso permite hablar con una convicción acrecentada; se ha dicho de mí mismo.

Algunos han encontrado mi conversación convincente. Otros, sin haber obtenido el conocimiento directo, pero cuya elocuencia es muy superior a la mía, han presentado estas ideas situándose en su punto de vista personal. Sin embargo, gente que me escucha me han dicho: “Sí, pero ¿sabe eso *por usted mismo*?” A lo que yo he respondido: “Sí, lo sé, pero a pesar de mi afirmación ¿cómo sabéis que digo la verdad?” “No lo sabemos, pero experimentamos una impresión diferente según que una persona hable de lo que ha comprobado personalmente, o bien si nos expone simplemente el resultado de sus lecturas y de sus estudios”. Se podrían encontrar toda clase de analogías mostrando la imposibilidad de ayudar a los demás antes de haber llegado por uno mismo a cierto grado de certidumbre. Para levantar a una persona por encima de las olas, es necesario sentir la roca bajo vuestros pies.

Cuando un alma sabe, comunica su certeza a otras, y éstas, a su vez, se declaran convencidas; incapaces sin duda, en el plano físico y por medio del cerebro físico, de dar sus razones, sienten instintivamente el conocimiento verdadero. Es imposible ayudar a otras personas en su desarrollo superior o de acercar a los discípulos a sus Maestros, sin poseer conocimientos adquiridos directamente.

Esta diferencia aparece claramente en los manuales teosóficos en que la mayoría tienen como autora a la Dra. Besant. Los tres primeros —*Los Siete Principios del Hombre*, *La Reencarnación* y *La Muerte y el Más Allá*— fueron escritos antes de que ella pudiera constatar todo eso por sí misma. Muy pronto se dio cuenta de que *La Doctrina Secreta*, trabajo sin duda maravilloso, presentaba las mayores dificultades para el estudiante medio que, sin un estudio preliminar, no llegaría a captar ni la décima parte de su contenido. Con su energía habitual se puso pues al trabajo y redactó

para sus amigos algunos resúmenes, simplemente según sus propias lecturas, y de acuerdo con las respuestas de Madame Blavatsky a algunas preguntas. Me pregunto si ninguna otra persona, entregándose por entero a *La Doctrina Secreta*, hubiera conseguido sacar de ella semejante partido; tiene un don extraordinario para facilitar los datos y elucidarlos. Sin embargo, en el momento de emprender el cuarto manual — es decir, *Karma*— empezó a ver por sí misma el mecanismo de estas leyes. Yo escribí entonces *El Plano Astral y el Devachán*; por su parte, la Dra. Besant escribió el séptimo manual —*El Hombre y sus Cuerpos*. En el momento en que ella publicó este último, ya había adquirido definitivamente la facultad de la visión directa. *Karma* por una lado, y *El Hombre y sus Cuerpos* por el otro, presentaban una diferencia de etapa muy marcada. Uno y otro manuales muestran que ella tenía un conocimiento directo del tema. En los otros, procedió por citas y aunque supo fundirlas en el texto con un talento admirable, los tres primeros manuales contienen numerosos pasajes faltos de claridad y difíciles de comprender. A menudo ella ha dicho que quería volverlos a escribir, pero al publicar constantemente nuevas obras, jamás tuvo tiempo para hacerlo. Por otra parte, los consideraba como documentos históricos mostrando lo que nosotros sabíamos y lo que ignorábamos todavía en aquella época.

En los primeros tiempos, nuestras ideas eran muy incompletas y nuestras teorías presentaban muchas lagunas. *El Budhismo Esotérico* de A.P. Sinnett, representa un primer esfuerzo de síntesis más o menos completo y ordenado. Esta obra está basada exclusivamente en las muy numerosas cartas dirigidas al señor Sinnett por el intermedio de discípulos del Maestro Koothoomí. En principio, nosotros habíamos atribuido al Maestro mismo todas las respuestas recibidas; más tarde, supimos que llegaban, si podemos de-

cirlo así, de Su despacho y de Su entorno. Estas cartas contenían numerosos informes respondiendo la mayoría a las preguntas hechas por el señor Sinnett. Esta fue la fuente de las primeras obras del señor Sinnett.

Debemos principalmente a la Dra. Besant la puesta en orden para nosotros, de los datos teosóficos, y una presentación de los hechos permitiendo a cada lector que pueda conocerlos. En esos lejanos días la comprensión de las verdades teosóficas era mucho más laboriosa, pero la diferencia es visible entre el muy notable trabajo llevado a cabo por la Dra. Besant en la época en que los libros eran sus únicos guías y, más adelante, cuando le fue posible el estudio directo. Madame Blavatsky percibía muchas cosas directamente, pero su mente —en todo lo que podemos comprender, porque era una mente gigantesca— no procedía en absoluto como la nuestra. Si puede expresarse así, con respeto y veneración, ofrecía un tipo atlante, por lo que respecta a acumular innumerables hechos, sin preocuparse demasiado por ordenarlos. El Swami T. Subba Rao decía que *La Doctrina Secreta* era un montón de piedras preciosas. Es verdad, pero hay que clasificarlas por sí mismo; la autora no ha tratado de hacerlo por nosotros; no vio en modo alguno la necesidad.

En el curso de mis propios estudios, al haberme encontrado varias veces con ideas completamente nuevas para mí, he tomado nota, viendo en ello no exactamente descubrimientos, sino ideas que jamás había encontrado antes. Releyendo algunos meses después o tal vez uno o dos años más tarde, tanto *El Budhismo Esotérico* como *La Doctrina Secreta*, me apercibí de que la idea aparentemente nueva estaba allí implícitamente contenida, sin estar sin embargo expresada en términos concisos. Es bien cierto que por deducción debiéramos haber encontrado muchas ideas que recientemente se consideraron como nuevas. Viendo la manera en que

estas verdades destilan ideas anteriores, lamento no haberme dado cuenta hasta ahora de mi incapacidad para deducirlas por mí mismo. En cada Iniciación esta experiencia se renueva de una manera sorprendente; la “clave de la sabiduría” comunicada nos parece absolutamente evidente y nos decimos: “¿Cómo no he visto esto por mí mismo?” Pero nunca lo vemos; nadie lo ve antes de ser informado. No es necesaria ninguna prueba para nosotros; la verdad nos habla por sí misma; no tiene necesidad de ninguna demostración. El hecho existía; toda nuestra vida estuvo bajo nuestros ojos, pero nunca lo habíamos visto. Admitiendo que nuestro desarrollo intelectual nos inspire alguna vanidad, este género de experiencia es perfecto para llevarnos hasta la modestia.

Los Maestros son los únicos capaces de prestar una ayuda *completa* al hombre; Su sabiduría es universal y se extiende incluso a todos los mundos superiores. Sin tener necesidad de recurrir, como nosotros, a todos los conocimientos acumulados en su cerebro, Ellos parece que pueden dirigir alguna facultad hacia el punto del que necesitan conocer instantáneamente todo lo que les interesa. El Maestro, si tiene necesidad de cualquier información, no la buscará en ningún documento, sino que dirigirá Su mirada que todo lo penetra sobre esta cuestión y, no sé cómo, se imbuirá de ella hasta el fondo. Esto es, pienso yo, lo que significa *librarse de la ignorancia*. Es evidente que nadie llegará jamás al conocimiento completo por los medios que utilizamos para instruirnos. Se dice, en términos adecuados, que el último obstáculo a eludir por parte del Arhat es *avidya*, la ignorancia. Nosotros nos preguntamos: “¿Cómo interpretar estas palabras: qué hemos de saber?” —“Todo lo que pertenece al sistema solar”, se nos respondió. Terrible perspectiva para el que ya conoce un poco los planos inferiores de nuestro mundo y se encuentra con que ya ha desarrollado su conciencia a

diferentes niveles superiores. Particularmente, puedo afirmarlo: aunque nuestro Sendero conduce a la sabiduría universal, la sensación de ignorancia universal, a medida que se va avanzando, se vuelve cada vez más abrumadora. Todas las veces que se aborda un nivel superior comprendemos muy bien las cosas de las que deseamos explicación pero, al mismo tiempo, vemos aparecer y extenderse hasta el infinito regiones de las que no sabemos nada. Cuanto más se instruye un estudiante, más cuenta se da de todo lo que le queda por aprender y cuán poco representa lo que él cree haber aprendido. Esto no es más que la mitad de la dificultad, porque cada sucesiva elevación proporciona un nuevo aspecto a todo lo que uno ya sabía y le obliga a volver a empezar el estudio. Las pautas que hemos aprendido a seguir ya no nos proporcionan una gran esperanza. Si estamos llamados a poseer la sabiduría universal y divina, para adquirirla tiene que existir un método completamente distinto; lo descubriremos cuando estaremos más adelantados. Por ahora, yo me tomo todo eso filosóficamente, es lo único que se puede hacer. Por nuestros medios actuales consigo tanto conocimiento como puedo; descubriendo nuevos métodos los aplico, pero veo que estos métodos no me conducirán nunca a la meta final. Para instruirse tiene que existir un método absolutamente nuevo a este respecto; yo creo que en la conciencia búddhica de la que ya he hablado, encontramos una ligera indicación. Esta conciencia dispensa de reunir los hechos obtenidos fuera; permite sumergirse en la conciencia de todas estas cosas, tanto si se trata de minerales, de plantas o de devas, y de comprenderlos desde el punto de vista interno. Entonces se constata que todo, sea lo que sea, forma parte de nuestra propia conciencia. Siguiendo esta vía es posible que nos conduzca hasta el final.

Cuando hayas aprendido las primeras 21 reglas y

hayas entrado en el Vestíbulo de la Sabiduría con tus poderes desarrollados y liberado de los sentidos, entonces descubrirás que dentro de ti existe un manantial del cual brota la palabra.

El templo de la sabiduría significa desde luego el mundo astral; más adelante, el Maestro llama sin duda así a algo muy superior. En primer lugar, cuando la experiencia astral es la única al alcance del aspirante, éste puede aprender en el mundo astral una gran cantidad de cosas absolutamente nuevas para él; adquiere facultades desconocidas; se abren perspectivas ante sus ojos en distintas direcciones que le permiten considerarlo todo desde un nuevo punto de vista. Para empezar, el nivel astral implica una dimensión más. Mencionemos a continuación la facultad de ver a través de todo objeto material. Finalmente, el observador lo traduce todo en términos del vehículo emocional, lo que difiere absolutamente de la percepción alcanzada por medio del cuerpo físico. En este mundo más elevado hay, pues, mucho que aprender y mucho por hacer, porque es ahí donde los hombres tienen más necesidad de ayuda; es ahí donde se encuentran todas las personas recientemente *fallecidas*, en sus diversas condiciones, en sus numerosas etapas de desarrollo; es, pues, ahí donde, dejando de lado nuestro cuerpo físico, ayudamos principalmente a las almas angustiadas.

En una etapa más avanzada, el hombre se encuentra libre en el plano mental, al igual que la mayoría de nosotros somos libres en el plano astral cuando nos evadimos del cuerpo físico. Los discípulos de los Maestros aprenden de una manera especial a desarrollar el cuerpo mental hasta el punto de servirse de él tan fácilmente como del cuerpo astral; aprenden en seguida a constituir el *mayavi-rupa*, es decir, un cuerpo astral temporal, no el cuerpo astral naturalmente ligado al hombre, sino una materialización temporal en el

plano astral que sólo pueden conseguir aquellos que han aprendido a moverse en sus vehículos mentales.

En la siguiente etapa, el hombre aprende a utilizar con facilidad el cuerpo causal. A partir de ahí, independientemente de cuales sean los vehículos inferiores que utilice, conserva hasta cierto punto esta nueva conciencia; sin poder hacer pleno uso de la facultad propia del cuerpo causal al servirse del cuerpo astral o del cuerpo mental, porque los dos primeros constituyen un velo o limitación, conserva al menos el recuerdo de su experiencia causal. Si, además, llega a traspasar el velo que separa el cuerpo físico del cuerpo astral, recuerda físicamente todo lo que hace en los mundos superiores; así pues, su existencia es continua. En el cuerpo causal mismo, su conciencia no se verá interrumpida por el sueño o por el despertar, ni por la vida o por la muerte, porque esta conciencia es permanente. Entrando en el templo de la sabiduría al nivel inmediatamente superior o plano búddhico, alcanzará el conocimiento directo de todo lo que se presente ante él; capaz de penetrar las otras almas así como de atraerlas hacia él, las comprenderá perfectamente.

En estos niveles superiores, el desarrollo de las facultades y la liberación de los sentidos permitirán proporcionar al hombre muchas experiencias; al mismo tiempo, se encuentra siempre paralizado por la dificultad de expresarse; ve y sabe y puede entonces decir mucho más de las cosas, y de una manera mucho más convincente que el hombre que no posee todavía el conocimiento directo y, sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, a pesar del éxito que obtiene con algunas personas, siempre está obsesionado por la sensación de no expresar más que la mitad de lo que ha visto. No hay palabras para comunicar a los demás la experiencia adquirida en un mundo donde las palabras no existen.

Las personas de tipo devocional de cuando en cuando se

elevan a una condición de éxtasis en la cual vislumbran los planos superiores. Es suficiente haberlo conseguido una sola vez para reconocer de inmediato las tentativas de descripción que nos han dado los santos cristianos y también los yoguis hindúes. Santa Teresa habla de experiencias parecidas; San Juan de la Cruz, San Francisco de Asís y otros, las mencionan una o dos veces. En sus descripciones, estos cristianos han utilizado términos cristianos; un teósofo se hubiera servido de términos más teosóficos; relacionaría su experiencia con los Maestros, mientras que los santos la relacionan con el Cristo.

Es muy importante entrar así en contacto con la realidad más allá de los fenómenos, o mejor dicho, acercarse a la realidad más allá de las formas, porque una experiencia personal, aunque sea incompleta, vale mucho más que una gran cantidad de información de segunda mano. Un poco de experiencia personal es suficiente para hacer surgir de nosotros las palabras. Sentimos que hemos de decir algo diferente; nos sentimos *obligados* a ello. Transmitirlas al mundo es una carga que nos incumbe; hemos de dar testimonio de estas admirables realidades. El Maestro dice que, en el momento en que llegaréis a conocerlas directamente, descubriréis en vosotros esta fuente de la que brotará la palabra. Sentiréis la necesidad, la obligación de repetir las grandes cosas con las que el Señor —para expresarnos en términos cristianos— os ha favorecido.

Sin querer imponer indistintamente a cada uno el relato de todas nuestras experiencias, uno tiene la sensación de que las personas que poseen algún conocimiento directo, siempre están dispuestas a dar fe de ellos. Aquellos que han visto personalmente y se han encontrado con algunos de nuestros grandes Maestros y han conservado el recuerdo, me parece que deberían dar fe de ello siempre, porque las

personas de fuera dicen constantemente, cuando oyen mencionar acontecimientos semejantes: “Muy bien, ¿alguien se ha encontrado con estos grandes Seres?” No deseo en modo alguno profanar la idea que nosotros tenemos de los Maestros presentándola a las personas incapaces de comprenderla, pero, si entre estos últimos, incluso en una reunión pública, hay alguien que pregunta: “¿Habéis encontrado alguno de estos grandes Maestros?”, yo responderé: “Sí, pero me guardaré mucho de hacer de ello un tema de debate”. En una reunión de esta clase probablemente habría oyentes que bromearían sobre ello, o bien aunque callaran, podrían persistir en su incredulidad. Todo esto no alcanza para nada a los Maestros. pero —es justo que no se olvide— tiene una gran influencia sobre el blasfemo. El hombre que se burla de grandes personajes como Ellos, genera para sí un tipo de Karma especialmente grave; lo he comprobado muy a menudo. Si algunas veces parecemos reacios a hablar, debe entenderse nuestro verdadero motivo, no solamente por nuestra repugnancia natural a someter a nombres considerados por nosotros como sagrados a los sarcasmos de los ignorantes y de los insensatos, sino también por nuestro interés por esos ignorantes y esos insensatos, que se arriesgarían a atraerse un porvenir de experiencias muy penosas. Respecto a esto, no puedo dar explicaciones completas, pero sé que es así; lo he comprobado muchas veces, demasiadas para que se tratase de una simple coincidencia o de un accidente fortuito.

Nadie tiene el derecho de ridiculizar a un instructor religioso, sea quien sea; puede no creerse en él o puede que uno no se sienta obligado a seguirle, pero nadie dotado de sentimientos delicados sueña en mofarse de las convicciones religiosas de los demás. El que se hace acreedor a ello, peca contra unos principios generales, sea cual sea la naturaleza de las enseñanzas que se den.

Puede ser muy positivo dar a todos el mismo consejo —el de no menospreciar nada, porque incluso en ideas aparentemente increíbles siempre puede existir un fragmento de verdad. Todo efecto —incluso una superstición— tiene una causa y, a pesar del aspecto ridículo que pueda presentar en nuestros días, si nos remontamos a su origen, descubrimos que esta causa tiene una base.

Después de la regla número trece, no puedo añadir nada a lo que ya se ha escrito. El Maestro Hilarión quiere decir que las notas del Chohan Veneciano comprenden todo lo que, según él, puede ser, dado sin inconveniente. Termina entonces sus notas con las palabras:

Mi paz te doy. Δ

Estas notas han sido escritas únicamente para aquellos a quienes yo doy mi paz; para aquellos que pueden leer lo que he escrito con su sentido interno lo mismo que con el externo.

Tal como hemos visto en la primera parte, “Mi paz te doy” no puede ser dicho por el Maestro más que a aquellos de Sus discípulos que son como Él mismo, o a otros que han llegado al nivel búddhico y que, poseyendo la conciencia correspondiente, son uno con Él.

Supongamos que dos personas intercambian un saludo como: “la paz sea contigo”, y la respuesta: “Y que contigo sea la paz”. ¿Qué es lo que se dan mutuamente? Podemos imaginar que están al mismo nivel; del uno pasa al otro un vivo deseo de paz. He aquí una verdadera dádiva perfectamente percibible. Pero ocurre lo mismo cada vez que un pensamiento afectuoso se dirige hacia un ser querido. Transferimos absolutamente una pequeña parte de nuestro cuerpo astral utili-

zado como vehículo de nuestra forma de pensamiento. Igualmente es posible transferir de la materia más elevada, incluso de la del plano búddhico, si uno ha llegado tan arriba.

Es bueno darse cuenta de que, en casos semejantes, hay material transferido. A menudo uno se imagina que el deseo no es nada; ahora bien, un deseo de benevolencia es una dádiva tan material como lo sería un libro o una joya, aunque esté constituido de materia astral y mental. Es una dádiva que está al alcance del más pobre y del más rico.

Uno de nosotros recibe la bendición de un sacerdote: "Que la paz de Dios que traspasa toda inteligencia descanse en ti"; entonces se produce un fenómeno determinado. El deseo benevolente que el sacerdote podría añadir no sería más que una parte infinitesimal de lo que procede de él. Cuando él otorga en nombre de Dios una solemne bendición, actúa como sacerdote; toma prestada la energía espiritual de la reserva especialmente constituida a este efecto por el Cristo. La energía se toma de la misma fuente en la celebración de la Eucaristía, aunque, en este caso, procede de una profundidad diferente y se manifiesta de otra manera. Algunos Grandes Seres han juzgado bueno constituir una sección especial de la mencionada reserva, sección alimentada en primer lugar por Ellos mismos, después siempre conservada entera por Sus servidores particulares. Esto es lo que hace el mismo Cristo desde Su advenimiento en Palestina. Por la voluntad del sacerdote, los fieles reciben, pues, una paz y una bendición muy superiores a las que puedan otorgar a otro una persona corriente; esta paz y esta bendición no son las de un sacerdote sino que llegan de más arriba.

La bendición de un obispo representa el mismo fenómeno a un grado superior; la energía expandida es más abundante. El obispo, al dar su bendición episcopal, hace tres signos de la cruz, mientras que el sacerdote no hace más que

uno; expresa así la triple fuerza emanada de él. No quiero decir que, por ser un obispo, no pudiera otorgar la misma fuerza haciendo un solo signo de la cruz, pero, si hace tres, es que dispone de esta energía de tres maneras diferentes a un nivel más elevado que aquel del que procede la bendición del sacerdote. Al decir a alguien: "la paz sea contigo", uno de nuestros grandes Maestros le otorgaría una paz más profunda y de un orden más elevado.

La bendición del Cristo es la bendición más elevada que pudiéramos recibir aquí abajo. En realidad, el Señor de la Tierra es superior al Cristo, pero Su papel es menos el de bendecir que el de otorgar la fuerza. Podemos decir, creo, que la bendición del Bodhisattva, en el orden religioso, es la más elevada que el hombre pueda recibir en este mundo. ¿A qué grado cada uno puede recibir esta paz y esta bendición? Eso no depende para nada del Bodhisattva, sino totalmente del individuo. La fuerza del Señor irradia, como el sol en medio de las nubes; si las brumas terrestres la ocultan y se oponen a la acción de esta fuerza divina, no por eso deja de estar menos presente, espléndida y maravillosa.

Las personas, habitualmente, son demasiado materialistas respecto a ciertas cosas y mucho menos respecto a otras. Nuestro materialismo es tan inveterado que, si una cosa no es visible o por lo menos no se siente, apenas si admitimos su existencia. Por otro lado, nuestras ideas pecan por defecto de materialismo. Hay que comprender muy bien que hablando de la bendición expandida por los Grandes Seres y por el Cristo mismo, nos referimos de ese modo a una energía tan clara como la electricidad o como un chorro de agua. Es por medio de la materia que la fuerza espiritual se manifiesta a nosotros; una bendición recibida por nosotros es, pues, una fuerza real, determinada, capaz de acercarnos a la Divinidad.

CAPÍTULO XVII (LXXIII)

REGLAS DE LA 14 A LA 21

C.W.L.— La regla 14 sigue siendo un comentario del Chohan; tiene menos que ver con la que la ha precedido, que no en preparar otro grupo de tres aforismos numerados 15, 16 y 17.

14. Habiendo adquirido el uso de los sentidos internos, habiendo dominado los deseos de los sentidos externos, habiendo subyugado los deseos del alma individual, y habiendo obtenido el conocimiento, prepárate ahora, ¡oh discípulo!, a entrar realmente en el camino. El Sendero se ha encontrado; prepárate presto para hollarlo.

Como sea que ya hemos traspasado la mitad de la segunda parte, parece extraño enterarnos de que sólo ahora nos hemos situado en el camino que conduce a la realidad. Se trata naturalmente de una etapa más avanzada. Igual que en un principio hablamos del Sendero de probación, después del Sendero propiamente dicho abriéndose después de la primera Iniciación, lo mismo el Chohan habla aquí de la entrada en el camino que conduce a lo real. La misma idea se encuentra en diferentes niveles. El Arhat se sitúa en una nueva trayectoria, la del plano nirvánico, donde la realidad su-

pera a la del plano búddhico. A su vez, el Asekha o Adepto perfecto, entra en una vía más sublime todavía, aborda una realidad más completa.

Esta Vía parece interminable. No nos parece posible ningún final. La escala —podemos decirnos— se levanta ante nosotros y su final se pierde en una gloria que somos incapaces de comprender. Por otra parte, sabemos, sin ninguna clase de duda, que nuestra evolución todavía tiene que proseguir durante millones de años. ¿Dónde terminará definitivamente? Nadie sabe nada. Alcanzaremos la conciencia de nuestro Logos solar —eso lo sabemos. ¿No será eso un final para nosotros? Y sin embargo, no dudo de que más allá se revelan otras glorias. En cuanto a la finalidad, imposible decir nada. Admitiendo incluso que en nuestro grado actual de desarrollo se nos presentaran cuestiones parecidas, con toda seguridad que no las comprenderíamos.

Para el Chohan, la conquista de los deseos del alma individual es la conquista de los deseos que el mismo ego puede experimentar y que no se parecen a lo que nosotros llamamos aquí abajo con ese nombre. En una etapa avanzada, hay que desprenderse de dos obstáculos llamados *ruparâga* y *aruparâga*; estas palabras significan “deseo de la vida con forma” y “deseo de la vida sin forma”. Al alcanzar la conciencia del ego, el hombre se da cuenta de que tiene ante sí dos clases de existencia —primero la vida en el cuerpo causal, es decir, la vida en una forma, y después la vida búddhica que, en el sentido ordinario del término, es la vida sin forma.

El ego disfruta pues de la conciencia en una forma, y de otra conciencia sin forma, doble e indescriptible maravilla, porque la vida del ego en una forma pasa entre sus iguales, entre otros egos y, cuando es consciente a este nivel, está rodeado de las inteligencias más brillantes que el mundo haya producido jamás, lo mismo las del reino angélico que las del

reino humano. En su propio plano, la vida del ego es de un esplendor que la personalidad es absolutamente incapaz de imaginar. Para empezar a vislumbrar lo que es la vida del ego, sería necesario poder imaginar una existencia pasada en compañía de los Grandes Personajes de este mundo —y añadir a todo eso la facultad de comprenderlos, facultad de la que estamos privados aquí abajo.

Llegados tan arriba en nuestro desarrollo, uno se da cuenta que es una vida de una tremenda seducción; si un hombre que tuviera ante sí la perspectiva de esta vida la rechazara, y dijera: “No tengo el menor deseo de ella”, llevaría a cabo un acto de sacrificio inaudito.

Su sacrificio sería todavía mayor si, más allá y por encima de esta existencia, estuviera a su disposición la vida sin forma, la del plano búddhico, la vida que implica no sólo la asociación de la que he hablado, sino también la unidad de cada uno con todos y muchas ventajas más. El hombre diría entonces: “Ya no deseo nada, ni siquiera esta vida de ahora; estoy absolutamente libre de todo deseo. Si, por nuestros Maestros, el Logos me destina para llevar una de estas vidas —con forma o más allá de toda forma— aceptaré la tarea con una gran alegría y un gran reconocimiento, y me esforzaré en cumplirla, pero no deseo ni la una ni la otra y acepto igualmente recibir una tarea en el plano físico”. Pienso que pocas personas tienen la menor idea de la terrible caída que representa la vida del plano físico después de una experiencia parecida; volver a nuestro nivel actual, incluso en las circunstancias más favorables y en el medio más admirable, equivale a abandonar una luz maravillosa y entrar en las tinieblas —en estar aprisionado, atado, desvalido, porque es tal la sutilidad de las facultades propias de los mundos superiores que no pueden ejercerse aquí abajo.

Como dice una de las primeras cartas recibidas de los

Maestros, los hombres que han llegado a rozar el plano nirvánico, a su regreso y durante muchas semanas, sufren una depresión extrema. Eso es verdad sin duda de algunos de nuestros hermanos hindúes que, después de haber experimentado este elevado éxtasis o *samadhi*, al reintegrarse aquí abajo a la existencia física, la encuentran profundamente deprimente. Las personas instruidas por los Maestros que han realizado la experiencia de estos niveles superiores, han aprendido a no experimentar depresión cuando vuelven a encontrar aquí abajo incluso la existencia menos fácil.

El hombre que se consagra al servicio tiene que estar dispuesto a sacrificarlo todo en caso de necesidad; tiene que estar dispuesto a dejar que le envíen a un ambiente cualquiera y, por el momento, a renunciar absolutamente a la vida en las formas superiores igual que a la vida sin formas que reina todavía más arriba. Esta es la única manera de zafarse de los dos obstáculos, y esta es la tarea del Arhat. Como sea que es posible recibir la Cuarta Iniciación aunque experimentemos algunas veces un deseo fugitivo de estos niveles superiores, no cabe perder la esperanza. El total desapego respecto a una beatitud semejante no ocurre sin un desarrollo considerable y sin una máxima convicción de la necesidad de servir. Hay en eso una tentación de la que es imposible hacerse la menor idea.

15. Pide a la tierra, al aire y al agua, los secretos que guardan para ti.

El desarrollo de tus sentidos internos te capacitará para hacer esto.

En la primera frase, esta regla nos da el aforismo original, y en la segunda el comentario del Chohan. Ya he mencionado lo que se indica aquí —la necesidad de entrar en una

comunidad más estrecha con la naturaleza, si realmente queremos comprenderla. No creo que exista una religión, teniendo en cuenta incluso los ritos observados por las tribus salvajes que apenas merecen el nombre de religión, que no posea nociones de Cosmogonía, un modo de explicar la manera en que el mundo o el sistema solar han tenido nacimiento. Esto no carece de razón; el Instructor del Mundo, cada vez que apareció en las diversas sub-razas, les imprimió la fuerte convicción de que tenían que aplicarse a comprender el universo del que formaban parte.

Cuanto más abarcamos del plan total de la evolución, más nos adaptamos a él en nuestra vida y más capaces somos de conformar a él nuestras actividades, incluso en los menores detalles. Para las personas que no han realizado plenamente la experiencia, me temo que es imposible que comprendan todo lo que se dice aquí sobre la necesidad de relacionarse más estrechamente con la naturaleza. El autor habla no de una manera vaga, sino con perfecto conocimiento de causa, cuando dice: "Pregunta a la tierra, al aire y al agua los secretos que guardan para ti". Estos secretos permiten comprender esta inmensa y maravillosa evolución. Por lo menos, bastará un principio de instrucción para preservar al hombre del peligro de hacer de sí mismo el centro de la existencia. Una multitud de gente lo han hecho, al hablar de esta absurda idea de que todos estos reinos han sido creados especialmente para la humanidad: los vegetales —la Biblia declara que Dios los ha dado como alimento para el hombre; los animales —(yo no pienso que en este punto el texto bíblico sea tan preciso) según la voluntad divina, tienen que ser los servidores del hombre, y muchos de ellos, al parecer, tienen que servirle de alimento. La Biblia no se expresa de ese modo; los vegetales y las frutas de los árboles —he aquí, dice, lo que le ha sido dado al hombre para alimentarse. La gente está persuadida de que todo existe para el hombre —el aire para

que respire, el agua para que beba o para que se lave— en definitiva, que todo gira alrededor del centro humano. Todo esto es un error.

Las mismas personas encuentran que la luna es una inutilidad, excepto para iluminarles en la noche; si ese fuera su papel, este astro lo haría bastante mal, porque la mitad del tiempo no hace nada; sin embargo, estas mismas personas insisten en decir que el sol existe para iluminarles el día y la luna para iluminarles la noche. Esta opinión nunca ha variado, y esto resulta sorprendente cuando conocemos los hechos. Nosotros vamos a la cabeza de la evolución animal. Creemos formar un reino diferente del reino animal, pero la verdad es que somos los más elevados entre estos seres poseedores de cuerpos físicos densos. Por encima de nosotros viven un número infinito de seres con vehículos mentales y astrales; otros también que emplean cuerpos físicos compuestos de materia etérica, aunque sólo materializados temporalmente.

Si queremos poner aparte una de las evoluciones y decir que es para ella que el sistema solar o incluso nuestra tierra existen, habría que escoger la gran evolución dévica más bien que la evolución humana porque, con toda seguridad, es más elevada y trasciende la nuestra en esplendor. Hay muchísimos otros seres en vías de evolución cuyas experiencias de orden físico han terminado en otras cadenas de mundos y que ahora utilizan los planos superiores de la nuestra. De modo que las evoluciones que prosiguen, por ejemplo, en la etapa del plano búddhico, no tienen nada de común con los tres mundos inferiores en los cuales nosotros mismos evolucionamos; al encontrarse ya en una elevación tal que su nivel inferior es nuestro plano mental —y éste nos parece muy elevado— muy bien puede deducirse que son infinitamente más importantes que la nuestra.

Todo lo que hemos verificado o constatado nos obliga a pensar que no hay espacio perdido o desocupado. Recuerdo lo que oí una vez en una reunión espiritista, en tiempos en que yo aún no conocía la existencia de la Teosofía. Según la entidad que se comunicaba con los asistentes, la sala estaba llena de “espíritus”; además, fuera de esta sala y hasta el cielo se concentraba una multitud de entidades superiores o “ángeles” de diversas órdenes, descendiendo como un río y después remontándose hacia el cielo. “En toda la atmósfera”, decía la médium, “tan allá como puedo distinguir, se aprietan en apretadas filas estos seres superiores”. Para todos, parece que nuestro círculo particular constituía un centro de atracción. Sin duda, algunas de estas entidades se ocupaban de ello, pero todo el espacio exterior está íntegramente ocupado por evoluciones que no tienen nada que ver con nosotros, ni con nuestra serie de evoluciones paralelas.

Todo el espacio está absolutamente abarrotado de vidas. Más de las tres cuartas partes de la superficie terrestre están cubiertas de agua; los hombres no pueden vivir en ella; sin embargo, allí la vida es superabundante.

La masa terrestre en sí está llena de una clase de vida que se mueve en ella como nosotros nos movemos en el aire, sin tener conciencia de ningún obstáculo. Este nivel es inferior al nivel humano; en ciertos aspectos, la inteligencia es allí más viva que la nuestra, pero en definitiva menos elevada; estos seres difieren absolutamente de nosotros, si bien su evolución normal sería para nosotros todo lo contrario.

Esta existencia no difícilmente puede describirse en lenguaje ordinario, pero puede llegar a conocerse dejando nuestro cuerpo físico, mezclándonos con ella y observándola. Por otra parte, no aconsejo tratar de hacer esto antes de poseer las facultades superiores y las demás aptitudes mencionadas; sería exponerse a serios peligros, sobre todo entre estas

energías inferiores cuyo poder es formidable, pero que no están animadas por ningún sentimiento que nosotros pudiéramos comprender. En algunas de estas evoluciones, lo que nosotros llamamos consideraciones morales no existen. Todo eso difiere completamente de lo que nosotros hayamos conocido jamás; sin embargo, es necesario conocerlo antes de que nosotros mismos podamos alcanzar el nivel divino y sumergirnos en él, porque todas estas vidas, lo mismo que nuestras propias vidas, son la vida del Logos y para comprender al Logos es necesario comprenderlo todo.

16. Pide a los Santos Seres de la tierra los secretos que guardan para ti.

El dominio de los deseos de los sentidos externos te dará el derecho para esto.

Entre los Santos de la tierra, están seguramente nuestros Maestros. Yo creo que aquí el Chohan quiere hablar también de los grandes Ángeles. Podemos entrar en relación con ellos y por ellos podemos aprender muchas cosas, pero por nuestros propios Maestros podemos adquirir igualmente, y de hecho ya hemos adquirido, muchos conocimientos; ellos han encargado a Sus discípulos que nos enseñaran lo que nosotros hubiéramos tardado mucho tiempo en descubrir por nosotros mismos. Al principio, nos dijeron que verificáramos personalmente sus lecciones. Esto es lo que hemos hecho, y es por eso que muchas obras teosóficas más recientes son mucho más detalladas que las antiguas, en las que las enseñanzas recibidas constituían la parte principal.

Consultar a un Maestro no siempre significa preguntarle algo; hay otras maneras. En algunos casos, sin embargo, lo hemos hecho; después de haber formulado con claridad algunas preguntas y cuando se ha presentado la ocasión, las

hemos hecho, oralmente, diríamos, si la palabra, en el sentido ordinario del término, se empleara en los planos superiores. Incluso hemos llegado a someter preguntas al Maestro en un momento en que a Él le era factible escucharnos y nos ha dado las respuestas precisas. En nuestro trabajo cotidiano, muy a menudo quisiéramos aprovecharnos de Sus conocimientos superiores, pero ni por un sólo instante pensamos en imponerle la molestia de respondernos. Tal como ya hemos explicado, un discípulo tiene la posibilidad de yuxtaponer su pensamiento al de su Maestro y de constatar de ese modo, sin acudir a Su conciencia, la manera en que Él considera un tema cualquiera. No se trata de que nos impongamos a Su atención; nos limitamos a servirnos de la línea de comunicación interior y a yuxtaponer nuestro pensamiento al Suyo. Me explico: el discípulo empieza por estudiar la pregunta; llega a una conclusión, la que le parece mejor, luego compara esta conclusión con la opinión del Maestro a fin de ver si difieren; en este caso, el discípulo modifica sin tardar su propio pensamiento, conociendo toda la sabiduría del Maestro y la justicia de Su pensamiento.

Es posible, pues, consultar siempre a un Maestro sin molestarlo. Sin embargo, en algunos casos esta manera de comunicarse no está indicada; entonces estamos obligados a esperar el momento propicio antes de exponer la pregunta y de recibir una respuesta. La condición previa, con toda seguridad, es la de adquirir un desarrollo suficiente para permitarnos un acercamiento a los Maestros sin importunarlos.

Algunos de entre nosotros tienen el deber, cada noche y a partir del momento en que se duermen, de dirigirse a donde viven sus Maestros respectivos a fin de recibir sus órdenes y algunas veces sus instrucciones especiales. Ahora bien, puede suceder que nos encontremos con que el Maestro está sumamente ocupado; sin tratar de llamar su atención, regre-

samos entonces sin decir nada y proseguimos nuestra labor habitual. Con el bien entendido de que, todo discípulo actuará de la misma manera; atento ante todo a la comodidad del Maestro, es en Él y no en sí mismo en quien pensará, en el caso en que tuviera algo importante que comunicarle. Sólo los novatos, imbuídos algunas veces de la importancia, bien de lo que han hecho, bien de cuestiones que quisieran exponer, se quedan en las cercanías y llaman la atención del Maestro, tan bien que Él interrumpe Sus ocupaciones.

El discípulo más antiguo siempre vigila con extremo cuidado la naturaleza de los pensamientos o de los sentimientos que dirige al Maestro, para evitar la menor vibración discordante. Eso exige por su parte una decidida atención, porque a veces se producen vibraciones de este tipo de las que él no es responsable. En una gran ciudad, por ejemplo, el ambiente es a menudo muy desagradable; entre la multitud, durante las horas de gran actividad, cuando reina un alboroto realmente infernal, nos alcanzan toda serie de vibraciones contrarias y violentas. Hasta cierto punto, uno puede evadirse de esto y hay que tener mucho cuidado de que ninguna de estas vibraciones soportadas por nosotros se transmita al Maestro. Para desecharlas, tan solo bastaría un pensamiento del Maestro, pero tenemos que evitárselo; su tiempo es tan precioso, la energía que Él expande, es tan valiosa, que el discípulo no quisiera ver que se desperdicia la más mínima parte; su vida, como la del Maestro, está consagrada al servicio; entre otros deberes, tiene, pues, el de asegurarse de que el inmenso privilegio concedido por su Gurú al hacer de él, su discípulo, una especie de correo avanzado de Sí mismo, no causa el menor contratiempo. Es fácil impedir que estas perturbaciones Le alcancen, desde el momento en que se ha llegado a la etapa en que se nos enseña el método; mientras tanto, matando los deseos de los sentidos externos es como

se consigue el derecho de acercarse a los Maestros lo bastante para poderles consultar.

17. Pide a lo íntimo, al Uno, su secreto final que reserva para ti a través de las edades.

Lo más íntimo, lo único, es sin duda para la personalidad el ego, pero para el ego, es la Mónada; lo que es para la Mónada, no lo sé con certeza, porque no puedo ver todavía a la Mónada. Podemos ver el triple atma o la triple manifestación de una Mónada, lo que posibilita numerosas deducciones; pero yo no he contemplado cara a cara la Mónada. Nuestros Maestros lo han hecho, pero no pueden decirnos todo lo que han visto, ni todo lo que saben; de eso no cabe la menor duda. La Mónada se nos describe como una chispa de la Llama Divina. Por otra parte, nosotros pensamos que cuando hubo la primera manifestación de nuestro sistema, el Logos transmitió Su vida a Sus siete Ministros —“los siete espíritus ante el trono de Dios”. Yo no sé nada, pero creo que para la Mónada, nacida del Fuego divino por una de esas vías de espléndidos colores, el gran Ministro o Espíritu Planetario que le dio el ser, podría ser considerado muy bien como “lo más íntimo”. Y lo mismo cada vez más y más elevado. Estas cuestiones son incomprensibles para nosotros; no hay palabras para abordarlas. Parece —aquí abajo no lo comprendemos demasiado, pero durante la meditación esta idea puede tomar un valor mucho más grande— que Dios haga descender y comprometa en la materia una parte de Sí mismo, dividiendo esta parte que se convierte entonces en espíritu y materia, dos manifestaciones de un mismo principio; después de lo cual, Dios mora detrás de todo eso, ilimitado, omnipresente, inmutable. “Lo más íntimo... lo Único” ha conservado secretos para nosotros a través de las edades porque desde el origen, el Ser interno, la Mónada siempre ha

poseído ciertos conocimientos. Ignoramos lo que son. La Mónada es una chispa del Fuego divino, y el Logos, que es el Fuego divino, lo sabe todo.

El comentario de la regla número diecisiete nos dice:

La importante y difícil victoria, la conquista de los deseos del alma individual, es obra de siglos; por tanto, no esperes recibir la recompensa hasta que se hayan acumulado siglos y siglos de experiencia. Cuando llega el momento de aprender esta regla 17, el hombre está en los lindes de llegar a ser más que un hombre.

Esta afirmación puede parecer exagerada, pero hay que decir que el autor habla de lo que Él sabe. Recordemos que todo eso tiene que aplicarse a dos niveles distintos. Si se trata de los deseos de la personalidad y de anteponer a ellos las aspiraciones del alma, la dificultad no es insuperable. Subordinar los deseos del alma individual a los de la Mónada es una tarea infinitamente superior y, cuando se nos dice que para eso pueden requerirse edades, lo creemos sin dudar. Sin embargo, empezar de nuevo en una etapa nueva y superior, lo cual ya habéis hecho en una etapa inferior, no debería presentar dificultades insuperables, porque se trata del mismo acto renovado, si bien desde un punto de vista totalmente distinto. Sin duda que se requieren edades para aquellos que siguen a paso lento la larga ruta del progreso humano pero, en general, como hemos visto, sólo se requiere algunas vidas para aquellos que se comprometen hoy en el Sendero y empiezan la ascensión directa de la montaña.

Cuando, detrás del velo, vislumbramos los planes de la Jerarquía, constatamos que las cantidades empleadas son inmensas. La Jerarquía establece sus proyectos con una seguridad maravillosa y casi absoluta; nada parece poder im-

pedir la realización. Divide Su futuro en períodos contando cada uno alrededor de diez mil años, y dice: “En diez mil años haremos tal o tal trabajo”, y lo hace. Sin embargo, no está necesariamente y regularmente repartido en el conjunto de este período. “Mis observaciones me hacen suponer la existencia de un plan según el cual tiene que llevarse a cabo una determinada cantidad de trabajo en los doscientos primeros años, otra cantidad en los siguientes y así a continuación, de manera que al final de los mil años se haya alcanzado el objetivo fijado. Parece que en los pequeños períodos de doscientos años, la cantidad de trabajo prescrita no siempre se termina. Por el contrario, lo que la Jerarquía se ha propuesto cumplir durante el período largo, el de los mil años, se cumple siempre. Si el trabajo es lento al principio, al final se acelera.

El pueblo o las naciones a las cuales se les ofrece primero la ocasión de hacer el trabajo, no siempre la aprovechan, pero siempre hay en preparación un sub-proyecto. Si esa persona o esa nación se encallan, la reserva entra en acción y el trabajo se cumple al precio de un ligero retraso. El Imperio Británico estuvo sometido cuando la gran guerra a una prueba de este tipo; en resumidas cuentas, estuvo a la altura de las circunstancias y se mostró digno de la tarea. En el caso de que no hubiera sido así, otra gran nación estaba en reserva, presta para reemplazarlo. Sólo que ésta no hubiera terminado el trabajo deseado más que un siglo o dos más tarde, porque todavía esta lejos de poder actuar. Ahora bien, tal como hemos sabido hasta ahora, al aprovechar la ocasión ofrecida (espero que haremos lo mismo hasta el final), esta otra nación tendrá más tiempo para desarrollarse; sus progresos serán más firmes y más fáciles, y su desarrollo menos duro de lo que lo hubiera sido si nosotros hubiéramos fallado.

La Sociedad Teosófica, como cada uno de sus miembros, se encuentra en una posición análoga. Cada miembro que ha demostrado su capacidad para el trabajo general, se da por supuesto que muy pronto se hará útil, será puesto a prueba y se le asociará a uno de los esfuerzos programados en vistas a la fundación de la sexta sub-raza de nuestra raza aria. Se sobreentiende que en todo esto, no entra ni el alistamiento ni la obligación. Más pronto o mas tarde, al evolucionar, todos alcanzaremos la perfección; a nosotros nos corresponde decidir el momento que queremos emplear en ello. La mejor decisión consiste en llevar a cabo sin descanso nuestro mejor trabajo, sin imponernos esfuerzos que no podamos sostener de una manera continua.

Independientemente de cual sea nuestro trabajo, es una ventaja saber el rayo al que pertenecemos. La mayoría de miembros de la Sociedad Teosófica formamos parte de uno de los cinco rayos designados por los números del 3 al 7, pero hay muchos que prefieren pasar al primero y al segundo, a fin de trabajar bajo las órdenes de los dos grandes Maestros fundadores de la Sociedad, el futuro Manú y el futuro Bodhisattva de la sexta raza raíz que quedará establecida dentro de unos setecientos años. Muchos de nosotros se encarnarán en esa raza; otros preferirán la quinta y contribuirán a que alcance la perfección que le está destinada. Otros, finalmente, preferirán más bien seguir a los grandes genios cuyo nacimiento está asegurado en la quinta raza raíz llegada a su apogeo, en lugar de seguir a los dos Maestros, como pioneros de la nueva raza.

En Australia y en América, además de otros lugares, se presenta una ocasión especial para los hombres que quieren colaborar en el desarrollo de la sexta sub-raza, porque allí está apareciendo rápidamente, mientras que en los países más antiguos sólo se encuentran miembros aislados. Mu-

chos de éstos que murieron en la Gran Guerra ya han vuelto a nacer; es verdad que, hasta ahora, nada indica que ellos abandonen sus antiguas patrias a fin de pasar a estas nuevas regiones. Los hombres que presentan el tipo de la nueva raza y que quedan en los países de los antiguos mundos tendrán que vencer sin duda más dificultades que los otros a causa de la presión de las viejas ideas y de las costumbres conservadoras.

En todas estas empresas, nunca hay nadie indispensable. Por lo que se refiere a nuestro mismo movimiento teosófico, podemos estar seguros de que los Grandes Seres que lo sostienen velarán de una manera general sobre él. Últimamente, al haber tenido que reemprender mis deberes eclesiásticos, he comprobado con qué cuidado la Iglesia estaba dirigida y cuán íntima puede ser la relación entre aquellos que la dirigen aquí abajo y su verdadero Jefe si los colaboradores terrestres se aplican a convertirse en los canales que hacen falta. Que en muchos casos no lo hayan hecho así, soñando sólo en su fuerza y en sus intereses personales, es una triste verdad; por consiguiente, ellos mismos se cierran una vasta región en la que hubieran podido ejercer sus facultades espirituales, su capacidad, su actividad. Hace muy poco tiempo he descubierto hasta qué punto nuestras posibilidades son formidables y cuán poco se sospecha esto en general y, basándome en lo que ya he visto, estoy absolutamente seguro de que ocurre también lo mismo en muchas otras direcciones insospechadas.

Nunca más me sorprenderé de encontrar por todas partes la mano de la Gran Logia Blanca, en toda buena obra, importante o no, porque Ella no pierde nunca la ocasión incluso la más pequeña. Si un movimiento cualquiera presenta elementos buenos, es utilizado en razón directa de su bondad. Este movimiento también puede presentar muchos ele-

mentos negativos; son deplorables y tienen que dejarse de lado, pero ello no parece que impida la utilización absolutamente completa de todo el bien que está asociado con él. En ese movimiento o en esa persona, puede observarse el espíritu de gazmoñería, de persecución, de orgullo, de egoísmo y de muchas otras cualidades indeseables. Hace treinta años yo hubiera creído que éstas impedirían que su poseedor fuera utilizado en manera alguna; ahora bien, si ellas representan para él serios obstáculos y le impiden realizar verdaderos progresos, la existencia en él de una sola buena cualidad le permite ser utilizado.

Este método seguido por la Fraternidad es de lo más alentador. Muy conscientes de nuestras propias imperfecciones, podríamos preguntarnos: "¿Cómo es que un Maestro encontraría en mí algo utilizable, cuando cometo tantos errores?" Sin embargo, nuestro deber es hacer todo lo que podamos; el Maestro se servirá de lo que Él vea de bueno en nosotros. Al mismo tiempo, nos incumbe un deber todavía mayor: el de deshacernos de lo que Le impide utilizarnos con facilidad. Él se servirá de nosotros tanto como pueda; facilitemos Su acción convirtiéndonos en canales perfectos.

Los seres humanos pueden desarrollarse de muchas maneras y cada una exige muchas vidas para desarrollar sus propias características. Yo he pasado la mayor parte de esta existencia desarrollando el lado psíquico de mi naturaleza, aprendiendo a utilizar la clarividencia, y estudiándola en mis libros. Cuando conocí en nuestra Sociedad al señor William Crookes, me convertí en su colaborador; él había consagrado su vida a la química y la conocía perfectamente. Muy a menudo yo me decía: "Tan sólo con que yo poseyera su conocimiento, o si él poseyera mi clarividencia, ¡qué trabajo haríamos!" En el curso de una misma existencia no podemos tener estas dos clases de desarrollo, y es una lástima; cada

uno de ellos exige toda una vida. El señor William Crookes ha dedicado toda la suya a los trabajos químicos; volverá aquí abajo sin sus conocimientos detallados actuales, pero con la facultad de volver a recuperar todo eso casi automáticamente. Por mi parte, he pasado mi vida desarrollando el lado psíquico. Ignoro lo que podré transmitir a mi próximo cuerpo, pero transmitiré lo máximo posible. A continuación, me dedicaré a una de esas otras alternativas, si mi tarea me lo permite. Mientras tanto, las personas que quieren compartir nuestro especial trabajo están asociadas a él; no nos quedan demasiados huecos para otras ocupaciones.

Todos los objetivos tienen que irse alcanzando uno tras otro; llegaremos a ellos porque no perdemos un determinado conocimiento ya adquirido cuando, dejando de ir tras él, dirigimos nuestras investigaciones hacia otra parte. Así pues si, desde el punto de vista teosófico, en la vida presente nos desarrollamos, puede suceder que en la próxima, la adquisición de las facultades intelectuales y la devoción profunda nos sean facilitadas gracias a nuestro actual entrenamiento; sin olvidar otra gran ventaja: tendremos la seguridad de no abusar de ellas cuando las consigamos.

Hay que avanzar con rapidez. Podemos estar mucho más cerca del desarrollo superior de lo que pensamos. Si nos hace falta una vida o dos para adquirir estas capacidades, ¿qué representa eso? Disponemos de todo el tiempo necesario; además, miremos hacia lo alto y tratemos de adquirir en espiritualidad, en inteligencia y en conocimientos profundos, todo el desarrollo posible. Buscamos traspasar un muro de ignorancia y de prejuicios que nos ha estado rodeando durante el curso de numerosas vidas; nos parecemos al prisionero que quiere evadirse; va horadando sin descanso; ignora el momento en que su pie cruzará el muro; el momento de la recompensa llegará de súbito. Si todavía nos quedan mu-

chos conocimientos por adquirir, es posible que los obtengamos pronto; para eso, sigamos Sus pasos y sepamos aprender las lecciones que Ellos juzguen apropiadas a nuestras necesidades.

La regla 18, también es un comentario del Chohan.

18. El conocimiento que ahora posees, sólo es tuyo porque tu alma se ha convertido en una con todas las almas puras y con lo profundo. Es una responsabilidad que te ha conferido el Altísimo. Abusa de él, emplea mal tu conocimiento o descúidalo, y aún es posible ahora que caigas del estado elevado que has alcanzado. Almas grandes hay que retroceden incluso desde el umbral, no pudiendo soportar el peso de su responsabilidad, incapaces de seguir adelante. Por lo tanto, mira siempre hacia adelante con reverencia y temeroso respeto, y prepárate para la batalla.

Parece imposible que grandes seres que han llegado hasta el umbral, puedan volver a caer; cuanto más os eleváis hacia ellos, más imposible os parece esto, porque no se concibe que en el hombre que ha llegado tan alto subsista todavía el menor rasgo de egoísmo; sin embargo, debe ser así, porque Aquel que nos asegura eso habla con conocimiento de causa. El pensamiento del yo es muy sutil y renace de manera inesperada a niveles donde no debería existir nada de eso. Entonces, haremos bien en tener en cuenta esta advertencia y en no imaginar demasiado aprisa que no nos dejaremos arrebatar por el egoísmo. Es el último obstáculo que puede impedirnos avanzar, pues sus formas son numerosas y su sutilidad extrema.

Los tres últimos aforismos constituyen en sí una serie: el número 19 implica un comentario preparatorio del Chohan:

19. Está escrito que para aquel que se halla en el umbral de la divinidad no puede idearse ley alguna, no puede existir ninguna guía.

En este punto, la necesidad de una enseñanza externa deja de existir absolutamente para el discípulo; ha leído en el libro de la naturaleza, en los cinco planos de la evolución humana; ha llegado el momento de desprenderse del último grillete: avidya; a partir de ahí, la ley que gobierna su vida se expresa absolutamente en el fondo de sí mismo. Todo comentario resulta entonces inútil. El Chohan añade:

Sin embargo, a fin de iluminar al discípulo, la lucha final puede expresarse así:

Después vienen las tres reglas:

Aférrate a lo que no tiene ni substancia ni existencia.

20. Escucha únicamente la voz sin sonido.

21. Contempla solamente lo que es invisible, lo mismo en el sentido interno que en el externo.

LA PAZ SEA CONTIGO



